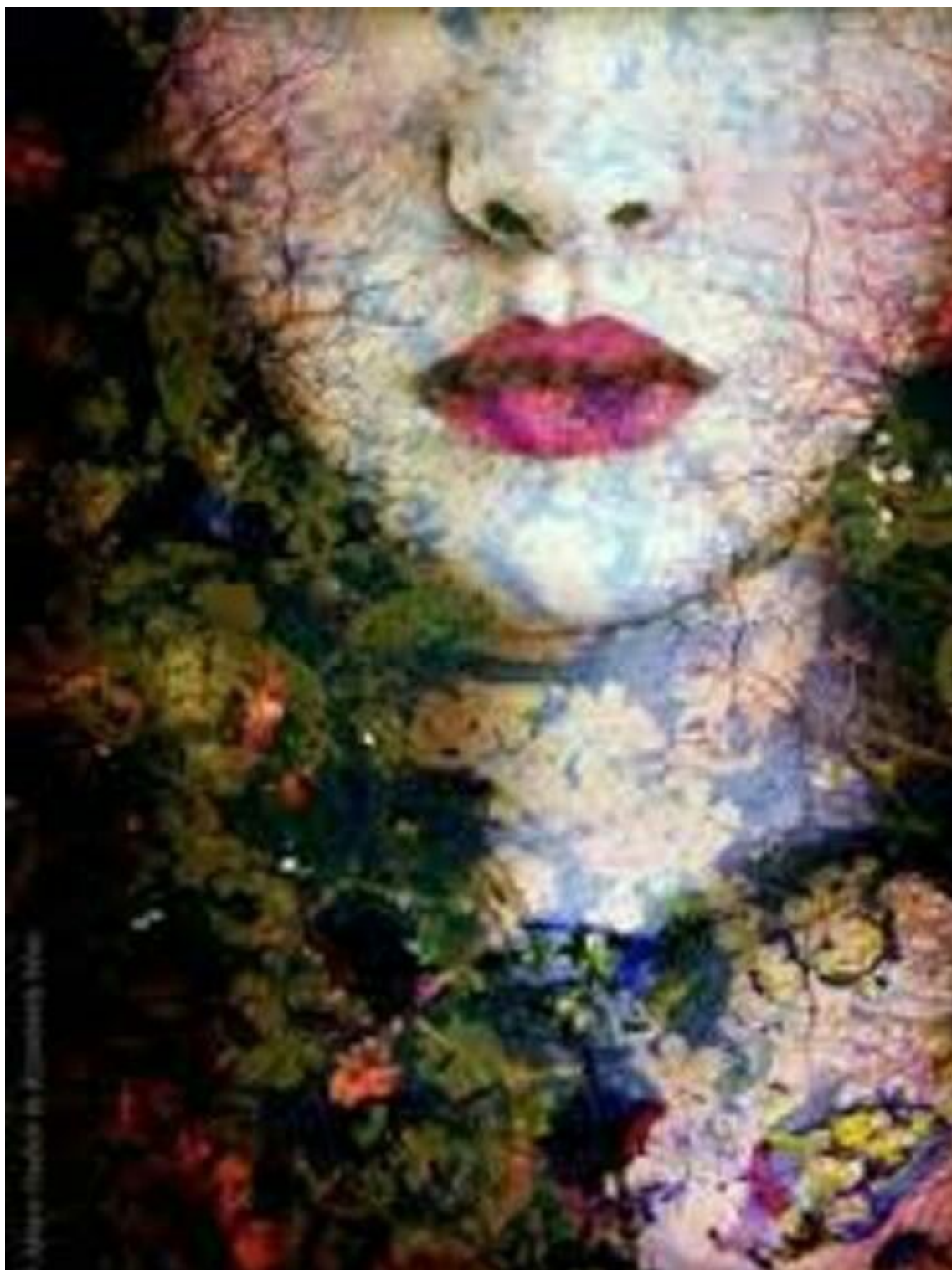


FELIPA, EN CARNE EN VIVA

Haydee Gisela Papp



Capítulo 1

Una leyenda

Cuando el Sol y la Luna se encontraron por primera vez se enamoraron perdidamente y allí comenzó una gran historia de amor.

Pero Dios decidió que el Sol iluminaría el día y la Luna, la noche. Por ese motivo deberían vivir separados..

Ambos fueron invadidos por una gran tristeza.

La Luna lloró su pena y el Sol, a pesar de haber ganado el título de "Astro Rey", tampoco fue feliz.

Dios se compadeció de ellos y los mandó llamar.

"Tú, Luna, iluminarás las noches, encantarás a los enamorados y serás protagonista de bellas poesías.

En cuanto a ti, Sol, el más importante de los astros, iluminarás la Tierra durante el día y darás calor a los mortales. Tu presencia provocará bienestar y felicidad".

La Luna se puso más triste aún con ese cruel destino y lloró amargamente. El Sol al verla tan compungida decidió pedirle un favor al Creador.

"Señor, ayuda a la Luna, mi amada, es más débil que yo; no soporta la soledad".

Y Dios, apiadándose, creó las estrellas para hacerle compañía a la Luna.

Hoy ambos viven así...el Sol fingiendo ser feliz y la Luna sin poder disimular su tristeza.

El Sol arde de pasión por ella y ella vive en las tinieblas su pena.

Dicen los que saben que la Luna debería ser siempre llena y luminosa, pero nunca lo logró porque es mujer y las mujeres tienen fases. Cuando por momentos consigue ser feliz, resplandece "llena"; pero cuando la melancolía la invade es "menguante" y ni siquiera es posible apreciar su brillo.

El Sol y la Luna siguen su camino. Él, solitario pero fuerte; ella, en

compañía de sus amigas las estrellas, pero frágil.

Sucedió, entonces, que Dios proclamó que ningún amor fuese imposible en este mundo, ni siquiera el del Sol y la Luna.

Cuando el Sol cubre a la Luna es porque se acuesta sobre ella y comienzan a amarse. El acto de amor que los une, el momento sublime cuando el astro se inclina sobre la Luna se denomina "Eclipse".

Es importante recordar que el brillo de su éxtasis es tan grande que por eso se aconseja no mirar al cielo en ese momento, ya que los ojos pueden cegarse al ser testigos de tanta pasión.

PRÓLOGO

"Y colgados los brazos de las últimas estrellas de la noche, busco tu nombre en el sueño que se extingue dentro del aire de la quietud. Y tu aroma de rosas mientras duermo impregna mi alma, un ungüento de suaves caricias disfrazadas... me abarcan y me llevan en delicadas ondas del dolor al gozo". José Martí

Estancia "Los Cerrillos", Buenos Aires 1819

La siente sobre él. Su piel de alabastro lo hipnotiza, lo subyuga, lo enloquece.

Con un movimiento artero la pone debajo de su cuerpo famélico de caricias y besos.

"Te adoro", se escucha decir. "Sos tan bella".

La fragancia a rosas de su largo cabello, espeso y oscuro como las sofocantes noches de verano, lo embriaga. Hunde su rostro entre esas hebras fragantes que alteran su pulso.

Sus manos callosas se apoderan de los pechos desnudos de la joven que gime y se retuerce. Pero no se detienen allí, sino que atrevidas se deslizan lentamente hacia zonas secretas y peligrosas que atentan contra su cordura.

Prueba su humedad y es deliciosa. Se sumerge en ella y el mundo estalla.

"¡Seguí, seguí, no te detengas!", la escucha gritar tras un velo de lujuria. "Así, así, mi amor, más, por favor ...¡más!", ella le reclama y él goza. Está en el paraíso.

De repente, su cuerpo se paraliza. El fuego se convierte en hielo y un frío

abrasador lo arrasa.

Ella ya no está, se desintegra ante sus ojos. El miedo lo atenaza, lo quiebra.

"¡Felipa!", aúlla.

El grito desgarrador lo despierta. Otra vez la cruel realidad, otra vez la soledad lastimosa.

Alejo se levanta del catre, cubre su desnudez con un poncho y sale presuroso del rancho.

"Necesito aire, aire fresco para calmar esta tremenda sed que tengo de vos", piensa desconsolado.

Se sienta sobre un tocón de chañar y mientras su mirada se pierde entre las estrellas, se arma un cigarro de chala, su único vicio.

"¿Dónde estás Pipa? ¡Carajo!, ¿dónde estás?", como un niño desamparado llora bajo la luz de la luna. "Hace meses que te busco sin resultado, esta espera me abrumba, me angustia. Te necesito, tu ausencia me hirió de muerte".

En la oscuridad de la noche, entre las sombras de un pasado amenazante, los amantes lloran la separación.

Ella y él...sus cuerpos tan lejos el uno del otro y isin embargo sus almas tan unidas por un amor bendecido por killa, la luna, la diosa que todo lo ve!

"Killa, escuchá mi ruego, devolvémela. Ella es mi aliento, sin ella estoy muerto", la letanía, como sangre derramada, se repite noche tras noche.

Muy lejos de Alejo, Felipa se une al ruego desesperado.

"Killa, escuchá mi súplica, llevame a él. Sin él no existo. Mi cuerpo lo reclama, mi alma lo ansía", llora Felipa, yermo su espíritu.

Y sin saberlo ellos, la astuta luna con hilos de plata teje su pronto encuentro...

Buenos Aires de 1809

Ese domingo de principios de noviembre amaneció nublado, las oscuras

nubes presagiaban una tormenta severa.

Alejo odiaba las tormentas, su madre había muerto durante una tormenta. Aquel luctuoso día pudo disimular las lágrimas con las gotas de lluvia que caían sobre su rostro, una lluvia copiosa que acompañó fielmente al cortejo fúnebre en todo el recorrido, unas pocas cuadras, desde su casa hasta la iglesia San Ignacio de Loyola.

Soportó con estoicismo la Misa, no comprendió la homilía del padre Agustín y a pesar de que lo consideraba su amigo, en ese momento lo detestó.

-- Debemos aceptar la voluntad de Dios, hermanos. Él es nuestro consuelo
-- exhortaba el cura.

"Mi único consuelo era el amor de mi mamá y ya no la tengo porque Dios me la quitó", pensó con rabia Alejo. Con sus diez años no aceptaba las decisiones divinas.

-- Carmen descansa en paz y es feliz en las mansiones celestiales --
continuaba el cura.

"Mi madre era feliz junto a mí, junto a Darío", rezongó tragándose las lágrimas. No debía llorar. "Los hombres no lloran", le repetía con frecuencia su padre, "sólo los débiles lloran. Un Gomez Castañón nunca llora".

Ya habían pasado dos años de la muerte de su madre y su dolor permanecía intacto. ¡Cuánto la echaba de menos! Extrañaba su sonrisa, dulce y contagiosa; su optimismo, sus caricias y sus besos.

Su padre, Manuel Gomez Castañón, nunca le demostraba cariño, apenas le dirigía la palabra sólo para dar órdenes. Agrio, duro, inalcanzable. Así lo veía Alejo.

Manuel Gomez Castañón, español de pura cepa, venido a menos en su tierra, amasó una fortuna en suelo americano gracias a acertados negocios agropecuarios.

Manuel sólo tenía ojos para su hijo mayor, Rubén, su orgullo. Alejo y Darío no existían para él.

Alejo sufría el desamor de su padre y se refugiaba en Darío, que también era menospreciado debido a un cruel estigma: la epilepsia. Si a Alejo, Manuel lo consideraba débil por estar tan apegado a su madre, Darío constituía su vergüenza. No aceptaba que su semen hubiera engendrado

semejante aberración. Estaba seguro de que la culpa era de su mujer.

El grito de su padre desde la sala conminándolo a apresurarse, sacó a Alejo de sus cavilaciones.

-- ¡Alejo! ¡Qué diantres haces! ¡Espabílate y baja! ¡Se hace tarde! A su Excelencia el Obispo no le gustan los retrasos

-- Voy padre -- terminó de abrocharse el chaleco y bajó deslizándose por la balustrada de cedro de la amplia escalera de mármol.

-- El mismo arrebatado de siempre. ¿Cuándo aprenderás de tu hermano? ¡Míralo!, puntual, correcto, elegante. ¿Y tú? ¡Arréglate ese saco! ¡Mira, tiene una mancha en la solapa!

"¡Maldición!, olvidé limpiar la mancha de chocolate. ¡Este viejo es insoportable!", rumió mientras raspaba con la uña la evidencia de su glotonería.

A paso ligero se dirigieron a la iglesia de San Ignacio. El Obispo Benito Lué y Riega oficiaría una misa en conmemoración del aniversario de la muerte de doña Carmen Castelli.

El interior de la Iglesia, grave y austero, intensificó la melancolía de Alejo. Las palabras frías del Obispo lo enfurecieron. "¡Qué sabrá él de mi mamá! Aquí hay mucho lujo y poco amor".

De pie, junto a su padre y a Rubén, buscó con la mirada al padre Agustín y lo descubrió saliendo de un confesionario. El sacerdote le guiñó un ojo y siguió su camino hasta perderse en la sacristía.

El padre Agustín más que su confesor, era su confidente. Atrás quedó su enojo con él por la homilía que pronunció en el sepelio de su madre y que en ese momento consideró ajena y distante.

Una vez finalizada la misa, los pocos familiares y los muchos amigos de la familia, se reunieron en el atrio para saludar a Manuel y a sus hijos.

Alejo no soportó las voces cargadas de pena mal disimulada con que trataban de brindarle consuelo.

"¡Falsas! Ninguna de estas viejas arpías vino a visitar a mamá cuando estuvo en cama y menos cuando agonizaba por miedo al contagio".

Carmen enfermó gravemente durante la primavera de 1807. "Tabardillo", fue el diagnóstico del doctor irlandés Redhead, una enfermedad peligrosa que se manifestó con una fiebre con manchas pequeñas como picaduras

de pulga.

"Padre nunca se acercó a ella, él también temía contagiarse. ¡Cobarde! Ella en su delirio lo llamaba, pero él permanecía sordo a sus ruegos", rumió Alejo acrecentando su furia. El recuerdo de esos terribles momentos hizo que huyera del atrio de la iglesia. Corrió por las calles polvorientas de Buenos Aires sin destino, quería alejarse de tanta hipocresía. Al llegar a una esquina de la Santísima Trinidad, se sentó bajo la sombra de un álamo solitario. De un tirón se quitó el molesto corbatín y se desabrochó los primeros botones de la camisa. Acalorado, se deshizo del chaleco y del saco, dejándolos olvidados a un costado del árbol. Se repantigó contra el tronco grueso y liso y cerró los ojos. Necesitaba descansar, sobre todo de su padre.

De repente sintió una presencia. Abrió los ojos y la vio. Una niña de unos diez años lo observaba con curiosidad.

Alejo se sorprendió admirando la belleza de aquella criatura. Piel blanca como la leche, cabellos oscuros como el alquitrán que utilizaba la peonada para rellenar las juntas de las baldosas del patio de la estancia y unos ojos...¡qué ojos!, azules como los zafiros del anillo de su madre. Sin embargo, se sobrepuso enseguida de su embeleso y cortante le preguntó:

-- ¿Qué mirás?, ¡entrometida!

-- Perdón, sólo quería ofrecerte un poco de mazamorra. Mi mamá la vende. Allí está, ¿la ves? -- su voz era prístina, musical.

Alejo se la quedó mirando como hechizado. ¿Qué tenía esa niña? Seguramente el cansancio era el culpable de su fascinación, él odiaba a las niñas. Sus primas siempre lo fastidiaban con juegos absurdos invitándolo a participar. Por supuesto él siempre se negaba.

-- ¡Fuera!, dejame en paz -- le ladró.

-- Es que mi mamá hoy casi no vendió y necesitamos la plata, si no nuestro amo la castigará -- le rogó al borde del llanto.

Alejo se extrañó al escucharla y más aún al ver a su madre detrás de un enorme fuentón de mazamorra.

-- ¿Aquella es tu madre? -- se extrañó.

-- Sí -- dijo saludándola con una manito.

-- Pero...pero si es una negra -- tartamudeó sorprendido.

-- Será negra, pero es mi mamá -- contestó ofendida.

Capítulo 2

"Y, ¿sabes tú, niña mía por qué en tu cuna
ningún hada había?

Porque allí, cerca de ti estaba quién tu nacer bendecía:

la Reina de las Estrellas,

aquella que aroma los cielos y la tierra". Rubén Darío

Buenos Aires 1798

La luna los sorprendió desnudos, amarrados por una pasión ardiente, febril. Los cuerpos sudorosos brillaban bajo la luz titilante de una vela de sebo ajenos a la precariedad que los rodeaba. El aroma a heno que inundaba el establo, los excitó.

Un vals erótico, salvaje, bestial, regía cada uno de sus movimientos. Labios unidos, brazos y piernas enlazadas... la mirada encendida.

Lentamente, gozando, la mano viril abrió con delicadeza las piernas. Ella no opuso resistencia, se entregó con urgencia.

El, un aristócrata inglés; ella, una esclava. Ella una de las tantas negras capturadas en el continente africano y él un aristócrata inglés, unidos por un amor peligroso y prohibido.

Philip Alvey, conde de Lancashire, hombre enigmático y soberbio, cayó derrotado al verla por primera vez.

Andra, se abrió paso entre los invitados en la tertulia de don Alfredo Torres, socio comercial de Philip, con movimientos cadenciosos y sensuales. En una mano sostenía un lujoso mate y en la otra, una pava de plata repujada. A todos, damas y caballeros, les servía la dulce infusión con una sonrisa triste y sumisa.

De repente, alguien, un señorito petulante, la empujó con desprecio.

– Este mate está frío – le gritó arrojándola contra Philip.

El cuerpo del conde se tensó al entrar en contacto con la piel morena, tibia y suave. "Huele a vainilla", pensó.

Andra, sin levantar la vista, le pidió perdón por haber caído sobre él y con rapidez abandonó el salón.

Philip, sin pensarlo, la siguió. La detuvo en medio del patio antes de llegar a la cocina. El aroma a azahares lo hechizó.

– Ese estúpido te a hecho daño – le dijo en su incipiente castellano.

– No – apenas pudo responder sorprendida por el interés del caballero.

Ella intentó continuar su camino, pero Philip la detuvo sujetándola de un brazo.

– Wait...espera – se corrigió.

– ¿Qué desea Su Señoría? – Andra se asustó por la insistencia del hombre, supuso lo peor...lo que su amo buscaba de ella todas las noches.

– No temas, sólo deseo saber tu nombre – dijo con cortesía reteniéndola por la cintura.

– Andra – respondió mirándolo a los ojos sin perder la timidez.

En ese preciso instante, Philip quedó prendado de esos ojos oscuros y luminosos como dos ópalos y supo con certeza que en su corazón no habría lugar para otra, sólo para Andra. Ella, asustada, se soltó del abrazo del caballero y temblando, corrió a refugiarse en la cocina.

A partir de esa noche, Philip visitó con mayor asiduidad la casa de su socio prolongando su estancia en Buenos Aires.

– Mi querido Philip, sospecho que no son nuestros negocios de importación y exportación, ni mucho menos mi tediosa conversación lo que lo retiene en esta hermosa provincia. ¿Será acaso una cuestión de polleras? – lo indagó risueño. Bebían un sabroso café en la biblioteca.

– Ha acertado Mr. Torres – contestó encendiendo un cigarro adquirido en La Habana.

– ¡Humm!, delicioso aroma – dijo Torres encendiendo otro y deleitándose de su sabor dulce con una nota de caramelo – Cuénteme, entonces, ¿quién es la hembra que lo tiene a mal traer? – continuó entre

bocanada y bocanada.

– Una de sus esclavas – pronunció con desfachatez – Se llama Andra.

Torres, ante la afirmación del inglés, se ahogó con el humo provocándole tos, una tos nerviosa.

– ¿Ha dicho Andra? ¡Imposible! Ella sólo me complace a mí – recalcó perdiendo toda empatía con el conde.

– Se la compró – insistió el otro.

-- De ninguna manera. Desahóguese montando a cualquier negra. Cualquiera menos Andra, ésta es de mi exclusividad, ¿entendió? – el viejo comerciante se alteró hasta ponerse rojo como la grana.

– Calma, Mr. Torres, no se altere, pondré los ojos en otra. Negras, sobran – aseguó palmeándole la espalda.

– Bueno, ahora que nos pusimos de acuerdo en ese asunto, dediquémonos a lo que es realmente importante: nuestros negocios – respondió de malhumor. Andra le pertenecía. Sólo él tenía el derecho de someterla, de saborearla.

Los hombres pasaron toda la tarde cerrando tratos comerciales en los que ambos se beneficiaban. Torres importaba tejidos de algodón siendo Philip su nexa con las fábricas británicas. Luego, la mercadería importada la transportaban en carros al interior del país. La irrupción de productos británicos perjudicaba el comercio nacional, pero esto no tenía relevancia para Torres, quien veía con sumo agrado crecer sus arcas.

Esa noche, al término de una copiosa cena y luego de despedirse de sus anfitriones: Torres, su lánguida esposa y sus dos hijas, adolescentes y pizpiretas, Philip simuló regresar a la casa que alquilaba cerca del Cabildo. Cuando estuvo seguro de que nadie lo seguía regresó a la residencia de su socio. Esta vez entró por los establos. Recompensó el silencio de los dos negros que custodiaban el lugar con unas cuantas monedas de plata. Ellos, agradecidos, le indicaron dónde encontrar a Andra.

Ella estaba en el tercer patio cortando chauchas en la huerta para el almuerzo del día siguiente. Él la abrazó por detrás y le besó el cuello. La muchacha ahogó un grito de temor. Supuso que era su amo.

– No temas, no te haré daño – manifestó haciéndola girar hacia él.

– Señor Conde...¿pa' que me anda necesitando? – Andra, asustada,

buscaba con la mirada un lugar hacia donde huir.

– Si te lo digo saldrás corriendo, y eso es lo que menos deseo – rió Philip
– Ven, sentémonos bajo aquel sauce – y para confusión de Andra le dijo –
Háblame de ti, quiero saber todo de ti, mi muñeca de ébano.

Y así comenzó una relación que con el tiempo fue estrechándose hasta convertirse en amor real.

Philip admiraba la fortaleza y la humildad de esa muchacha que nunca se quejaba de su despiadado destino. Siempre lo recibía dispuesta y con una sonrisa, a pesar del trabajo pesado que debía realizar cada día y de soportar los caprichos de las niñas, el malhumor de su ama y los avances libidinosos de Torres.

Gracias a una treta que le enseñó Philip, Andra consiguió frenar los ataques sexuales del comerciante.

– Andra friega sobre tus piernas esta resina que se extrae de una hiedra venenosa – la animó a seguir el consejo a pesar de su reticencia –
Tranquila, no es peligroso. Te provocará un sarpullido que inquietará a Mr. Torres cuando lo note. Te aseguro que te dejará de molestar. Y este frasco contiene aceite esencial de manzanilla. Te ayudará a calmar el enrojecimiento y el picor – le dijo estrechándola entre sus brazos al tiempo que la besaba con desesperación. El deseo que sentía por ella era tan acuciante que era imposible de controlar.

Mientras Philip la acariciaba, Andra pensaba, "soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de no tener a ese cerdo entre mis piernas".

La noche siguiente, Torres acudió al encuentro de Andra y al notar las manchas rojizas temió que le contagiara esa extraña enfermedad y dejó de frecuentarla maldiciendo su suerte.

Por mucho tiempo Andra fue solamente de Phillip, amándose siempre a escondidas hasta la noche de verano de 1799.

– Andra, amor, hay algo que debes saber.

– ¿Qué cosa amo? – cientos de veces le rogó que no lo llamara de ese modo. "Dime Philip o Felipe, en tu idioma". Pero ella se empeñaba en contradecirlo y continuaba llamándolo amo. Ella sentía que Philip era su amo, su único y verdadero amo.

– Mañana parto hacia Inglaterra – logró decir con el alma hecha trizas.

Andra ya lo intuía. Descubrió el mal augurio en el dolor que escondían los

ojos azules de su amado, un azul tormentoso.

– Siempre va estar en mi corazón, amo – le confesó sin poder contener el llanto.

– Andra, mi muñequita de ébano, te prometo que volveré y nunca nos separaremos. Convenceré a Mr. Torres y serás mía. Toma, para que siempre me tengas presente.

De su alforja extrajo una muñeca de trapo, engalanada con sedas y tules
– La distancia no podrá separarnos – le prometió besando sus lágrimas.

Ella lo esperó. Él nunca regresó.

Lo que Andra nunca llegó a saber fue que Philip enfermó gravemente en alta mar y murió antes de llegar a Inglaterra.

Pasado dos meses de su partida, Andra supo que estaba embarazada. La felicidad del primer momento se truncó en miedo. Temía a la reacción de los amos, sobre todo de Alfredo Torres.

– ¡Preñada! ¡Negra inmunda! ¿De quién es el engendro? – vociferó como un endemoniado.

– ¡Anselmo! – llamó al negro que controlaba a los demás esclavos – ¡Quince latigazos a esta puta! – sentenció.

Andra padeció cada golpe con entereza. Latigazo tras latigazo nombraba en voz baja a Philip y él le daba la fuerza para soportar aquella agonía.

Torres no la vendió a pesar de los ruegos de su esposa que vio en el desliz de la esclava la oportunidad de librarse de ella. Su marido la deseaba y ella la odiaba.

Poco le duró el enojo al comerciante que sucumbió al deseo y comenzó a visitar la cama de Andra nuevamente. Ella no volvió a utilizar el urushiol que le provocaba sarpullido. Prefirió tolerar los embates lujuriosos del viejo a hacer daño a la criatura que crecía en su vientre.

Hasta que una soleada mañana de noviembre nació la hija de Andra y Philip.

Lorenza, la negra comadrona, invocó la protección de Ochún, diosa del amor y de la sexualidad, al ver a la pequeña.

"Blanca como la leche y lo ´ojo azul como el mar que nos trajo pa ´estas tierras", le dijo a la parturienta entregándole la bebita envuelta en una

mantilla de algodón basto.

La pequeña se prendió inmediatamente al pecho. Andra sonrió acariciando la suave pelusa oscura de la cabecita.

Alfredo Torres apareció de improvisto y al ver a la criatura quedó alelado. "Blanca", pensó con estupor, "¡Maldito conde!". Se acercó al catre para observar de cerca al fenómeno. Andra, asustada, le rogó con angustia:

– No me separe de ella amo, hago lo que usted quiera – le suplicó tomándole la mano que él apartó con brusquedad.

– Ya veremos...¿Así que lo que yo quiera? – exclamó regodeándose en los pechos de la muchacha.

Andra afirmó con la cabeza. Sintió náuseas, pero si el precio por permanecer junto a su hijita era yacer con ese cerdo libidinoso, lo haría sin dudar.

"Una esclava blanca...excelente, excelente", meditó. Clavó sus ojos porcinos en ella y abandonó el lugar silbando. Torres no separó a la madre de la hija.

Lorenza suspiró con alivio al ver al amo alejarse.

– ¿Qué nombre le vas a poner? – preguntó curiosa.

– Felipa – susurró con ternura mientras besaba la coronilla de la niña.

Capítulo 3

Buenos Aires, Noviembre de 1809

Alejo regresó a su casa rumiando su encuentro con la misteriosa niña. ¿Una niña blanca, hija de una esclava negra? "Extraño, muy extraño", pensó mientras apuraba el paso, llegaría tarde al almuerzo y su padre volvería a regañarlo. "¡Cuánto te odio padre!", con rabia pateó una piedra que encontró en el camino. Abelarda, la esclava que lo cuidó desde su nacimiento, lo esperaba en la puerta principal.

– Amito Alejo, su padre está furioso. ¿Dónde estaba? -- le dijo con el ceño fruncido.

– Fui a tomar un poco de aire. En la iglesia me ahogaba...mucho incienso
– y con picardía le guiñó un ojo.

– Usted me va a sacar canas verdes, amito. Corra, corra, que todos están en la mesa esperándolo – y lo empujó con delicadeza.

Alejo entró silbando, sabía que eso enfurecía a su padre.

– ¡Patán! Al fin apareces – rugió Manuel – ¡Y deja de silbar como un miserable vendedor ambulante!

Alejo, contrito y ocultando una sonrisa de satisfacción por encolerizar a su padre, tomó asiento junto a su hermano Rubén y frente al Obispo Lué.

– Su Excelencia, le reitero mis disculpas por el retraso y por esta lamentable interrupción. ¡Este hijo mío es un incordio, un verdadero dolor de cabeza! – se lamentó mirando de reojo al niño.

– Tranquilo don Manuel. Y a usted, caballerito, lo espero mañana por la tarde en la iglesia para confesarse. Su conducta no me complace en absoluto – lo sermoneó el obispo al tiempo que le temblaba la papada como un flan de dulce de leche.

"Y a mi no me complace confesarme y menos con usted, viejo enclenque", caviló Alejo.

– Allí estaré Su Excelencia. Le prometo ser puntual – respondió con respeto, mientras pensaba: "Vas a esperar sentado porque no voy a ir,

cuervo pollerudo".

– Zanjado este problemita y retomando el hilo de nuestra conversación, subrayo mi beneplácito por la decisión del virrey Cisneros de ajusticiar a los insurrectos. Es pecado mortal rebelarse contra el gobierno. ¡Habrás visto semejante actitud! – se escandalizó el clérigo.

– Aplaudo también la prohibición de fijar pasquines en las calles y plazas con leyendas que incentiven los ánimos contra el gobierno. Los revoltosos no dan tregua y es necesario ponerles un freno – agregó el anfitrión.

– Así es. Precisamente ayer estuve de visita en la casa del Virrey y lo felicité por sus disposiciones. Prohibir los juegos de azar en los cafés y pulperías, antros del demonio, es un logro que agrada a Nuestro Señor.

Mientras los adultos discutían sobre política y se deleitaban con un exquisito locro, Alejo se extravió en pensamientos que lo llevaban hacia una niña de ojos azules. "Debo descubrir dónde vive", se propuso.

Al finalizar el almuerzo y antes de refugiarse en su dormitorio, pasó a saludar a Darío. Su padre le tenía prohibido sentarse a la mesa con ellos, la enfermedad de Darío lo alteraba. Por lo tanto, el niño vivía confinado en su habitación. Sólo Alejo y Abelarda le hacían compañía. Lo encontró leyendo Las fábulas de Iriarte.

– No sabés de lo que te salvaste. El obispo Lué es insoportablemente aburrido – exclamó tirándose en la cama junto a su hermano que lo observaba sonriendo.

– Sin embargo, me hubiera gustado participar del almuerzo. Esta soledad es horrible, extraño tanto a mamá. Ella nunca me dejaba solo, en cambio papá...

– Papá es un monstruo, es una mierda, es un hij...

– No sigas Alejo, es nuestro padre y le debemos respeto a pesar de ser un hijo de puta!

Los hermanos estallaron en carcajadas. Darío, delgado y de rasgos suaves, era cuatro años mayor que Alejo y como su hermano menor tenía el cabello del color del maíz maduro. En cambio sus ojos eran azules a diferencia de Alejo que eran grises como un amanecer lluvioso. Alejo era feliz cuando veía reír a Darío ya que eran pocas las veces que lo hacía.

– Yo también extraño a mamá. Estamos muy solos sin ella, ¿verdad?

– ¿Te cuento un secreto? – Darío dejó el libro sobre la mesita de luz y miró fijamente a Alejo – La última vez que hablé con mamá me dijo que

siempre confiara en vos y que ella velaría por nosotros tres desde el cielo.

– ¿Por el maldito de Rubén también? – se ofuscó.

– Por Rubén también. Mamá nos quería a los tres por igual – Darío era un hombrecito justo, que su padre y su hermano mayor lo marginaran no era motivo para que los odiara. Todo lo contrario, soñaba con el día en que lo abrazaran con cariño.

Al día siguiente, Alejo se levantó al amanecer. Con sigilo se dirigió a la cocina. Abelarda se sorprendió al verlo.

– Amito, ¿qué hace despierto tan temprano?

– ¿Dónde está Lautaro, Abe? – preguntó con ansiedad.

– ¿Y se puede saber pa' qué lo quiere? – se interesó presintiendo una nueva travesura.

– Necesito que me ayude – dijo tajante.

– ¿Pa' qué? – insistió Abelarda.

– Cosa mía, no te interesa y dame una taza de ese chocolate que hierve en el fogón – le ordenó evitando la mirada escudriñadora de la negra.

En ese momento apareció bostezando un indio mapuche de unos trece años. Más alto que Alejo, desgarrado, el cabello negro y lustroso, largo hasta los hombros. Lautaro era huérfano. Don Manuel lo encontró mendigando por las calles porteñas y le ofreció trabajar en la caballeriza.

– ¡Lautaro! – se alegró Alejo.

– ¿Te caiste de la cama? – se extrañó

– Me tenés que ayudar. Tenemos que rastrear a una persona – afirmó masticando un pastelito de membrillo.

– ¿Rastriar? ¿Qué trama amito? – Abelarda se santiguó temiendo lo peor. Alejo siempre se metía en problemas que terminaban en una buena zurra. Su padre era inflexible.

– Abe, no te metas y dejalos planificar en paz...¡y ojito con ir con el chisme a papá! – la amenazó apuntándola con el dedo sucio de dulce.

- Mejor vamos pa' la tapera Alejo – le aconsejó Lautaro.
- Tenés razón amigo, vamos, pero antes ...¡Abe!, dame una jarra de chocolate y esa fuente de pastelitos.

Y así, bien pertrechados, buscaron la segura soledad de los galpones.

- Bueno Alejo, contame a quién tenemos que encontrar – se interesó el indio – ¡Qué rico está este chocolate! – se relamió gustoso.

- A una niña.

- ¿Una niña? – Lautaro, sorprendido, se atragantó con un trozo de pastelito – ¿Y desde cuándo te interesan las niñas?.

- No seas mamerto, ilas niñas me importan un comino! – explotó contrariado.

- ¿Lo qué?

- ¡Un comino! Eso dice el atildado de Rubén cuando algo no le interesa – le aclaró muy ufano – En fin, la cosa es que debo encontrarla porque me da curiosidad. Es blanca y su madre es negra, ¿no te parece raro? – dijo abriendo desmesuradamente sus ojos grises.

- No, a lo mejor la madre se acostó con un blanco – reflexionó con seriedad.

- ¡Humm!, claro, ieso es! – gritó regocijado por haber resuelto el enigma.

Para Alejo y Lautaro el sexo no era tabú. Solían reunirse al atardecer en las afueras de la ciudad, en una tapera en ruinas y escondida entre unos matorrales para conversar sobre el tema. En realidad Lautaro explicaba y Alejo escuchaba. Lautaro dormía en las caballerizas y todas las noches presenciaba atónito citas clandestinas de amantes apasionados o violaciones del patrón Manuel a sus esclavas, a las que sometía sin piedad. Por supuesto que esto último nunca se lo mencionó a su amigo. Allí también, Alejo enseñaba a leer y escribir a Lautaro a escondidas de su padre.

- Y ahora que lo pienso, creo que conozco a esa niña – dijo rascándose la cabeza.

- ¡Desembuchá, Lautaro!, ¡desembuchá! – se emocionó Alejo.

- Se llama Felipa y vive con su abuela en El Candombe.
- Pero...¿y su madre? El otro día estaba con ella vendiendo mazamorra.
- Su madre en ´ tuavía vive en la casa de don Alfredo Torres, ¿te acordás de él?
- Claro, fue socio de mi padre hasta que enfermó y quedó en la ruina. Nunca me gustó ese hombre, siempre que cenaba con nosotros miraba embobado a mi mamá.
- Me contó la Abelarda...
- ¿Abe? Esa negra chismosa está enterada de todo lo que pasa en Buenos Aires – se rió Alejo.
- Me contó la Abelarda entre mate y mate y alguna que otra torta frita – continuó Lautaro irritado por la interrupción – que Andra, así se llama la madre de la Felipa, sigue en lo de Torres porque Doña Aurelia Torres la manda a vender tuitos los días mazamorra. Ella y la cocinera son las únicas esclavas que tienen los miserables porque a los jóvenes los vendieron y a los más viejos los echaron como si fueran perros por no poder mantenerlos. Todos están en El Candombe viviendo en la miseria – concluyó. Sediento por tanto hablar, bebió de un solo trago todo el chocolate de su taza.
- ¡Vamos! – Alejo se levantó de un salto desparramando los tres últimos pastelitos que tenía en su regazo.
- ¿A dónde? – preguntó Lautaro recogiendo los pastelitos y metiéndose uno entero en la boca.
- ¿A donde va a ser? Al barrio El Candombe – afirmó y cuando Alejo tomaba una decisión, nadie lo hacía retroceder.

El barrio "El Candombe" se erigía por detrás de la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat. El paraje, a pesar de no ser nada propicio debido a los pajonales, a los montes tupidos y a la gran cantidad de arroyos, no constituyó un impedimento para que los esclavos libertos y algunos indios se establecieran en aquellos lares.

Los negros, conquistados por el color de la Virgen de Montserrat a la que llamaban "La Morenita", se apretujaron construyendo ranchos de barro

con techo de paja alrededor del pequeño templo.

En uno de esos ranchos vivía feliz Felipa junto a su abuela Filomena. La extrema pobreza parecía no importar a la niña que esa soleada mañana de noviembre jugaba frente a su casita.

Sentada sobre un tronco hueco acunaba una muñeca de trapo, la misma que Phillip le regaló a su madre años atrás, mientras entonaba una canción de cuna. Su voz era tan dulce como la nana.

"Mi niña se va a dormir

con los ojitos cerrados,

como duermen los jilgueros

encima de los tejados.

La voz de esta niña mía

es la voz que yo que más quiero,

parece de campanita

hecha de mano de platero.

Arroró, la Virgen

Arroró, José

y los angelitos, arroró, también".

Alejo, fascinado, y Lautaro, aburrido, la observaban escondidos detrás de unos matorrales.

Después de dar buena cuenta de la fuente repleta de pastelitos de membrillo, los niños recorrieron las calles porteñas en busca del barrio "El Candombe". No les fue difícil gracias al poder de orientación de Lautaro.

– Por algo soy nieto del gran Chacal, el mejor guerrero rastreador de todos los tiempos – se jactó Laureano.

– ¿Tu abuelo fue un guerrero? – se impresionó Alejo.

– Ajá, tenía ojo e ´lince el viejo, rastriaba a los traidores y a los ladrones siguiendo sus güellas. Señales que otros no veían, él las descubría – dijo

con orgullo.

Y así, preguntando al vendedor de velas, siguiendo las indicaciones del aguatero y guiados por una mazamorrera y todo ello junto al instinto de Lautaro dieron con el paradero de Felipa.

Unas risitas nerviosas alarmaron a la niña que interrumpió la canción de cuna y buscó con la mirada a los curiosos entrometidos.

– ¿Quién anda por ahí? – preguntó enojada levantándose del tronco y apretando la muñeca contra su pecho.

Silencio.

– ¡Conteste! – insistió mirando hacia todos lados.

– ¡Hola Felipa! – Alejo salió detrás de los matorrales, los pantalones manchados de barro. El indio lo seguía con una sonrisa socarrona. "Parece que el Alejo está enamorado".

– ¡Ah, sos vos! – se alegró – ¿Te gustó la mazamorra de mi mamita? – preguntó con una voz aterciopelada que impactó en Alejo.

– S...s...si,si, muy rica – tartamudeó.

Lautaro se desternillaba de risa y Alejo, enfurecido, lo pateó con fuerza en la espinilla haciéndolo trastabillar.

Felipa los miraba atónita.

– No le hagas caso, mi amigo está un poco loco – dijo sacudiéndose el barro de los pantalones.

– Yo estaré loco, pero vos so' un desagradecido. Me voy pa' las casas. Arreglate solo pa' volver – bufó herido por el proceder de Alejo.

– No te vayas – lo detuvo Felipa – Mi abuela acaba de ordeñar la cabra. Los invito a tomar un poco de leche. Está riquísima – lo entusiasmó.

Lautaro cambió de idea inmediatamente, comer era primordial para él. "Me está cayendo bien esta chiquita", pensó relamiéndose de antemano.

Los tres se sentaron en el tronco con un jarro de lata hasta el borde de leche. Esa cabra era el tesoro máspreciado de Filomena. Se la había regalado la esposa del oidor Cornelio Álzaga, persona que ejercía la justicia civil y criminal de la ciudad, por haber sanado a su pequeño hijo de un mal estomacal. Filomena era una curandera respetada aunque mantenía su don en secreto. Sólo en ocasiones extremas ofrecía sus

servicios y a personas que prometían no revelarlo. En el barrio era muy apreciada, aunque no su hija Andra. La comunidad la repudiaba por haberse entregado a un blanco por voluntad propia.

Hacía varios años que Filomena vivía allí con Felipa, desde que la familia Torres quebró económicamente y echó de sus propiedades a casi todos los esclavos quedando desamparados y en la más absoluta pobreza. Con sacrificio levantó un rancho y gracias a su destreza para la alfarería pudo conseguir los centavos para sobrevivir vendiendo cacharros en la Recova.

– Entonces, ¿cómo se llaman? – quiso saber Felipa.

– Alejo y este mamerto es mi amigo Lautaro – se presentó.

– ¡Eh!, no ofendás – se defendió indignado Lautaro.

– Me alegra que hayan venido, yo no tengo amigos, todos los chicos del barrio me dejan de lado – sus enormes ojos azules se llenaron de lágrimas, hasta Lautaro se conmovió.

– Ahora nosotros somos tus amigos – declaró con decisión Alejo limpiándose el bigote de leche con la manga de su camisa.

– ¿De veras? – sonrió ilusionada.

– De veras – asintió con seriedad Lautaro sorprendiendo a Alejo.

Los pocos niños que vivían en "El Candombe" rehuían a Felipa por ser blanca. No comprendían como una niña blanca podía ser hija de una esclava. La consideraban tabú, un engendro de los espíritus malignos. No la maltrataban físicamente por miedo a Filomena, pero la marginaban y despreciaban.

– Para sellar nuestra amistad haremos un pacto de sangre – anunció con gravedad Alejo.

– ¿Un pacto de sangre? – se asustó Felipa.

– Sí, un juramento por el cual nos comprometemos a cuidarnos y defendernos mutuamente hasta la muerte – agregó con formalidad.

De su bolsillo extrajo una navaja, regalo de su padrino y se hizo un corte en la cara interior de su brazo izquierdo. Enseguida se lo pasó a Lautaro que hizo lo mismo.

Felipa tomó con miedo el cuchillo, indecisa, pero al ver el rostro expectante de sus nuevos amigos se decidió. Gotas de sangre, semejantes

a rubíes, asomaron por el corte tiñendo su piel de alabastro.

– Ahora juntemos los brazos para que nuestras sangres se mezclen – ordenó imperioso Lautaro.

– Como hoy se unen nuestras sangres, así estaremos unidos hasta el fin de los tiempos poniendo nuestras vidas al servicio del otro – recitó Alejo con solemnidad remedando un texto que leyó de un libro que pertenecía a su padre y que mantenía oculto en la biblioteca.

Luego de la improvisada ceremonia permanecieron en silencio asimilando el sublime voto que acababan de realizar.

– Muchachos, es hora de que regresen a sus casas – los apremió Filomena preocupada por la presencia de un niño blanco en el barrio de negros.

– Ya nos vamos y gracias por la leche, abuela Filomena – Alejo lo dijo con tanta naturalidad que derritió el corazón de la vieja.

Felipa los acompañó un buen trecho tarareando una alegre canción.

Se despidieron de la niña no sin antes citarse para la tarde siguiente en la tapera abandonada que frecuentaban Alejo y Lautaro, allí donde planificaban las descabelladas aventuras que tanto irritaban a don Manuel y amargaban a la negra Abelarda.

El grato momento se ensombreció con la aparición de Casilda, una negra achuradora. Fabricaba morcilla con intestinos y sangre coagulada de vaca. Su aspecto era nauseabundo. Sobre la cabeza llevaba una cesta cargada de tripas, sebo, patas y cabeza de vacas, despojos abandonados en el matadero que ella traía a su casa para alimentar a sus dos hijos. Miró a Felipa con odio y escupió a sus pies. La niña frenó a Alejo que como un caballero medieval se propuso defender a su dama con arrojo y valentía.

– No vale la pena – sollozó temiendo un enfrentamiento con la achuradora.

– Esta será la última vez que te insulten, te lo juro Felipa – le aseguró Alejo escoltado por Lautaro.

Alejo llegó a su casa con el corazón oprimido. "¿Por qué los mayores son tan crueles?". Su inocencia le impedía comprender la rígida actitud de los adultos.

"Si no fuera por el cariño de su madre y la protección de su abuela, Felipa viviría torturada por sus vecinos, ipersonas imbéciles! Gente parecida a mi

padre. ¿Qué le habré hecho para que me odie tanto? Siempre retándome, castigándome...nunca me escucha. Él es el dueño de la razón. ¡Cuánto me gustaría que desapareciera, que se muriera! No, no, ¡que no se muera!, sólo quiero que me quiera...aunque sea un poquito", pensó abatido. Un grito ensordecedor lo sacó de su cavilación.

– ¡Alejo! ¿De dónde vienes? Seguramente has estado vagabundeando en compañía de ese indio zaparrastroso – el reto lo hirió como el restallar de un látigo.

Su padre, con los brazos cruzados y mirada lobuna, lo escrutaba con fijeza desde el ventanal que daba al jardín del primer patio.

Alejo sintió el sabor amargo de las bilis en su boca, sometió las arcadas que lo atacaron provocadas por el miedo. Ese hombre sin sentimientos no conseguiría doblegarlo, él era fuerte y resistiría.

– Estaba en "La Alameda". Leía cerca del río – mintió – Sin Lautaro, él tiene trabajo en las caballerizas – mintió otra vez con descaro acercándose a la figura temible que lo observaba con el ceño fruncido y los brazos en jarra.

– Seguramente poesía. ¡Lectura de bujarrón! – rió despectivo.

– ¡No soy ningún maricón, padre! – indignado, se abalanzó sobre el vientre abultado del hombre golpeándolo con la cabeza.

– ¡Niño malcriado! ¿Cómo te atreves a enfrentarme? Te daré una buena zurra – explotó ante el sorpresivo ataque de Alejo.

Manuel lo tomó del cuello de la camisa y lo arrastró por el comedor hasta un aparador de madera repujada. Con rabia extrajo un rebenque que guardaba para corregir a sus hijos. "A golpes se hacen los hombres", era el refrán favorito de su padre y lo seguía a pie juntillas.

Se sentó en uno de los suntuosos sillones de la sala y colocó al niño sobre sus rodillas. De un manotazo le dejó el culo al aire y lo castigó golpeándolo con brutalidad cinco veces.

Alejo no lloró, no gritó. Se mordió los labios hasta saborear su sangre.

"Viejo de mierda, te odio", repetía para sí cada vez que el rebenque lastimaba su trasero.

– Mocoso rebelde, ya verás como te doblego – juraba el padre con cada golpe.

Abelarda estaba en el dormitorio de Darío sirviendo el almuerzo, locro de gallina, cuando escuchó el escándalo proveniente de la sala.

– Presiento que Alejo se metió otra vez en problemas. Este niño nunca escarmienta – suspiró intranquila la negra.

– Escucho el chasquido del rebenque. ¡Pobre hermanito! – susurró Darío atemorizado. Todavía estaba fresco en su memoria el recuerdo de esas caricias de fuego cuando apenas contaba tres años, aunque fueron pocas gracias a la irrupción de su madre.

– ¡Estás loco Manuel! ¿Por qué lo golpeas? El mal que aqueja al niño no se cura con un rebenque – le había reclamado enfurecida quitándole de un tirón el rebenque.

– Siempre lo apañas, mujer. Nunca llegará a ser el orgullo de los Gómez Castañón, linaje de hombres duros, sin estigmas vergonzosos. Sólo Rubén es mi esperanza – rezongó sudando ira.

– Lo importante es que llegue a ser un hombre honorable, ¿algún día lo comprenderás, querido? – y con dulzura le acarició la mejilla barbuda suavizando la tensión del momento. Darío los observaba en silencio oculto detrás de la pollera vaporosa de su madre.

Manuel tomó la delicada mano y se la llevó a los labios. Él la amaba, pero no aceptaba la forma en que educaba a sus hijos: mucha poesía, mucha religión, mucha música...¡no!, sus hijos necesitaban rigor.

Aquí estaba Rubén, su primogénito. "Él sí es de buena madera, un verdadero Gómez Castañón", pensó mientras veía alejarse a su mujer llevando en brazos a Darío. "No permitiré que tu delicadeza lo arruine", se prometió.

Rubén nunca probó el cuero del rebenque. Astuto y artero, de pequeño supo ganarse el cariño del padre mostrándose inflexible y despiadado con los esclavos y hasta con sus propios hermanos.

"Así es como se comporta un Gómez Castañón, con autoridad y soberbia", se enorgullecía y Carmen, la madre, ahogaba el llanto ante la perversidad del niño.

– Abe, ayúdalo, por favor – le rogó Darío despertando de sus recuerdos. La negra abrió apenas la puerta y espió con cautela. El dormitorio de Darío quedaba en el primer piso, de modo que Abelarda poco podía atisbar, sólo escuchaba los gritos del amo y eso bastaba para hacerla temblar.

– Ta´bien amito, ahora mesmo abajo y que la Virgen me proteja – y se santiguó tres veces seguidas.

Bajó la escalera de forma atropellada. En el último escalón se tropezó y rodó por el suelo golpeándose las rodillas y los codos.

– ¡Negra estúpida!-- vociferó Manuel – ¡Qué coño haces! – dijo interrumpiendo los azotes. Alejo aprovechó la distracción y corrió a refugiarse en la cocina emplazada en el tercer patio.

– ¡Ay, amo! casi me rompo el alma – se quejó mientras se ponía de pie con dificultad – Es que me apuraba pa´servirle el almuerzo – se le ocurrió de improviso, más tranquila al darse cuenta que Alejo había huído.

– Entonces no te quedes ahí parada como una burra sin su zanahoria y sirve el almuerzo de una vez por todas. Quitá un plato de la mesa, Alejo está castigado. Hoy no almuerza ni cena, ¿has entendido? – gruñó buscando con la vista al sabandija. "El granuja ha desaparecido", bufó.

– S-s-si.si amo, como su señoría ordene – Abelarda contestó y desapareció más rápido que un rayo en la tormenta.

– Más te vale obedecer negra holgazana, sino, te moleré a palos – los rugidos amenazantes llegaron hasta el tercer patio. Abelarda ocultando una sonrisa rebelde, pensó, "así me despelleje, viejo e´mierda, mi Alejo no va a pasar hambre".

Entró muy oronda en la cocina, arreglándose el pañuelo colorado que se anudaba en la cabeza para mantener a raya su pelo crespo.

– ¡Adela! – llamó a una negrita de unos trece años, atrevida y desenvuelta – Con cuidado llevá la olla del locro y serví a los amos. Están esperando, ¡apurate! ¿Y ahora qué mirás? – Abelarda siguió la mirada de la chica y descubrió a Alejo escondido en el cajón de las papas.

– ¡Alejo!, salí de ahí y vo´, mové las tabas que te están esperando, ¡carajo! Y ojito con contar que el Alejo está acá, sino te vaa a colgar de las trenzas en aquel urunday – se desquitó con Adela señalando el árbol que crecía solitario en el centro del patio junto al aljibe.

La negrita, con paso rápido y cara de susto, se escurrió de la cocina cargando la enorme olla humeante.

– Gracias Abe, sos tan buena como mi mamá – Alejo la abrazó y le estampó dos besos en la mejilla regordeta.

– ¡Soltá, soltá! – dijo emocionada – Y ahora, comé. El locro está pa´chuparse los dedos. Y en dispué se me come un tazón llenito de arroz

con leche y canela.

Alejo se encaramó a un banco que la negra empujó hacia la sólida mesa de quebracho donde picaba la verdura, trozaba la carne de vaca y amasaba el pan.

– ¡Coma despacio m´hijo, no sea angurriento! – lo amonestó sonriendo.

– Es que está riquísimo, Abe – respondió chupándose los dedos.

Un mohín de satisfacción iluminó el rostro redondo y lustroso de la negra. "Mi niño lindo, ¡cuánto te quiero!".

– Y contame grandísimo sinvergüenza, por dónde andabas – le preguntó de forma distraída mientras exprimía una naranja.

– Por el "El Candombe" – dijo con la boca llena de garbanzos y porotos.

– ¿¡Cómo!? – se alarmó la mujer – Ese lugar es muy peligroso pa´un niño blanco.

– Tranquila Abe, no fui solo, me acompañó Lautaro – trató de calmarla.

– ¡Qué gran compañía! ¡El Lautaro! Ese indio malparido me va a escuchar. Alejo, los negros de ese barrio son muy peligrosos...

– Es que ahí vive una amiga mía – le explicó mientras se deleitaba con el jugo de naranjas que le sirvió Abelarda.

– ¿Qué amiga? – se preocupó. Abelarda salía de un susto y se atragantaba con otro.

– Felipa, una niña blanca que vive con su abuela Filomena. La conocí hace unos días en La Recova. Su mamá vendía mazamorra y ella me pidió que le comprara – explicó con lujo de detalle.

– La hija de la Andra – dijo en un suspiro.

– Sí, así se llama la madre, ¿la conocés? – se interesó.

– Es esclava de los Torres. Muchas veces me la encuentro en la feria que está cerca del puerto. ¡Pobrecita! – meneó la cabeza con pena.

– ¿Por? – receló Alejo.

– Me contaron las comadres que la esposa de Torres, todas las noches, la

muele a latigazos, ¡la gran perra!

– Pero, ¿por qué hace eso? ¿Se quiso escapar? – Alejo estaba desconcertado

– ¡Nooo! Lo hace por entretenimiento. La señora se divierte castigándola. Por suerte la pequeña está con su abuela sino... – Abelarda calló por temor a asustar al niño

Doña Aurelia Torres odiaba a Andra. Desde que la compraron su marido abandonó la cama matrimonial para perderse por las noches en los galpones donde dormían los negros...donde dormía Andra. También odiaba a Felipa, fruto de un amor prohibido, amor que ella nunca conoció. Antes de enfermar su marido comprobó como el muy infiel pasaba las tardes viendo jugar a la niña a los pies de su madre. Aurelia, con asco, comprendió que el hombre deseaba a Felipa.

– Esa mujer es peor que papá – Manuel recurría al látigo sólo cuando se lo desobedecía.

"Felipa me necesita, no permitiré que esa bruja le haga daño, yo la voy a proteger", se propuso Alejo.

Antes del canto del gallo, Alejo estaba despierto y preparado para la gran aventura que había planeado durante la noche. Le había costado conciliar el sueño, pelearse con su padre siempre le causaba insomnio.

Buscó en el ropero las prendas que usaba para sus escapadas, un pantalón remendado en las rodillas y una camisa marrón de tela basta. Revolió en el cajón de sus tesoros que escondía debajo de la cama, extrajo la gomera y unas cuantas canicas de barro cocido. Se calzó con unas sandalias de cuero de caballo. Un sombrero de paja de ala ancha serviría para protegerse del sol de fines de noviembre.

Bajó con sigilo y espió a través de la puerta de la cocina. Abelarda tomaba mate cerca del fogón donde en una sartén tiznada freía unos buñuelos de manzana. Sobre la mesa, una fuente repleta de tortas fritas despertaron su apetito.

"No debe verme sino va a empezar a sermonearme", pensó con fastidio.

"¿Qué hago para deshacerme de Abe?...¡Ya sé!", chasqueó entusiasmado los dedos.

Como la negra estaba de espaldas a él, Alejo aprovechó para escabullirse por la puerta que comunicaba a la cocina con la despensa. Allí buscó las

trampas para ratones, él era el encargado de instalarlas, pequeñas jaulas con trozos de queso que encarcelaban vivos a los roedores golosos.

"¡Eureka!", se alegró al hallar dos trampas con inquilinos. Con cuidado sacó los ratones y los puso dentro de una bolsa de arpillera que encontró en una de las estanterías. Volvió a espiar a Abelarda por la rendija de la puerta de la despensa. Cuando la mujer se agachó para agregar más leña al fuego, Alejo aprovechó para dejar en libertad a sus amiguitos que corrieron directamente hacia ella.

Uno de ellos se prendió de la pollera colorida de Abelarda y el otro se encaramó a la mesa zambulléndose dentro de la mezcla de los buñuelos.

– ¡Madre santa! ¡Ratones! – aulló asustada – ¡Juera, juera maldito, juera! ¡Ay por Dios, que ajco!-- con la cuchara de madera y a los saltos trataba en vano de quitarse de encima al roedor.

Cuando por fin lo logró, lo persiguió por toda la cocina con una escoba. El fugitivo logró escapar hacia el jardín y fue entonces cuando descubrió al segundo entrometido nadando en la mezcla de los buñuelos.

– ¡Ahijuna!, ¿por qué me pasa esto a mí? ¡Qué ajco! – tomó el fuentón de cobre y con aversión arrojó su contenido entre los helechos del patio.

Alejo, que la observaba desde su escondite, se desternillaba de risa. Ni bien la negra abandonó la cocina, llenó su alforja de tortas fritas, algunas naranjas, unas cuantas manzanas rojas y un puñado de alfeñiques, caramelos de azúcar en forma de nudo. Antes de que Abelarda regresara, Alejo ya estaba en la caballeriza despertando a Lautaro.

– ¿Alejo?, ¿qué mierda querés tan temprano? – rezongó al tiempo que bostezaba.

– Vamos a buscar a Felipa y del Candombe nos vamos al "Hueco de las cabecitas".

– ¡Con Felipa! Estas loco Alejo. ¿Cómo se te ocurre ir a ese lugar con una niña? – se asombró entre enfadado e intrigado.

– ¿Qué tiene de malo? ¡Vamos, será una aventura inolvidable! – lo alentó con entusiasmo.

– Si, si, inolvidable __ironizó mientras se desperazaba.

– Salgamos rápido antes que se levante mi padre y que Abelarda note mi ausencia.

– Antes tengo que comer, si no como no pienso, si no pienso no camino, si no camino....

– ¡Basta ya! Le robé un montón de comida a Abe – agitó satisfecho su alforja en las narices del indio – Comeremos en el camino – lo apuró con fastidio.

– Por tu culpa, un día de estos don Manuel me va a cortar el cogote. No puedo desaparecer siempre Alejo, tengo trabajo que hacer.

– Dejá de quejarte como una niñita tonta – le recriminó.

– Al nieto del Chacal naides lo llama niñita tonta – se empacó.

– Entonces, si sos tan macho no le vas a tener miedo a unos cuantos latigazos – dijo con suspicacia tentando a Lautaro con una enorme torta frita que agitaba delante de su nariz.

– ¡Claro que no! Pero uno tiene sus responsabilidades... – y de un manotazo se adueñó de la torta frita.

– ¿Responsabilidades?, ¿vos? No me hagas reír. Sos más haragán que el viejo Vizcacha – Alejo se refería al mensajero de su padre, hombre escuálido adicto a la ginebra, pero leal hasta la muerte. Virtud apreciada por Manuel y por la que le perdonaba sus continuas borracheras.

Eran alrededor de las ocho de la mañana cuando avistaron la casa de Felipa.

Golpearon la puerta soportando las miradas curiosas de los negros que pasaban por la zona.

Filomena se sorprendió al verlos.

– ¿No les parece muy temprano para andar molestando? – se despachó con voz agria.

– No se enoje abuela Filo – la llamó confianzudamente Alejo – Con Lautaro venimos a invitar a dar un paseo a Felipa...con su permiso, claro – dijo en tono lisonjero.

– ¿Un paseo? Y, ¿por dónde? – se inquietó.

– Por acá cerca no má. La Felipa nos contó que se aburre sin amigos pa' jugar – intervino Lautaro

- Sea buenita, dele permiso, nosotros la cuidamos – le suplicó zalamero.
- Muy bien, pero ojito con meterse en problemas – los chicos negaron con la cabeza tratando de parecer lo más convincente posible.

Felipa saltó de alegría al verlos.

"¡Qué bonita es!", pensó Alejo cuando la niña se asomó por la puerta. Llevaba un vestido azul con lunares blancos bastante gastado, pero muy limpio. El cabello le caía suelto hasta la cintura; una cinta a modo de vincha, enmarcaba su bello rostro. Llevaba abrazada contra el pecho su adorada muñeca.

Nuevamente en camino y luego de saludar agitando el brazo por tercera vez a su abuela que permanecía como una estaca en la entrada de la casita, Felipa preguntó emocionada:

- ¿A dónde vamos?
- A un lugar mágico.

Lautaro frunció el ceño al escuchar la respuesta de Alejo. "¿Mágico, ese lugar lleno de pulperías y burdeles? Este Alejo es un abombado".

Había poco de bucólico en el paraje al que se dirigían animados. Allí estaban los corrales y el matadero donde se faenaban ovejas y carneros. El entorno no era lujoso: reñideros de gallo, pulperías y casa de juego. Era una zona de cuchilleros.

Aquel lugar se denominaba "Hueco de las cabecitas" porque las carretas lo elegían para descargar las cabezas de los animales. Una hondonada poco agradable de transitar.

– Me contó el viejo Vizcacha que acá se trenzaron en un duelo el negro Segismundo con el mulato Gamboa. Se enfrentaron con estacas con punta de fierro – Lautaro se dio aires con la información. Alejo y Felipa lo escuchaban asombrados.

- ¿Y por qué se pelearon? – preguntó con interés Felipa.
- Por los amores de una morena. Segismundo mató al mulato pero no pudo disfrutar de la mujer porque tuvo que escuenderse para no terminar jusilado.
- Bueno, bueno, se acabaron los duelos es hora de divertirnos. Vamos para la hondonada, les apuesto que ninguno de ustedes tiene mejor

puntería que yo – los desafió Alejo.

Felipa y Lautaro lo siguieron hasta el borde de la hondonada. Alejo cargó la gomera con una canica de barro cocido y apuntó contra una de las tantas cabezas de vaca pútridas que se arracimaban en el pozo dando siempre en el objetivo. Cada vez que lo hacía gritaba jubiloso.

– Algún día seré soldado y ganaré batallas – le confesó a sus amigos.

– Y yo voy a vivir con mi tribu, los ranculches, y seré un gran rastreador, orgullo de mis ancestros – manifestó exaltado Lautaro.

– Y yo...yo sólo quiero ser libre algún día – expresó con pesar Felipa.

– Pero si ya sos libre, ¿no vivís con tu abuela lejos de la familia Torres? – le preguntó extrañado Alejo.

– Vivo con mi abuela hasta que doña Aurelia Torres cambie de parecer. Yo, como mi mamá, le pertenecemos. Amenaza a mi mamá con llevarme de nuevo a la casa si no vende mucha mazamorra y si no cumple con todas las tareas que le ordena. ¡Pobre mi mamita!, está tan cansada... – las lágrimas comenzaron a correr como pequeños arroyuelos por sus mejillas rosadas.

Alejo tiró la gomera y la abrazó. Lautaro hervía de furia, él sabía muy bien lo que significaba vivir sometido a otro.

– Te prometo que yo voy a comprar tu libertad cuando sea grande, pequeña Killa – le prometió con decisión Alejo.

– ¿Por qué me llamás así? – Alejo sonrió al ver desconcierto en esos enormes ojos azules.

– En quechua, killa significa "Luna". Vos te pareces a la luna, tan blanca...tan luminosa.

Lautaro carraspeó. ¿Qué le sucedía a su amigo? Mejor volver a la diversión.

– Vayamos a la riña de gallos. Conozco un lugar por donde podemos colarnos – propuso.

– Buena idea, pero antes comamos, me muero de hambre, ¿y ustedes? – propuso Alejo.

Lautaro aplaudió la moción devorando con fruición toda la fruta y las

tortas fritas. Felipa y Alejo se conformaron con los alfeñiques.

Festearon la victoria de un gallo que dejó inhabilitado a su oponente y abuchearon a otro "con poca casta" que huyó herido de la pelea.

Al atardecer regresaron a "El Candombe". Dejaron sana y salva a Felipa junto a su abuela Filomena y ellos reemprendieron la marcha hacia la ciudad.

– Alejo, estoy cagado en las patas. Don Manuel hoy me mata – tembló el indio.

– No jodas Lautaro, seguro que el viejo ni se dio cuenta que faltabas...espero que a mí tampoco me haya extrañado – deseó de todo corazón.

Felizmente el deseo de Alejo se cumplió.

Lautaro se quedó en la caballeriza cepillando a Trueno, el caballo de Rubén y Alejo entró por la cocina que estaba desierta.

En la sala escuchó voces, aguzó el oído reconociendo la voz portentosa de su padre.

– ¿Está segura que quiere venderme a la niña blanca, doña Aurelia?

Capítulo 4

Esa mañana se presentó tormentosa. La lluvia fue un alivio para los habitantes del barrio "El Candombe". Vivir hacinados y en la miseria empeoraba con el calor sofocante del verano.

Filomena, siendo leal a su costumbre, se levantó al alba. Luego de ordeñar la cabra se dispuso a amasar un poco de pan de maíz para el desayuno. Un alboroto inusitado la sobresaltó. Curiosa, abrió la puerta de entrada del rancho limpiándose las manos llenas de harina en el delantal raído. El corazón se le detuvo ante la escena que se dibujó delante de sus ojos.

Un carruaje tirado por cuatro caballos se detuvo frente a la vivienda y la mismísima doña Aurelia Torres bajó majestuosamente de él con la ayuda de un esclavo escuálido, uno de los pocos que aún le quedaba.

Con la repugnancia plasmada en su rostro caminó hacia Filomena con cuidado de no pisar la bosta de la cabra. La anciana la esperaba en ascuas y con un nudo en la garganta.

– Ama Aurelia, ¿a qué se debe el honor de su visita? – Filomena trató de mostrarse cordial a pesar del temor que la atenazaba. "Esta yarará viene a llevarse a la Felipa", discurrió con certeza y tembló.

– ¿Dónde está el maldito engendro? – atropelló a Filomena y entró intempestivamente en el rancho. Se cubrió la nariz con un pañuelo de encaje perfumado. "Olor a esclavo. ¡Qué horror!", el asco le trepó por la garganta. Con gran esfuerzo logró aplacar las náuseas.

– La Felipa está durmiendo, es muy temprano todavía.

– Dejate de pavadas y despertala. Se viene conmigo y apurate que el olor de esta casa me está descomponiendo – la interrumpió con violencia – Abrí esa ventana, ¡me estoy ahogando! – con el pañuelo comenzó a darse aire.

– Pero usted me confió a mi nieta. Le prometió a mi hija que estaría siempre conmigo, ¿pé? – la enfrentó con temeridad.

– ¿Prometer? Yo, una "señora", nunca hago promesas a negros inmundos y menos a la puta de tu hija – le escupió con rabia – Y cuidate vos también, porque si se me antoja te pongo a fregar pisos hasta el día de tu muerte.

– Yo no soy su esclava, ya no. Su madre, que en paz descansa, me regaló la libertad. Bien guardado tengo el papel que lo confirma – le enrostró decidida.

– Mi madre fue una sentimental y ino me cambies de tema, negra bellaca! Trae a la mocosa que no tengo tiempo para perder – le ordenó bruscamente.

– ¿Pa' dónde la va a llevar? – se atrevió a preguntar.

– ¡Qué te importa, negra metida! ¡Felipa! – la llamó corriendo una cortina de lienzo verde desteñido que ocultaba dos catres desvencijados.

– ¡Por lo menos no estará sola, estará con Andra, su madre, ella la va a cuidar! – se esperanzó la vieja.

– ¡Jajaja! – tronaron las carcajadas – Andra murió.

El impacto de la noticia la golpeó con fuerza, todo se desmoronaba...

– ¿Cómo? ¿Mi hija, muerta? Pero, ¿cómo? – Filomena le imploró.

– ¿Quién sos para pedirme explicaciones? Murió como lo hacen los animales. Ustedes, negros, son "eso", animales sin alma – mientras despotricaba recorría el pequeño espacio con ahínco.

Encontró a la niña acurrucada en la cabecera de su cama. Estaba aterrada. ¿Había escuchado bien? ¿Su querida mamá, muerta? “No, no, no”, repetía balanceándose de un lado hacia el otro sosteniendo a su querida muñeca contra su pecho. Doña Aurelia la tomó del brazo y con violencia la arrastró fuera de la casa. Felipa gritó resistiendo. Filomena gritó rogando clemencia para su nieta.

La anciana se arrodilló frente a doña Aurelia Torres osando aferrarse a la pollera de seda negra importada de Inglaterra que la mujer lucía con orgullo. Cuando lo hizo le desprendió un trozo de puntilla de la enagua.

– ¡No me toques con tus asquerosas manos! – y con inquina le dio un puntapié en la boca del estómago. Filomena casi pierde el sentido por el dolor. Aurelia, riéndose con malicia, se alejó de ella arrastrando a Felipa que lloraba y gritaba pidiendo auxilio a su abuela, que tirada en el barro, maldecía su mala estrella. Algunos vecinos, impotentes, observaban y callaban sofocando la furia. Otros festejaban, ¡por fin se libraban de esa cría malnacida! a la que consideraban "pájaro de mal agüero".

El cochero sentó a Felipa junto a él en el pescante bajo la lluvia que en

ese instante se volvió torrencial.

Doña Aurelia, muy cómoda en el interior del carruaje forrado de terciopelo azul, exclamó:

– A la residencia Gómez Castañón.

Cuando el carruaje desapareció, dos amigas de Filomena corrieron a socorrerla. Entre las dos la llevaron con cuidado hasta la casa y la recostaron en uno de los catres. Filomena no lloraba, tenía el rostro transfigurado. Las mujeres, al verla en ese estado se asustaron. Intentaron hacerla beber un poco de agua, pero Filomena se rehusó. Abatidas, se fueron.

Al quedarse sola se levantó lentamente. Cerró la única ventana quedándose a oscuras. Tanteando encontró una vela y la encendió. Entonces buscó cuatro velas más, pero negras, y las encendió también. Las colocó sobre la mesa. Ella permaneció parada unos minutos, el rostro iluminado por la luz titilante de las velas. Luego fue a la parte trasera del rancho. Debajo del delantal llevaba escondido un puñal. La cabra lo vio y supo su destino.

Filomena, de un solo corte certero, la degolló. Llenó un recipiente de barro con sangre; luego le rajó el vientre y le arrancó el corazón. Regresó a la casa para iniciar el rito.

Tomó el corazón y con cinco clavos oxidados pinchó el trozo de puntilla de la enagua de doña Aurelia que había guardado entre los pliegues de su pollera. Con la sangre de la cabra hizo un círculo sobre la mesa. En el centro colocó el corazón sobre una capa de tierra del cementerio que tenía atesorado para esos casos. Cubrió todo con azufre. Luego dispuso las velas negras alrededor del círculo. Filomena comenzó a cantar contoneándose de un lado a otro, los ojos cerrados, los brazos levantados hacia el cielo.

"Señor de la oscuridá escucha mi llamada,

libérame de mi maldita enemiga,

aliméntate de ella y arráncala de este mundo.

No tengas piedá de ella. Amén, amén, amén".

Finalmente bebió la sangre que quedaba en el vaso de barro.

Mientras tanto, doña Aurelia esperaba en la suntuosa sala de los Gómez Castañón. De su mano, Filipa, tiritando y aferrada a su muñeca de trapo, lloraba en silencio. Manuel apareció muy ufano, junto a él, su primogénito

Rubén.

– Buenos días doña Aurelia, ¿así que este es el tesoro del que me ha hablado? Una esclava blanca y muy bonita, por cierto. Aunque se la ve débil y pensándolo bien, ¿qué haré yo con esta niña de diez años? No, me parece que no cerraremos trato doña Aurelia – el muy astuto deseaba bajar el precio, sabía de la urgencia de la mujer por vender y jugaba con ello.

– Pero don Manuel, piense que podrá formarla a su gusto. Los años pasan rápido y llegado el momento, sabrá darle placer, se lo aseguro. La madre de esta criatura en su juventud era una amante experta. Además, a pesar de su corta edad, podrá ser de gran ayuda en la cocina o en la huerta – negoció la mujer, necesitaba el dinero con premura.

– ¿Cómo murió la madre? – preguntó Ruben con curiosidad morbosa.

– Descubrí a la muy zorra fregándole las tetas a mi marido, perdone mi vocabulario don Manuel, pero cuando lo recuerdo me hierve la sangre. Como usted sabe mi marido hace tiempo que está postrado en la cama, los médicos no llegan a un diagnóstico definitivo y él se va apagando lentamente – simuló llorar.

En realidad, el enfermo, cuando Andra lo ayudaba a tomar el caldo de gallina prescripto por el doctor, haciendo un esfuerzo enorme logró romper la blusa de Andra y enterrar su rostro cadavérico entre sus pechos. En aquella posición los descubrió Aurelia que inmediatamente mandó que le dieran a la negra cien latigazos. Andra no lo resistió.

– ¡Bien merecido! – estalló el muchacho.

Felipa escuchó hablar de su madre como si fuera menos que un animal y su corazón se rompió en mil pedazos.

"¡Gente malvada!", gimió su alma inocente. "Mamita, ya sos libre", se alegró al reflexionar.

– ¿Qué decide don Manuel? – Aurelia rogó en forma velada.

– Está bien, cerremos el trato – se decidió pensando en su hermana Rosaura, viuda recientemente y en sus dos hijas, Felicitas y Rosario, que pronto vendrían a vivir con ellos. Felipa sería una distracción para las niñas. "Un juguete más", consideró satisfecho.

En ese momento entró Alejo empapado. Cuando se percató de la reunión deseó hacerse invisible pero ya era tarde. El grito de su padre lo paró en

seco:

– ¡Alejo!

"¿Alejo?", y el corazón destrozado de Felipa pegó un brinco de alegría y esperanza.

– ¡Alejo!, ¿de dónde vienes chorreando agua? – Alejo temió otro castigo, no le importó. La diversión vivida bien lo valía.

– Fui a pescar. La tormenta me sorprendió de camino – respondió contrito.

Y entonces, por el rabillo del ojo la vio, igual de mojada que él. Así que su padre finalmente había cerrado el trato con la bruja. Su corazón dio un brinco de alegría. El reto ya no importaba, sólo importaba la presencia de Felipa en su casa. "Aquí nadie te va a lastimar amiga", le prometió silenciosamente a través de una amplia sonrisa. Ella lo observaba esperanzada mientras los adultos sellaban la venta.

A la mañana siguiente, cuando doña Aurelia abrió la puerta de su dormitorio que daba al patio, quedó paralizada, un grito quedó atrapado en su garganta. Allí, frente a ella, envuelto en puntilla, la puntilla de su pollera y traspasado por cinco clavos oxidados, yacía un corazón en un charco de sangre coagulada.

Pocos días antes de la Navidad, Rosaura llegó a Buenos Aires y se instaló con sus dos hijas en la casa de su hermano mayor, Manuel. Luego de seis meses regresaba de Francia, país donde murió su marido de un paro cardíaco. El viaje de placer se había convertido en una travesía lúgubre.

La súbita muerte la dejó atónita. Ella lo amaba y respetaba, conformaban un matrimonio feliz. Las niñas, Felicitas de trece años y Rosario de once, eran ahora la razón de su vida.

Cuando recibió la carta de su hermano invitándola a vivir con él y con sus tres hijos, no dudó. Aceptó gustosa y agradecida.

Rosaura contrajo nupcias a los dieciocho años y desde entonces gozó del amor de un hombre justo y generoso que siempre veló por su bienestar. Fue un padre ejemplar y las pequeñas lo adoraban. Ahora, si bien su situación económica era holgada debía enfrentar la responsabilidad de criar a sus dos hijas sola.

Manuel las recibió con una sonrisa. Deseaba tener otra vez una mujer en su casa haciéndose cargo de la dirección de todas las tareas domésticas.

Seguramente ella lo ayudaría a encarrilar a Alejo y a cuidar del enfermizo Darío. Rubén era otro cantar, era un verdadero Gómez Castañón.

– Rosaura, querida, ¡qué placer tenerte entre nosotros! – la abrazó con cariño y luego besó a sus sobrinas – Niñas, ¡que grandes están! – se asombró.

– Gracias hermano por recibarnos en tu casa. ¡Me siento tan sola! – Rosaura contuvo las lágrimas para no inquietar a sus hijas.

– Tranquila, siempre estaré a tu lado protegiéndote como cuando éramos pequeños.

– Cómo no hacerlo, ¿recuerdas cuándo me libraste de una zurra segura por haber derramado el frasco de miel sobre el mantel preferido de mamá? – rió con nostalgia.

– Mira que eras traviesa. Espero que Felicitas y Rosario no se parezcan a su madre, ¿eh? – dijo mirándolas con el ceño fruncido pero enseguida explotó en carcajadas. Las niñas respiraron aliviadas. "El tío no es tan malo como parece", le susurró al oído Felicitas a Rosario. Sin embargo, Rosario no estaba muy convencida de ello. No le gustaba para nada ese hombre enorme de bigote rizado. Se parecía al ogro del cuento "Pulgarcito" que se alimentaba de niños. "¡Qué horror!", un escalofrío le recorrió el cuerpo.

– Pedro – Manuel llamó al negro que supervisaba a los demás esclavos, un hombre de mediana edad, alto y corpulento – lleva los baúles al primer piso y acomódalos en la habitación que linda con la de Darío. Es una habitación muy amplia, allí estarán cómodas. Me pareció buena idea que estuvieran las tres juntas. Además el ventanal da al jardín, te gustará Rosaura. Por las mañanas el perfume de los jazmines inunda la estancia – dijo con afecto.

– Manuel, ¿todavía recuerdas cuánto me gusta el perfume de los jazmines? ¡Qué detalle! – se emocionó Rosaura. "Sin dudas aquí estaremos cómodas", consideró dichosa.

– Acomódate y luego charlaremos en la biblioteca. Enseguida te envió una esclava para que las ayude.

– ¿Y tus hijos? – preguntó mirando por encima del hombro de Manuel.

– Rubén está con mi administrador recorriendo los campos que tengo en El Retiro. Allí nos trasladaremos después de Año Nuevo huyendo del calor estival. Cerca del Río de la Plata el clima se vuelve más benigno que en la ciudad. Alejo...no sé dónde se habrá metido. Estará enredado con el indio Lautaro, su compinche, en alguna travesura que seguramente me sacará

de quicio. Ese niño es un verdadero castigo. Y Darío, encerrado en su dormitorio. Su enfermedad le impide llevar una vida normal. Darío es mi vergüenza – una sombra de impotencia y rencor enturbió la mirada del hombre.

– Manuel, es muy triste que hables así de Alejo y de Darío. Ellos necesitan de tu cariño, no se lo niegues – le aconsejó abrumada por los sentimientos de su hermano.

– Tú no entiendes – respondió con sequedad.

– Entiendo que esas criaturas necesitan del amor de su padre para crecer felices – dijo con suavidad.

– Perdona Rosaura, pero no te he pedido consejo alguno. Sé muy bien cómo tratar a mis hijos – la hosquedad de las palabras preocupó a la mujer. "El mismo testarudo de siempre".

A Rosaura le complació el dormitorio: espartano, aireado y luminoso. Los muebles eran de algarrobo: el ropero, la cómoda y tres pequeñas mesitas. En cada una de ellas descansaba un candil de terracota. Colchas coloridas cubrían las tres camas, combinando sus colores con el dorado de las cortinas. Una alfombra mullida se extendía sobre el piso de madera y un espejo con marco de plata repujada, que fue la delicia para la coquetería de las pequeñas damitas, adornaba la pared encalada.

Felicitas y Rosario saltaban sobre las camas cantando una melodía que aprendieron en París:

"Mambrú se fue a la guerra, no sé cuando vendrá.

Vendrá para la Pascua o por la Trinidad

La Trinidad se acaba,

Mambrú no viene más".

Un golpe suave en la puerta las detuvo.

"¿Será el tío?", Rosario entró en pánico.

Felicitas corrió a abrir y se encontró con la cara de terror de Felipa.

– Y vos, ¿quién sos? – le preguntó intrigada. Las niñas, a pesar de tener padres españoles, empleaban el voseo para comunicarse con otras personas.

– Felipa, soy la esclava que el amo manda para que las atienda – contestó a punto de llorar.

– ¡Una esclava blanca! Pero, ¿dónde se vio tal cosa? – se escandalizó Rosaura y la hizo pasar tomándola de la mano.– ¿Cómo es eso de que eres esclava? ¿Cuántos años tienes? ¡Si eres blanca, Virgen Santa! – volvió a protestar Rosaura.

– Mi mamá era esclava y se enamoró de un blanco, entonces nací yo...y tengo diez años – explicó con inocencia y timidez Felipa.

– Preciosa, no temas, nunca te haré daño – le dijo con ternura la mujer, consternada por el destino de esa pobre criatura.

– Nosotras seremos tus amigas – dictaminó Felicitas y Rosario asintió presurosa.

– Y ahora, manos a la obra. Entre las cuatro ordenaremos la ropa y luego iremos por un rico chocolate caliente.

Las tres niñas aceptaron encantadas, aunque Felipa temió que don Manuel la azotara por confianzuda. El chocolate, el sabroso chocolate de Abelarda estaba prohibido para ella.

Diciembre de 1809

La Navidad, como acontecimiento fundamental del calendario litúrgico cristiano, dio lugar a fiestas populares espontáneas, encendido de fogatas, encuentros familiares y reuniones de vecinos donde se cantaba y brindaba.

La residencia de la familia Gómez Castañón vivió intensamente los preparativos del "nacimiento del Niño Jesús". Hacía tiempo, primero por la enfermedad de Carmen y luego por su muerte, que los festejos quedaron arrumbados en el rincón de la melancolía.

Pero con la llegada de Rosaura y las niñas, la alegría y el entusiasmo brillaron nuevamente y sobre todo en los días anteriores a la Navidad.

La servidumbre se dedicó a dejar la casa impecable y Rosaura junto a Abelarda confeccionaron meticulosamente la cena de Nochebuena que se serviría después de la Misa de Gallo.

Felicitas, Rosario y Felipa, se volvieron inseparables. Alejo estaba furioso, Felipa era su amiga y no tenía intención de compartirla con sus tontas

primas. Manuel tampoco estaba feliz con esa inesperada amistad. Felipa estaba para servir, no para compartir juegos.

– Rosaura no estoy de acuerdo con el modo en que tratas a la esclava – encaró crispado a su hermana.

– ¿A quién te refieres querido? – simuló no entender mientras extraía de una gran caja de madera pequeñas estatuillas y las depositaba sobre la mesa del comedor.

– ¡A Felipa, a quién más! – estalló furibundo.

– ¡Por los clavos de Cristo, Manuel! Trata de no alterarte o te dará un síncope – aconsejó con suavidad y sin dejar de sonreír.

– Te lo advierto Rosaura, Felipa es una esclava y debe ser tratada como tal – se acercó a ella y con determinación le tomó la mano que sostenía un pastorcito esmaltado – Detente con ese nacimiento y préstame atención – le ordenó.

– Manuel, ya no soy la niñita estúpida que manejabas a tu antojo. Soy una mujer madura que ha enfrentado profundas tribulaciones de las que tú ni tienes idea. Esto me ha endurecido, me ha fortalecido; así que hermanito mío no te atrevas a levantarme la voz, tampoco a darme órdenes. Si no estás de acuerdo con mi proceder hoy mismo las niñas y yo nos vamos de tu casa – Rosaura le plantó cara exudando dignidad.

– No es para que te pongas así, mujer. Perdona si te agravie, no fue mi intención, sólo que no quiero que esa pequeña se tome atribuciones que no le corresponden. Puede convertirse en un mal ejemplo para los demás esclavos, ya sabes como son...– reculó sorprendido de la actitud firme de su hermana.

– Sí, sé cómo son, personas que sufren y se ilusionan. Personas que buscan ser felices en medio de la miseria...personas como nosotros – lo enfrentó con los ojos llenos de lágrimas, lágrimas de impotencia – Esa niña, Felipa, ha sufrido lo indecible: repudiada por negros y blancos, arrancada de los brazos de su madre y luego, de su abuela; vendida al mejor postor con sólo diez años por esa horrible mujer, esa Aurelia Torres que en paz descanse, una pequeña obligada a realizar tareas pesadas que ni yo podría hacer...Esa niña, Manuel, merece mi respeto y todo mi afecto. Si la has puesto a mi servicio y al servicio de mis hijas, deja que yo decida cómo tratarla. Por favor hermano, concédeme esa gracia – su mirada mansa y su voz aterciopelada terminaron por ablandar al hombre de piedra.

Sin mediar palabra, Manuel con sus manos nudosas le acarició la mejilla, como cuando eran niños luego de una trifulca, dando su consentimiento.

Ella lo vio abandonar la sala y sonrió victoriosa.

Felicitas y Rosario entraron corriendo. Venían agitadas y rozagantes del jardín donde improvisaron rondas y jugaron a la rayuela luego de la siesta. Felipa las seguía angustiada y Rosaura enseguida notó el ánimo amargo de la pequeña.

– ¡Mamá! ¡Mamá!, ¿que hacés? – gritaron al unísono alborotando y desordenando la tarea prolija de su madre.

– ¡Niñas!, ¡quietas! Deben tener cuidado con estas estatuillas o las romperán.

– ¿Podemos ayudarte? ¿Verdad que sí? – imploró Felicitas uniendo las palmas de sus manos como si estuviera rezando.

Rosario no habló, no era necesario, sus enormes ojos azules lo decían todo, ella también deseaba participar en el armado del pesebre.

– Muy bien, pero deben ser muy cuidadosas. Estas figurillas son delicadas y pueden partirse ante la menor negligencia, ¿de acuerdo? – las apremió.

Las niñas comenzaron a disponer los personajes: pastores, animales, ángeles, San José, la Virgen María. Con sumo cuidado fueron armando una conmovedora escena del nacimiento del "Niño Dios".

Al ver que Felipa permanecía parada aferrada a su muñeca y lejos de la algarabía, Rosaura la llamó con ternura.

– Felipa, ven. ¿Qué te sucede? – Rosaura se conmovió al notar las lágrimas que rodaban por el rostro de la niña.

– Nada, ama Rosaura, nada – balbuceó limpiándose la nariz en la manga de su sencillo vestido, tan desteñido que apenas se podía adivinar el color.

– No mientas Pipa, yo sé que le pasa mamá – intervino Felicitas olvidándose del pesebre.

– Nosotras sabemos – se atrevió a intervenir Rosario, siempre temerosa.

Rosaura, sentada en uno de los sillones de la sala con Felipa a su lado, las miró intrigada. Las niñas la rodearon y en forma atropellada comenzaron a parlotear con gran aspaviento.

– Si hablan las dos a la vez no comprendo absolutamente nada. Felicitas,

empieza tú _ esas niñas como de costumbre, la estaban enloqueciendo.

– Estábamos divirtiéndonos saltando la soga. ¡Mamá!, no te imaginás lo bien que salta Rosario, ¿verdad Pipa? Con decirte que saltó mucho más tiempo que yo – la carita de Rosario se iluminó por los elogios de su hermana.

– Me alegro, pero no te vayas por las ramas Felicitas – la apuró su madre.

– Claro, claro. Todo es culpa de Alejo – sentenció con un mohín de enojo.

– ¿Alejo? ¿Qué ha hecho Alejo? – exclamó sorprendida. "Si ese niño adora a Felipa", pensó desconcertada.

– Alejo no quiere que Pipa juegue con nosotras. Dice que desde nuestra llegada, ella ya no le hace tanto caso como antes.

– Está celoso – remató con seriedad Rosario.

– Felipa, y tú, ¿qué dices? – se interesó Rosaura.

– Yo...yo...yo quiero mucho a Alejo, pero prefiero estar con Feli y Rosario. Me gusta jugar con ellas más que con Alejo y Lautaro. Ellos son...son brutos y siempre se meten en líos buscando que don Manuel los castigue. Y yo ya no quiero que don Manuel me castigue. La última vez me quitó mi muñeca y por un tiempo largo no la tuve. Alejo la recuperó para mí, él es muy bueno conmigo por eso lo quiero – confesó sonrojándose – Pero es muy, muy travieso.

Rosaura la abrazó y la besó en la frente. "Preciosa mía", murmuró.

– Pipa, contale que le hizo el tío Manuel a Alejo por devolverte a Margarita

– Felicitas se refería a la muñeca.

– Le pegó con un rebenque. Le dejó el culo rojo. Eso me contó Alejo – dijo consternada.

Rosario pegó un brinco al escuchar a Felipa y se aferró al cuello de su madre.

– ¡Por los clavos de Cristo! ¡Cuánta violencia! Aunque esté en desacuerdo, no puedo inmiscuirme en la forma de educar de mi hermano a sus hijos. Pero en cuanto a ti Felipa, te aseguro que mi hermano nunca más te castigará, desde hoy estás bajo mi protección – proclamó con convicción.

– ¡Gracias mamita, sos un ángel! -- gritaron las niñas arrojándose sobre la mujer. Entre risas, Rosaura invitó a Felipa a unirse al abrazo que

agradecida y desconcertada aceptó emocionada.

La Familia Gómez Castañón en pleno asistió a la misa de Gallo que se celebró en la iglesia de San Ignacio. Escucharon con reverencia las palabras del Evangelio de San Juan y con respeto la homilía del padre Agustín. Todos comulgaron bajo la mirada atenta del párroco.

Al finalizar la liturgia regresaron a la casa para dar cuenta de la succulenta cena de Nochebuena. El padre Agustín aceptó gustoso la invitación de Rosaura para participar del festín.

Un grupo de vecinos, amigos de Manuel, pasaron a saludar y asombrados, alabaron el pesebre para orgullo de Rosaura.

Felicitas y Rosario lucían hermosas. En sus vestidos rosas parecían dos exquisitas muñecas de porcelana.

Rubén no apartó su mirada de Felicitas durante toda la noche. Lo atraía su cabello castaño de rizos rebeldes, rebeldes como ella y sus ojos verdes como un vergel.

Sin embargo, Felicitas admiraba a Darío. En las tardes solía visitarlo en su dormitorio y juntos leían los relatos de Charles Perrault en su idioma original. Darío y Felicitas hablaban el francés a la perfección. "Piel de asno" y "Barba Azul", eran sus preferidos. Abelarda gozaba al verlos juntos. "Ella es el sol de mi niño", pensaba agradecida a su "Virgen Morenita" por la alegría del muchacho, siempre solitario y taciturno. Al principio Darío se mostró huraño y antipático, pero finalmente la vivacidad arrolladora de Felicitas lo desarmó y terminó adorándola. Esa noche especial Felicitas lloraba en secreto la ausencia de su primo. Su tío no lo autorizó a compartir la mesa con ellos, debía permanecer como siempre en el dormitorio.

Sentados a la mesa y después de una breve oración a cargo del padre Agustín, comenzaron a deleitarse con las exquisiteces que iban sirviendo Abelarda y Esperanza, una negra más delgada que un junco y algo jorobada.

Rosario ocupó su lugar frente a Rubén. Estaba fascinada, su inocente corazoncito latía con fuerza cada vez que él la miraba. Rubén no la soportaba, le fastidiaba su torpeza y su timidez desmedida. "Esta niña es un incordio, tan distinta a su hermana", pensó antes de chocar su copa de vino con la copa de agua de ella en el momento del brindis.

Alejo comía sin ganas. Ni la excelente carbonada, ni el pato asado con legumbres, ni los pastelitos de membrillo bañados con miel, ni la sabrosa

natilla, lograron mejorarle el ánimo. Contuvo una maldición cuando sintió que alguien lo pateaba por debajo de la mesa. Era Felicitas. Le sacó la lengua sin temer ser atrapado por su padre, cosa que no sucedió por estar éste enfrascado en una animada conversación sobre política con el padre Agustín. Ya se percibían aires de cambios en el Río de la Plata.

– ¿Extrañas a Pipa? – le preguntó

– ¡Qué te importa! -- contestó fastidiado mientras engullía de un bocado una cucharada de ambrosía.

– ¡Niños!, en la mesa no deben hablar – les recriminó Manuel interrumpiendo una opinión de Rosaura sobre una supuesta revolución.

Cuando los adultos dejaron de prestarles atención, Felicitas le dijo en voz baja:

– Al término de la cena te espera en el establo – y luego de guiñarle un ojo continuó saboreando su postre.

La expresión de Alejo cambió en un santiamén. Una amplia sonrisa cruzó su rostro.

– Gracias Felicitas – dijo deponiendo su encono – Pero te recuerdo que sólo yo puedo llamarla Pipa, ¿estamos?

Felicitas asintió con un leve movimiento de cabeza, aunque su sonrisa quedó congelada al notar cómo la observaba Rubén. Una mirada intensa que la molestó.

Rosaura anunció la entrega de regalos, una costumbre arraigada en Europa que ella quiso continuar entre los suyos. Todos se entusiasmaron, menos Alejo que desapareció disimuladamente. Pasó por la despensa, allí lo tenía escondido. Un obsequio especial para una niña especial. Tomó la caja y salió disparado hacia el establo.

Ella lo esperaba sentada sobre una montaña de alfalfa seca. La luz de la luna la recorría impregnándole una serena luminosidad. Felipa, su queridísima amiga.

– ¡Pipa! – la llamó.

Ella lo miró y corrió hacia él.

– ¿Todavía estás enojado conmigo Alejo? Felicitas y Rosario son muy buenas conmigo... son mis amigas... yo nunca tuve amigas...– se atropelló

con explicaciones.

– No, no estoy enojado. Ya se me pasó.

– Podemos jugar todos juntos, ¿qué te parece? Doña Rosaura me permite jugar con sus hijas – le aclaró sin necesidad. Alejo odiaba verla con sus primas porque eso significaba menos tiempo con él – Y hasta me regaló este vestido, ¿no es lindo? Nunca soñé con tener uno así.

Felipa comenzó a girar levantando briznas de paja a su paso. El vestido de muselina azul resaltaba el tono alabastrino de su piel y acentuaba el color de sus ojos, tan parecidos a la flor "No me olvides" que la madre de Alejo cultivaba en el jardín antes de enfermar.

– Estás muy linda – afirmó sin avergonzarse. En ese momento no estaba Lautaro para burlarse de él. "Aunque varias veces lo atrapé mirando embobado a mi prima Rosarito", especuló con satisfacción.

– Gracias. ¿Qué escondés? – preguntó con curiosidad tratando de descubrir lo que Alejo se empeñaba en ocultar debajo de su camisa.

– Un regalo – contestó con picardía.

– ¿Para mí?, ¡Alejo!, ¿para mí? – repitió conmovida.

El niño extendió los brazos y apareció una caja de cartón pequeña con manchas de aceite. Ella se la arrebató entusiasmada. Al ver el interior, chilló con algarabía.

– ¡Un gatito! Es precioso, gracias Alejo, gracias – y ante la sorpresa del chico le estampó un beso en la mejilla. Alejo quedó turulado.

– E-e-es ma-machito – tartamudeó alelado por la reacción de Felipa.

– Entonces lo voy a llamar Ale, en honor al niño que me lo regaló – determinó radiante mientras estrechaba al gatito color chocolate contra su pecho.

Esa fue la Navidad más feliz que vivieron Felipa y Alejo en mucho tiempo. Momentos borrascosos se avecinaban.

Capítulo 5

En el agitado mes de Mayo los patriotas debatían el futuro del Virreinato del Río de La Plata en la casa del conocido comerciante Rodríguez Peña, sin obtener resultados positivos.

Manuel Belgrano, un joven periodista y fogoso militar, exhausto por la agotadora vigilia de esos días, irrumpió en la sala donde se debatía acaloradamente. Con la mano sobre su espada exclamó que si el Virrey Cisneros no abdicaba él se encargaría de derribarlo con las armas.

Fue así como el 25 de Mayo de 1810 los vecinos, reunidos en Cabildo Abierto, decidieron destituir a Cisneros y formaron una Junta de Gobierno en nombre del rey Fernando VII.

En 1813, una Asamblea Constituyente dictó la libertad de vientres de las esclavas y puso fin al tráfico de esclavos, entre otras disposiciones.

Años después, el 9 de Julio de 1816 en Tucumán, los representantes de gran parte de las provincias reunidos en un Congreso decidieron romper los lazos que todavía unían a los pueblos con la Corona española e iniciar el proceso de construir un "Estado independiente" de cualquier dominación extranjera.

Este Congreso General Constituyente declaró la independencia, objetivo demorado desde 1810.

El Río de La Plata sostuvo la revolución, pero en un clima de profundos desacuerdos entre las provincias y Buenos Aires. Las fronteras de esta última provincia eran amenazadas por la contrarrevolución.

Fernando VII organizó expediciones de reconquista para reprimir a los insurgentes americanos y volverlos a la obediencia.

Por ese motivo, todos los esfuerzos del incipiente Gobierno se orientó a la defensa de las fronteras, destacándose la actuación del General San Martín, reconocido como "el libertador de América".

Buenos Aires, Septiembre de 1817

Felicitas, sentada junto a la ventana, vio a Felipa en el patio regando los malvones de Rosaura. Sonrió al pensar como amaba su madre esas flores

y como Felipa las cuidaba con esmero sólo por complacerla.

Desde el año 1813 Pipa ya no era esclava. Rosaura le concedió la libertad y ella, desde entonces, la adoró.

Manuel, por supuesto, se opuso considerando esa decisión un capricho absurdo de su hermana, pero sus objeciones no tuvieron eco y él tuvo que tragarse la rabia.

Rubén también protestó, aunque al sentir la mano de Felicitas sobre la suya pidiendo comprensión, desistió inmediatamente.

Alejo se preocupó, no deseaba que Felipa abandonara la casa...la quería junto a él. Sin embargo, su inquietud se trocó en alegría cuando la muchacha continuó como doncella de Rosaura.

En ese momento, Felicitas se sobresaltó cuando Alejo apareció por detrás de Felipa y le cubrió los ojos susurrándole algo al oído. Ella rió y él, todavía cegándola, la besó en el cuello. Luego la volvió hacia él estrechándola con fuerza mientras la besaba en los labios. Felicitas sonrió.

"¡Cuánto se aman esos dos y cuántos cambios en estos siete años! Ya no somos aquellos niños traviesos para los que la vida era sólo un juego. Salvo para Pipa, claro. ¡Pobrecita! Ella sufrió tanto por culpa de doña Aurelia Torres y después, por el agrio de mi tío. Pero como suele decir ella, su Virgen Morenita nunca la desamparó: primero conoció a Alejo y luego a nosotras.

Recuerdo esa primera Navidad que vivimos juntas cuando mi primo le regaló el gatito. Desde ese momento jamás se despegó de él. ¡Sí, ahí está, ronroneando con su cola enroscada entre las piernas de Pipa! ¡Bribonzuelo! Un tarde casi se come de un zarpazo el pajarito que encontramos mal herido al pie del frondoso urunday. Se había caído del nido que su madre fabricó en las ramas altas del árbol. Rosario lo recogió con cuidado y lo llevamos a nuestra habitación. Allí lo pusimos sobre un pequeño almohadón de plumas cerca de la ventana para que le diera el calorcito del sol. Día y noche nos turnábamos para vigilarlo. Alejo y Lautaro conseguían el alimento, lombrices que desenterraban en el jardín. Felipa le daba de beber agua de a gotitas con un algodón húmedo. Hasta Darío colaboró fabricando una jaula para cuando se recuperara.

¡Darío, mi querido Darío! La primera vez que mis ojos se cruzaron con los suyos supe que sería mi amor. Me dolió su rechazo, pero luego, al aceptar mi amistad fui inmensamente feliz. Y ahora...ahora lo amo y él a mí.

Voy a ser médica. Nadie lo sabe, sólo Pipa y Rosario. Sé que es una locura que una mujer estudie, está mal visto, pero no me importa. ¡Yo seré

medica! y encontraré la cura para las crisis de Darío. En los libros prohibidos sobre medicina que le compré a don Gervasio y que leo a escondidas, descubrí que Darío sufre de "epilepsia", una enfermedad del cerebro. El tío Manuel la llama "enfermedad sagrada" porque es considerada como un castigo de Dios...¡Imbécil! En realidad, él es el castigo para esta familia. ¡Ojalá muy pronto nos liberemos de él! Lo noto viejo y agobiado...

Felipa me contó en confidencia que su abuela Filomena es una bruja poderosa, fue ella la que le causó la muerte a la odiosa doña Aurelia, ¡bien hecho!

Me propuse tener una conversación con doña Filo, ella sabe mucho de yuyos, quizás sepa de alguno que ayude a calmar el malestar de Darío. Hipócrates lo denomina "convulsiones", eso fue lo que leí ayer.

Rubén continúa en el ejército del General San Martín muy, muy lejos de aquí. Su acoso me estaba desquiciando. No sé qué le ve Rosario. Vive suspirando por él.

¡Cuánto disfruté cuando Rubén le comunicó al tío su decisión de formar parte del ejército libertador! El viejo casi revienta. Su hijo dilecto por primera vez se enfrentó a él, fiel defensor de los intereses de la corona española. Pero el viejo zorro pronto cambió de parecer al comprobar el avance victorioso de los criollos sobre los realistas. Lo primero para él es resguardar sus bienes y sus inversiones.

Ruego que Rubén permanezca por mucho tiempo en Chile. Me avergüenza reconocerlo, pero deseé con todas mis fuerzas que se cayera del caballo mientras cruzaba la Cordillera de los Andes y se extraviara entre esas cumbres cubiertas de nieve. ¡No, por desgracia no se cristalizó mi deseo! Llegó ileso a Chile y hoy su padre se enorgullece de él y del triunfo del ejército patrio que logró la Independencia del país hermano.

Alejo y Lautaro, siempre juntos, marcharon hacia la provincia de Tucumán con el Ejército del Norte al mando del general Manuel Belgrano. No pudieron realizar una cuarta expedición al Alto Perú como era el sueño de Belgrano, pero fueron enviados hasta Tarija donde obtuvieron pequeñas victorias hasta que fueron derrotados en Chuquisaca teniendo que huir para no ser apresados. Los dos regresaron a principios de junio, fatigados y demacrados. Alejo, herido de bala en una pierna y Lautaro con un ojo menos. El tío Manuel apenas se inmutó delante de su hijo herido. Frío como una lápida mandó llamar al doctor de la familia para que lo atendiera.

Felipa casi se muere del susto cuando vio a Alejo llegar con muletas. Con la ayuda de mi madre, lo cuidó con fervor hasta que pudo caminar por sí solo. "Pipa, no llores, pronto será el mismo Alejo de siempre y lo verás

saltar como una cabra salvaje", solía animarla.

A Lautaro lo asistí yo con la ayuda de Rosario. Mi pobre hermana se desmayó cuando le quité la venda y quedó al descubierto la cuenca ocular vacía. Lautaro se avergonzó tanto...creo que está perdidamente enamorado de Rosario".

– ¡Felicitas! – la voz de su enamorado interrumpió sus pensamientos – ¿Qué mirás con tanto interés? – Darío fue hasta ella, le tomó la mano y con delicadeza la acercó a sus labios y la besó. Un fuego exquisito recorrió el cuerpo de Felicitas excitándola.

– Pipa y Alejo merecen ser felices – suspiró Felicitas – Como lo merecemos nosotros – dijo con ardor tirando el libro de poemas del cordobés Tejeda y Guzmán sobre la cama de Darío. Esa soleada tarde primaveral hablaban con libertad. Abelarda que siempre los acompañaba oficiando de chaperona había acudido a la cocina ante el llamado de doña Rosaura. "Esta doñita es muy culta, pero muy bruta cocinando", se quejó mientras dejaba olvidado su tejido sobre la silla que ocupaba.

– Eso va ser difícil mi amor, todo está en nuestra contra: mi enfermedad, mi padre, tu madre, nuestro parentesco...iademás soy un perfecto inútil, Feli, no te merezco! – se lamentó desolado.

– ¡Basta! No digas tonterías. Sos todo para mí. Juntos lucharemos para lograr tu cura...juro que yo la voy a encontrar. Nada ni nadie impedirá que estemos juntos. Pipa y Alejo también lo van a conseguir.

El silencio de la siesta no pudo sosegar la pasión de los dos jóvenes que se entregaron sin pudor a la danza del amor.

En la biblioteca Manuel trazaba planes, escabrosos planes para Felipa. "Hace mucho que te deseo. El tiempo de la siega ha llegado".

La luna resplandecía en su trono de estrellas cuando entró a hurtadillas en el dormitorio. Ella dormía profundamente. Se detuvo al pie de la cama a contemplarla.

"Bella, bellísima", sus ojos acariciaron con veneración la piel sedosa, tentación acuciante; deseó esos labios, tibios y carnosos y anheló enredarse en besos de fuego; sus manos temblaron, ansiosas por sumergirse en ese cuerpo delicado, su manantial de pasión.

Alejo se acercó a ella con cautela, no quería perturbar su sueño, aunque en realidad, isí!... sus sentidos rugían frente a ella.

Felipa sintió su presencia, aún en sueños. Lentamente abrió los ojos, más azules que un cielo de verano y sonrió al verlo. Tendida en la cama, extendió los brazos invitándolo...Alejo no lo pensó dos veces y sin controlarse saltó sobre ella.En ese momento las palabras carecían de valor, sólo las caricias y los besos eran los soberanos. Alejo rozó los labios de Felipa y profundizó el beso mientras se adueñaba de sus pechos turgentes. Felipa gimió de placer. Él se arrodilló entre las piernas de ella y con el pulgar estimuló el clítoris. Felipa sintió que se derretía como la nieve bajo el sol. Él era fuego, el sol de su vida. Él era el artesano y ella, arcilla en sus manos. La penetró con rudeza y ella lo gozó. Lo amaba así, salvaje, indómito.

Felipa lo abrazó experimentando la fortaleza de los músculos viriles. Pasó la lengua sobre ellos, saboreando la fina película de sudor que los cubría. Se aferró a él con desesperación. Él era su ancla, su refugio. Al llegar al orgasmo sofocó el grito, debían ser cautos. Su amor debía permanecer en secreto. Al menos por ahora.

A él nada le importaba, sólo su amor por Felipa y por ese amor estaba dispuesto a todo. El ruego y las lágrimas de ella, siempre temerosa, habían evitado que hasta el momento enfrentara a su padre.

Alejo, extenuado, se tumbó a un lado y Felipa se acurrucó junto a él sin romper el abrazo.

– Te amo – le susurró ella.

– Si eso es cierto permitirás que hable con mi padre. Estoy cansado de amarte a escondidas – sonó hastiado.

– ¡No!, por favor, no!-- empujada por el miedo se levantó de un salto. Su desnudez recortada por la luz de la luna le provocó a Alejo una nueva erección.

Llamado por el deseo fue al encuentro de ella y la tomó por detrás. Esta vez Felipa no pudo ahogar el gemido que brotó desde su vientre. Sintió que por sus venas corría fuego líquido, fuego que la volvía cenizas.

Alejo la embestía como un toro bravío y ella, con los ojos cerrados, arañaba la pared que los contenía mientras repetía: "más...más...así, así...más amor mío".

Terminaron en el suelo hechos dos guiñapos. En el silencio de la noche la respiración entrecortada de los amantes competía con el canto de los grillos. El sueño los venció quedándose dormidos sobre una alfombra raída con sus cuerpos enlazados. Antes del amanecer un lamento desgarrador la

despertó.

– ¡Alejo! – lo zamarreó con el corazón desbocado por el miedo.

El forcejeó maldiciendo. Pasados unos segundos recuperó la conciencia, sintiéndose aturdido.

– ¿Otra vez la misma pesadilla? – la mirada de la joven lo perforó llegándole hasta el alma.

– Si – dijo cubriéndose los ojos con una mano – No quiero hablar de ello.

– Los que se aman no tienen secretos. Me callé, no insistí, pero ahora quiero saber. ¿Qué pasó en aquella batalla? ¿Acaso no confiás en mí? – insistió Felipa.

– Claro que confío, solo que no quiero preocuparte.

– Tu silencio me duele, siento que me apartás de tu vida – las primeras luces del alba resaltaban el brillo de sus ojos, tan dulces, tan hechiceros.

Él, finalmente, comenzó a desgranar la historia que le oprimía el corazón.

– Eramos 400 soldados encomendados por el General Belgrano a Lamadrid para avanzar hasta Oruro, distraendo así al enemigo. En territorio tarijeño se nos unió un ejército de montoneros redoblando nuestras fuerzas. En la batalla de "La Tablada" conseguimos liberar Tarija. Este triunfo significó la captura de armas, municiones, víveres y prisioneros. Luego, ebrios de gloria, marchamos hacia Chuquisaca, y fue allí donde...

Alejo se interrumpió, la vista perdida en un pasado plagado de fantasmas, de espíritus sedientos de venganza. Felipa presionó su mano sobre la de él instándolo a continuar. Él la miró perplejo, otra vez estaba en el infierno.

– El enemigo nos sorprendió a medianoche. Casi no combatimos. En un momento conversaba con Lautaro recordando viejos tiempos, tiempos de nuestra infancia, el tiempo en que te conocí; y en otro momento luchaba cuerpo a cuerpo por mi vida. Los gritos de dolor de mis compañeros atravesados por las bayonetas, me aturdían. Los relinchos de los caballos desorientados en la contienda, las descargas de los fusiles y los cadáveres, cientos de cadáveres, Pipa, todos amigos, personas con las que luché por dos años, con las que compartí sueños, ideales, confidencias... ¡muertos! No sentí la bala que me atravesó la pierna. ¡No!, sólo sentía dolor por lo que me rodeaba. Y después lo ví. Lautaro apuntando a un realista y antes de que pudiera disparar, otro se le tiró encima y le aplastó la cara con una piedra y después, después ya no tenía

un ojo, ise lo habían reventado!...¡Dios! y yo no pude hacer nada, no pude ayudarlo, ino pude! – exclamó desgarrado.

Felipa lo acunó en sus brazos transmitiéndole todo su amor.

_ No pudiste ayudarlo porque estabas impedido, amor, no podías moverte. Tenías la pierna destrozada y Lautaro lo sabe – le recordó entre sollozos.

– Pensé que me moría sin volver a verte y eso me hirió más que cualquier bala.

– Pero eso no sucedió. Estamos juntos ahora y siempre lo estaremos – se unieron en un beso, eco de la pasión que los consumía.

– Pipa, es necesario que le cuente a mi padre este amor que sentimos. No alarguemos este tormento. Te necesito conmigo.

– No lo hagas Alejo, todavía no – fue una súplica queda, aterciopelada.

– Sufrimos demasiado Pipa, merecemos ser felices – le dijo pasándole un dedo por la mejilla arrebolada.

– Lo sé, pero tu padre no permitirá lo nuestro. Nos separará, estoy segura – mortificada se colgó del cuello del joven y comenzó a llorar angustiada.

– Entonces escaparemos... – decidió.

Al día siguiente Felipa despertó feliz. Estaba a punto de alcanzar su sueño más preciado: amar libremente a Alejo.

Él le propuso escapar y ella estaba dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo. Saltó de la cama con el corazón exultante. Se sentó frente al espejo, regalo de doña Rosaura cuando cumplió quince años. hacía dos años ya, y comenzó a trenzarse el cabello, brillante y oscuro como una noche sin luna.

De pronto, la sonrisa de satisfacción que le devolvía amigablemente el espejo, se borró con brusquedad. Un negro pensamiento como un pájaro de mal agüero se posó en su alma: don Manuel. El peine de madera cayó de su mano. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y un escalofrío le recorrió la espalda.

El recuerdo de aquella tarde nunca la abandonaba. Ella estaba sola en el saloncito de costura. Allí solía reunirse por las tardes luego de la siesta con doña Rosaura, Felicitas y Rosario. Ese día, las jóvenes y su madre

estaban haciendo compras en la Recova: telas recién llegadas de Europa.

Felipa no lo sintió llegar, tan concentrada estaba en su bordado. Se le acercó con la cautela de un depredador para no asustar a su presa. Con delicadeza inusitada, pasó sus manos por el cuello de Felipa. Ella, sorprendida y asustada, tiró su labor y se puso de pie de un salto.

– ¿Qué se le ofrece don Manuel? – balbuceó Felipa mientras los latidos del corazón le retumbaban en las sienes.

– A ti – le contestó exudando lujuria.

Felipa intentó huir, pero él, adelantándose a su intención, la tomó por la cintura y la apretó contra su pecho. Estampó su boca en la de ella ahogando el grito de auxilio. Felipa sintió náuseas al saborear la saliva del hombre, se retorció entre los brazos de hierro que la aprisionaban excitándolo aún más.

– Una fierecilla, así me gustas – le dijo al oído interrumpiendo el beso.

– ¡Suélteme! – primero le suplicó, luego se lo ordenó – ¡Suélteme, bestia!
– en un impulso le dio un rodillazo en la entrepierna. El hombre la soltó entre maldiciones.

– ¡Putas!, eso es lo que eres, una asquerosa puta. Acaso piensas que no sé que te revuelcas todas las noches con el imbécil de mi hijo. Pues bien, eso se acabó, de ahora en adelante calentarás mi cama...serás mía, sólo mía, ¿has entendido? – vociferó perdiendo los estribos.

– Nunca, me escucha, ¡nunca! Antes muerta – le escupió con rabia e impotencia.

– Muy bien, si así lo quieres...– Manuel, con un movimiento rápido, desenfundó el facón que siempre llevaba consigo y apoyó su filo en el cuello de la joven.

Ella no se resistió. "Que termine esta locura de una vez", pensó entregada. De repente alguien, ella no sabía quién porque las lágrimas desdibujaban su entorno, llegó en su rescate.

– ¡Desquiciado! ¿Qué te propones? ¡Déjala!-- Rosaura lo golpeó furiosa con los puños en las costillas.

Felicitas y Rosario presenciaban la escena aleladas.

– Niñas, ¡fuera! – ordenó Rosaura sobrepasada por la inesperada

situación.

– Ya no somos niñas, madre. Y comprendemos perfectamente que tío Manuel está caliente con Pipa. Somos testigos del acoso que le inflige día a día – Felicitas se desbordó.

– ¡Hija!, ya basta. Llévate a Felipa, debo hablar con mi hermano...ia solas! – Rosaura estaba perpleja. Felicitas y Rosario estaban al tanto del atroz comportamiento de Manuel y ella, no. "¡Ciega!, ciega y necia", se repitió con amargura.

Las jóvenes abrazaron a Felipa y la condujeron hacia la cocina. Felipa lloraba. Rosario le preparó un té sedante de manzanilla y valeriana mientras Felicitas la consolaba con palabras dulces, llenas de afecto.

– Por favor muchachas, no le cuenten lo que pasó a Alejo. Mataría a su padre, estoy segura – les rogó. Sus ojos, irritados de tanto llorar.

– Seremos una tumba, ¿verdad Rosario?

– Claro – y con una sonrisa le acercó el té.

– Qué sería de mí sin ustedes y su madre. Junto a mi abuelita Filomena son mis ángeles guardianes.

Más tarde, sus amigas le contaron la feroz conversación que se desató entre doña Rosaura y su hermano.

– En definitiva, Pipa, mi madre lo vapuleó de tal manera que lo dejó hecho un saco de huesos. Lo amenazó con quitar el capital que invirtió en la sociedad que los une, algo sobre propiedades o campos, no sé, no entiendo, si no deja de hostigarte. Lo que sí entiendo es que el viejo decrepito se meó encima cuando mamá lo amedrentó, parece que su economía tambalea. Amiga mía, ya puedes respirar tranquila.

De repente Rosario, hecha un vendaval, la volvió al presente arrancándola de sus recuerdos tenebrosos. Felipa se sobresaltó. "Y ahora, ¿qué?".

– ¡Felipa!, ¡Felipa estoy desesperada! – llorando se arrojó en sus brazos.

– Rori, ¿qué pasa? – preguntó consternada.

– El tío Manuel quiere que Felicitas se case con Rubén – respondió mientras una cascada de lágrimas bañaba sus mejillas.

– ¿Rubén? ¿Acaso regresó ya? -- preguntó sorprendida.

-- Sí, anoche pasadas las once. Y está más guapo que nunca -- suspiró. Felipa la miró sintiendo pena por ella. ¿Cómo una joven tan bondadosa pudo haber puesto sus ojos en un ser tan bellaco?

-- Y Felicitas, ¿cómo reaccionó?

– Lo mandó a la mierda – dijo fregándose los ojos.

Felipa la miró asombrada conteniendo una carcajada que no tardó en surgir. Ambas comenzaron a reír..

En eso estaban cuando la puerta volvió a abrirse de forma violenta. Felicitas entró despotricando.

– Viejo hijo de puta, ¿quién se cree qué es? No tiene ningún derecho para obligarme a casar con su estúpido hijo – estalló colérica.

– Rubén no es estúpido – lo defendió tímidamente Rosario.

– No te entiendo Rori, ¿qué le ves a ese pedazo de mierda? Es altanero, vanidoso, egoísta...

– Yo lo quiero...– dijo con timidez.

– ¡Entonces casate vos con él! – le gritó desaforada con los brazos en jarra.

Rosario estalló en llanto nuevamente.

– Felicitas no seas tan dura con Rori – intercedió entre las hermanas Felipa – Calmate y sentate entre nosotras – la invitó corriéndose a un lado. El viejo sillón apenas las contenía.

– Es que me duele que le hayas entregado el corazón a un pérfido – expresó con tristeza mientras acariciaba el gato de Felipa que saltó sobre su regazo.

– Yo lo amo, sólo sé eso – la mirada cálida de Rosario, preñada de inocencia las conmocionó.

– Rori, pequeña, él te va a hacer sufrir. Es peor que el tío Manuel – trató de hacerla entrar en razón su hermana.

– Felicitas quiere lo mejor para vos...yo también, y Rubén no lo es – agregó Felipa.

- Mi razón lo entiende, pero mi corazón, no - tartamudeó entre lágrimas.
 - Bueno, bueno, chiquita, si amás a ese energúmeno, nosotras te vamos a ayudar a conquistarlo - determinó Felicitas limpiándole la respingada nariz con un delicado pañuelo de encaje blanco.
 - Pe-pero yo no existo para él, él te quiere a vos - se lamentó como una niña a la que le roban un dulce.
 - Yo ya lo rechacé. Le grité en la cara que estoy enamorada de Darío. Que se entere de una buena vez y de paso el tío también.
 - ¡Santa María! Y ¿cómo reaccionaron? - se espantó Felipa.
 - El tío me pegó un bofetón que me hizo ver las estrellas - alterada se pasó la mano por la mejilla aún enrojecida - Y Rubén me gritó contrariado: "Te vas a casar conmigo, maldita mal criada. Si hubiese sido por mí te hubiera tomado a los quince años. Al carajo los remilgos, esta misma noche vas a ser mía"-- lo remedó con grandes aspavientos.
- Felipa y Rosario la miraban boquiabiertas admirando la valentía de Felicitas y escandalizadas por la actitud de Rubén.
- Imagino que doña Rosaura salió en tu defensa.
 - Por supuesto. Se interpuso entre Rubén y yo tratando de calmar las aguas mientras el ogro del tío fumaba un cigarro tras otro - Felicitas, me dijo mamá, ya tienes veinte años...casi eres una solterona, debes casarte.
 - Por supuesto que me voy a casa, pero con Darío. Hace tiempo que soy su mujer - les confesé con serenidad.
 - Y mamá, ¿qué dijo? - se asustó Rosario.
 - Mamá se desmayó - Felipa y Rosario pusieron los ojos como platos - Abelarda que escuchaba escondida detrás de la puerta de la sala, corrió a buscar las sales; el tío se atoró con el humo de su cigarro y Rubén estrelló contra el piso uno de los jarrones preferidos de la tía Carmen. Alejo, que llegaba del establo, trompeó a Rubén por romper uno de los recuerdos de su madre. Y en medio de esa catástrofe apareció Darío. Me tomó del brazo y enfrentó a su padre con hidalguía: "Ella es y será mi mujer, le pese a quien le pese. Felicitas está dispuesta a compartir conmigo la cruz de mi enfermedad. Dios sabe cuánto me negué, pero su amor doblegó mis miedos y hoy la amo con todas mis fuerzas y estoy dispuesto a enfrentar cualquier peligro por ella".

– ¿Eso dijo? – Rosario estaba sorprendida; su primo enfermizo, en apariencia pusilánime, presentando armas con una hombría avasallante...¡Increíble!.

Felipa era consciente de los valores de Darío: tímido, pero no cobarde; inteligente, bondadoso. Y, sobre todo, amaba a Felicitas con una entrega total. Recordó que cierta vez le confió: "Pipa, tengo miedo...miedo de amarla. Me avergüenza esta cruel enfermedad que me tiene prisionero desde la infancia. Ella no se merece estar al lado de un hombre inútil, pero este sentimiento que me brota de los huesos me tortura y me llena de esperanzas a la vez. Estoy enloqueciendo, Pipa...iestoy loco de amor por ella!".

– Entonces, el tío Manuel – continuó Felicitas – pálido como la luna, se acercó a Darío y... ¡prepárense para lo mejor!, lo miró a los ojos y le dijo: "Mereces ser feliz, hijo. Tienes mi bendición". Lo abrazó y luego se esfumó dejándonos atontados. Alejo fue el más asombrado de todos, enseguida buscó una botella de vino blanco y brindamos. Mamá nos abrazó y nos prometió su ayuda. Eso es todo – concluyó con una sonrisa triunfal.

– Mamá es una reina, siempre nos da su apoyo – aseveró emocionada Rosario.

– ¿Y Rubén? – Felipa no creía que el orgulloso joven aceptara la situación tan mansamente.

– ¿Rubén? Me grito: "¡Zorra mal cojida!" y desapareció blasfemando – la sonrisa se transformó en risa y la risa, en estruendosas carcajadas contagiando a las otras dos, que estaban estupefactas por el colorido relato – ¡Ay chicas!, ¡soy tremendamente feliz! – concluyó levantándose del sillón y con algarabía comenzó a girar como un trompo por toda la habitación. Agotada cayó a los pies de Felipa y Rosario que, alegres, aplaudían.

– Y ahora tracemos nuestro próximo plan – jadeando clavó sus ojos en ellas con picardía.

– ¿Plan? – Rosario tembló imaginando la próxima locura de su hermana.

– Campaña: "Enamorar a Rubén". ¿Qué te parece Rori? – sin permitir una negativa de parte de su asustadiza hermana le consultó a Felipa – ¿Tu abuela Filomena sabe hacer hechizos de amor?

¡Y comenzó el aquelarre!

Capítulo 6

De puntillas, conteniendo la respiración y con el corazón corcoveando como un potrillo salvaje, caminaron cautelosas a través de los tres patios hacia la puerta trasera de la casa.

El canto del sereno anunciando la medianoche las sobresaltó. En ese momento, bien por el susto, bien por la urgencia, aceleraron el paso.

Cuando comprobaron que Alejo y Lautaro estaban esperándolas en el lugar indicado sintieron que el alivio las embargaba.

Alejo tomó de la cintura a Felipa y la besó con urgencia.

-- ¡Alejo!, no es momento de besos, es momento de escapar antes de que nos pesque Abelarda o lo que es peor, el tío Manuel-- Felicitas lo regañó en voz baja y severa.

-- ¡Aguafiestas! -- la enfrentó indignado _ ¡Monten, entonces!

Alejo ayudó a montar a Felipa sobre la yegua moteada deteniendo sus manos más de la cuenta en las caderas de la joven.

Felicitas se las arregló sola, no necesitaba ayuda, era una excelente amazona. En cambio, Rosario agradeció con timidez el auxilio de Lautaro.

-- ¡Lautaro!, ¿qué hacés ahí parado como una vaca desorientada? ¡Montá de una buena vez! -- lo apuró Alejo.

El indio obedeció con celeridad no sin antes fulminarlo con la mirada. Alejo respondió al enojo de su amigo con una carcajada que Felicitas se encargó de silenciar.

Lautaro amaba a Rosario y sangraba sin remedio por saberla inalcanzable. "Mi Rosario", pensó con el alma quebrada.

A medida que se alejaban de la casa, Alejo comenzó a silbar una tonada alegre.

-- Para vos todo es un juego, ¿no? -- Felicitas, con los nervios de punta, no soportaba la indolencia de su primo. Nada parecía afectarlo, nada, excepto que alguien se metiera con Felipa.

-- Felicitas, esta es tu noche -- le respondió con petulancia.

-- Y eso significa...

-- ¡Que sos una bruja! -- le gritó hastiado de su malhumor.

Felicitas, herida en su amor propio, espoleó su caballo adelantándose a todos.

-- Alejo, no seas duro con ella -- intercedió dolida Felipa.

-- Entonces que no me joda -- dijo con sequedad. Felipa prefirió no insistir. Cuando Alejo se enojaba era semejante a una tormenta eléctrica, fulminaba todo a su paso. Luego se arrepentía, pero los desmanes provocados pocas veces tenían solución.

El trayecto duró apenas media hora, pero para las jovencitas fue una eternidad. El miedo a ser descubiertas parecía ralentizarlo todo.

Milagrosamente el camino que los condujo hasta "El Candombe" estaba desierto, al igual que las calles del barrio. El ulular de una lechuza rompió el silencio que los rodeaba, un silencio denso como la niebla.

Dejaron los caballos atados en las ramas de un sauce lindero al rancho de Filomena. Una luz débil y titilante, les aseguró que la anciana estaba despierta.

-- Ustedes dos se quedan acá -- ordenó Felicitas de mal talante a los muchachos.

-- ¿Por qué?...si puede saberse -- la enfrentó de igual manera Alejo.

-- Por favor, basta de peleas por esta noche -- Felipa ya estaba harta de tanto comportamiento infantil -- Alejo, aunque la abuela te quiere mucho, cuando se trata de recetas y...ejem, hechizos, prefiere que los hombres no estén presentes. Es una costumbre heredada de su madre.

Lo dijo con tanta ternura que Alejo tuvo que sucumbir a su petición. Ella se lo agradeció con un beso ligero como el aleteo de una mariposa y fogoso como el sol del verano.

Con tres golpes suaves anunciaron su llegada. Filomena abrió la puerta y las abrazó con cariño.

-- Pasen, pasen, pué. ¡Qué lindas están!-- las recibió con alegría. Eran pocas las ocasiones que podía ver a su adorada nieta. Manuel se lo tenía prohibido -- Vinieron acompañadas, me supongo -- se preocupó. Ese no

era un lugar para que tres jovencitas se aventuraran solas.

-- Sí, abuelita. Alejo y Lautaro están afuera -- la tranquilizó Felipa.

-- Ta güeno. Los hombres de por acá son muy fieros. Tienen que tener mucho cuidado. Y ahora, ¿que las trae a estas horas de la noche?- las invitó a sentarse en unas sillas desvencijadas ubicadas alrededor de una mesa en la que ardían cinco velas de sebo.

-- Abuelita necesitamos un hechizo de amor -- se despachó Felipa sosteniendo la mirada escrutadora de la anciana.

-- ¿Para quién?

-- Rosario quiere que Rubén la ame -- le explicó Felicitas.

-- Rosario, ¿estás segura? El Rubén es un mal bicho.

-- Eso mismo le dijimos nosotras, doña Filo, pero ella no acepta nuestros consejos -- Felicitas extendió su mano sobre la mesa tomando la de su hermana.

-- Yo lo quiero, doña Filo y quiero ser su mujer -- la confesión tan abierta de Rosario las sorprendió, ella era siempre recatada y retraída.

-- Muy bien, si ese es tu deseo...pero muchachita, ¿puedo? -- ante el gesto afirmativo de Rosario, la vieja se apoderó de la mano de Rosario apartando la de Felicitas y comenzó a leer las líneas del destino -- Veo mucho sufrimiento, muchas lágrimas...sin embargo...

-- ¡Qué!, ¡qué! -- gritaron al unísono Felipa y Felicitas.

Doña Filomena las fulminó con la mirada y ellas, sonrojadas, callaron al instante.

-- Sin embargo, hay un hombre que te va a hacer feliz, un hombre prohibido -- terminó cerrándole la palma de la mano.

-- ¿Un hombre prohibido? -- repitió intrigada Felicitas.

-- Perdón, doña Filo, pero ese hombre no me interesa, yo quiero a Rubén. Él es el hombre de mi vida -- dijo con firmeza.

--Si estás decidida m´hija no hay más nada que decir- respondió con frustración -- Voy a buscar lo que necesito.

Doña Filomena desapareció por unos minutos y luego regresó trayendo un recipiente de barro cocido. Acto seguido, buscó agua y azúcar. Todo lo

dispuso sobre la mesa dentro de un círculo que formó con las cinco velas. Puso delante de Rosario un papel, una pluma y un platito de cobre.

-- Dame un dedo -- dijo con autoridad, la voz de Filomena había cambiado, parecía de ultratumba. A las jóvenes se les puso la piel de gallina. En el ambiente se percibía una fragancia extraña...el perfume rancio y dulce de la muerte.

Con una aguja le pinchó el dedo, lo apretó con fuerza derramando la sangre en el platito. Cuando la cantidad de sangre le pareció satisfactoria dejó de presionar.

-- Ahora mojá la pluma en tu sangre y escribí tu nombre y el del hombre que querés en el papel -- Rosario obedeció temblando.

-- Abajo de los nombres escribí: "menga mabunga ngua, Sembi! mubika menga" -- le dictó lentamente.

-- ¿Qué idioma es ése abuela? -- preguntó en voz baja Felipa, como temiendo romper el hechizo.

-- Es la lengua de mis antepasados. Mi madre me lo enseñó de muy niña. Las raíces nunca deben olvidarse, Pipa -- una nota de melancolía y amargura tiñó sus palabras.

-- ¿Qué significa lo que acabo de escribir? -- Rosario estaba impresionada.

-- "Mi sangre ruega por su amado. ¡Señor! esclaviza la suya a la mía" -- a medida que recitaba la plegaria, las velas se apagaron. Las tres amigas, se sobrecogieron en medio de la oscuridad.

Lentamente, como saliendo de un éxtasis, Filomena encendió las velas. Sonrió al ver las caras transfiguradas por la impresión de las muchachas.

-- Por último, llenamos de agua esta vasija; dos cucharadas de azúcar para endulzar a tu hombre y por último, ponemos el papel escrito con tu sangre. Durante tres días tenés que tenerlo abajo de tu cama. Al tercer día tirás el agua en la puerta de su dormitorio. Cuando él la pise quedará amarrado a tu amor.

-- ¿Eso es todo? -- preguntaron las tres a la vez.

-- ¡Ajá! -- respondió encendiendo su pipa -- Pero Rosario, él solamente va a querer tu cuerpo...nunca tu alma -- le advirtió.

-- No me importa, con eso basta -- exclamó con terquedad.

-- ¡Qué necia, hermanita! -- resopló Felicitas disgustada.

-- Gracias abuela, debemos irnos antes de que noten nuestra ausencia en la casa -- la prisa no le impidió abrazar a la anciana y besar sus ajadas mejillas. Rosario y Felicitas la imitaron prometiéndole regresar pronto.

-- Casi me olvidaba. Esto es para usted doña Filomena - Felicitas sacó de un bolsillo de su vestido una bolsita de cuero -- Tabaco para su pipa, se la robé al tío -- y con picardía le guiñó un ojo -- La raíz de peonia resultó excelente. Hace rato que Darío no sufre convulsiones -- agregó feliz.

-- Me alegro Felicitas, seguí dándole ese té dos veces al día, pué. Probá con esto también -- fue hasta una alacena y extrajo de un cajón una cajita de latón -- Son hojitas de "pié de león". Machacá algunas y el jugo que saqués lo mezclas con agua caliente y se lo das al Darío en ayunas.

-- Mil gracias doña Filo.

Alejo y Lautaro esperaban inquietos. El canto de los gallos anunciaba el amanecer.

-- ¡Por fin! Tardaron una eternidad -- se quejó Alejo al verlas.

-- Es que la abuela debía explicar a Felicitas el tiempo de cocción y la manera de suministrar cada una de las recetas... - comenzó muy suelta Felipa.

-- Ya, ya -- la interrumpió Alejo fastidiado -- basta de mentir. Lautaro y yo conocemos el motivo de la visita a doña Filomena. No estaba equivocado cuando tildé de bruja a Felicitas... ¡todas son unas malditas brujas! -- estalló.

-- ¡Nos estuvieron espiando! -- se indignó Felicitas.

-- Exactamente primita. Cuando me cansé de ganarle a los dados a Lauti, nos asomamos a la ventana y escuchamos a Rosario pidiéndole a doña Filomena un amarre de amor para mi tonto hermano. Lo vimos todo así que no nos mientan más. Y ahora, ¡en marcha!, con un poco de suerte llegaremos antes de que Abelarda se despierte. Y...Pipa, jamás vuelvas a mentirme -- le dijo con tristeza y decepción.

Todos montaron en silencio. Felipa abrió la marcha cabizbaja. Sumergidos en sus pensamientos, emprendieron el regreso.

"Siento haberle mentido a Alejo, pero debía proteger a Rosario, es mi

amiga", reflexionó Felipa.

"¿Por qué me mentiste Pipa? ¿Por qué no confiás en mí? ¿Acaso mis primas son más importantes que yo?", pensó celoso Alejo.

"Un amarre de amor, una esperanza. Rubén, ¡cuánto te amo!", meditó Rosario.

"Dios mío que estos yuyos sean eficaces para mi pobre Darío", rezó Felicitas.

"¡Ay Rosario! Cada día estás más lejos de mí y más cerca de ese imbécil. Sé que soy poca cosa, pero esta poca cosa muere de amor por vos", se lamentó con el corazón herido Lautaro.

Así cabalgaban, codo a codo, cinco almas unidas por el lazo del destino...

Capítulo 7

Buenos Aires, Marzo de 1818

Los meses pasaron como un soplo, para algunos, cálido; para otros, gélido.

Felicitas y Rosario, felices e ilusionadas, esperaban el día de su boda. En cambio...

Alejo blasfemaba y rumiaba su furia. La fuga frustrada que planificó con esmero y entusiasmo se vio frustrada por el inminente casamiento de sus primas.

Felipa se opuso rotundamente en abandonar a sus amigas en tan trascendental momento. ¿Acaso no lo amaba con la misma desesperación con la que él lo hacía?

"¡Maldito sea su noble corazón!, siempre anteponiendo las necesidades de los demás a nuestro amor!", pensó aturdido por el dolor. Toda su impotencia la descargó golpeando bruscamente con sus puños el tronco del árbol en que se apoyaba para meditar su desventura. Se encontraba en la estancia que pertenecía a su familia. Aprovechó la urgencia de su padre por entregar una carta al administrador de la estancia, para huir de la casa, de Felipa y de todo el alboroto provocado por los preparativos de las condenadas bodas. Hubiera deseado que Felipa le rogara que no se fuera...pero no, ella lo dejó ir sin más.

"Te comportás como un crio caprichoso", las palabras frías de la mujer que siempre amó eran espinas clavadas en su corazón. Ya se iba a arrepentir de haberlo maltratado. Sí, claro que sí.

Había cabalgado sin descanso durante dos días, apenas unas escasas horas para que los caballos descansaran y se alimentaran. El apenas comió, sólo tomaba vino carlón de la bota.

Lautaro, su inseparable compañero, compartía con Alejo el dolor y el desasosiego. Mientras Alejo se embriaga con vino, él lo hacía con aguardiente. Buscaba aturdirse, sofocar la desesperanza que lo mataba sin compasión.

Amaba hasta la locura a Rosario. Siempre lo hizo, desde la primera vez que la vio llegar asustada a casa de don Manuel tomada de la mano de su madre. La sintió frágil, como los cacharros de arcilla que fabricaba en sus momentos de ocio y que luego vendía en el mercado. Desde ese momento decidió brindarle su protección. Ella no lo sabía, pero él se convirtió en su

sombra. Nadie le haría daño, ¡nunca! Mucho menos el tráfuga de Rubén...pero ahora ella sería de ese canalla y su mundo se quebró en mil pedazos! Muchas veces Alejo le aconsejó que se la quitara de la cabeza. De la cabeza podría ser, pero del alma...¡jamás! Si ella era su alma.

Lautaro era consciente de sus desventajas: un indio pobre e ignorante. Nada tenía para ofrecer, sólo un amor infinito. Le dolía que Alejo no lo comprendiera, al fin de cuentas su amigo pasaba por una situación parecida a la de él. Don Manuel nunca permitiría que una esclava, hija de una negra, se casara con uno de sus hijos. Su linaje quedaría manchado con sangre negra.

"Alejo es así, cuando sufre es un egoísta de mierda, pero igual lo quiero", reflexionó y una sonrisa amarga se dibujó en su rostro.

Esa tarde lo vio salir de la casa alicaído tomando un camino solitario. Lo llamó sin obtener respuesta. Preocupado, lo siguió de lejos. Cuando Alejo comenzó a despotricar y a golpear como un endemoniado el tronco nervudo del quebracho, Lautaro corrió a serenarlo.

-- ¡Alejo!, ¡amigo!, ¡basta ya! -- lo tomó de los hombros apartándolo del árbol.

-- Esa mujer me está matando Lautaro. No sé vivir sin ella -- y como un niño desprotegido, comenzó a llorar. Lentamente se deslizó hasta la hierba húmeda por el rocío y allí, en cuclillas, continuó lamentándose.

-- La amo más allá de todo entendimiento, pero ella se niega a escapar -- gritó colérico atragantándose con las lágrimas.

-- Ella no se negó, sólo te pidió esperar un tiempo. La Felipa está muy unida a tus primas -- intentó consolarlo Lautaro.

-- Ese es el problema Lauti. Pipa siempre antepone a mis adorables primitas a mí -- se quejó irascible.

-- No digás pavadas, la Pipa te adora. Vas a ver que cuando lo del casorio termine se escapa con vos. En cambio yo...

-- En cambio vos, ¿qué? -- Alejo por primera vez rompió el cascarón de su sufrimiento para notar la amarga tristeza de su amigo.

-- Nunca voy a tener a la mujer que quiero -- dijo derrumbándose.

-- Lautaro no te imaginas cuánto lo siento. Me duele no poder ayudarte...aunque...¡si huimos los cuatro! -- exclamó asombrado de su

propia idea.

-- El problema es que la Rosario no me quiere, Alejo. Ella quiere al malnacido de tu hermano -- le aclaró quebrado.

-- ¿Alguna vez le declaraste tus sentimientos? -- la mirada desafiante de Lautaro lo intimidó -- Sí, sí, yo siempre te aconsejé no hacerlo. ¡Me equivoqué!, ¡carajo!, ¡me equivoqué!

-- Igual no me hubiera animado. Una señorita de su clase qué se va a fijar en un indio pordiosero como yo -- se lamentó -- Además ya es tarde, esta noche se casa con el Rubén.

-- Lautaro, lo siento tanto. Perdón por no haberte comprendido, soy un egoísta hijo de mierda que sólo mira su puto ombligo. Perdóname hermano.

Se dieron un abrazo fuerte, cálido, un abrazo que reafirmaba la gran amistad que los unía.

- Y ahora basta de mariconadas y volvamos pa' la casas. Seguro que la Pipa te está esperando -- lo alentó Lautaro secándose las lágrimas con la manga de la camisa -- Y yo...yo le voy a decir adiós a mi sueño.

-- Sos un gran tipo Lautaro -- le expresó con sincero cariño.

Con gran prisa partieron hacia la ciudad a pesar del aguacero que se desató. Ninguna tormenta impediría que esa misma noche Alejo durmiera en los brazos de su amada.

El dormitorio de Felicitas y Rosario era un verdadero desastre. Vestidos, enaguas, medias de seda y corsets tirados por todas partes. Y en medio de aquel alboroto, dos bellas jóvenes se descubrían ilusionadas en el enorme espejo veneciano.

-- ¡Están preciosas hijitas! -- Rosaura emocionada no pudo contener el llanto.

-- Mamita no llore -- dijeron al unísono las dos muchachas abrazando a su madre,

-- Lo único que le ruego al Cielo es que sean felices. Ustedes son lo máspreciado para mí, si las viera sufrir mi corazón no lo soportaría -- continuó

diciendo entre lágrimas.

-- ¡Como no ser feliz con Darío! Es el hombre que amo desde pequeña. Él lo es todo para mí -- declaró Felicitas alborozada.

-- Pero su enfermedad...-- se angustió Rosaura.

-- ¡Su enfermedad está controlada! ¡Yo la tengo bajo control! - se enfadó

-- ¡Felicitas!, ¿qué sabes tú del mal que aqueja a Darío? Hace años que está bajo el cuidado del doctor Albarracín y aún hoy no pudo hallar la cura -- la tristeza le nubló la mirada a la mujer.

-- Mamá, el amor que nos une es la mejor cura -- nunca le revelaría todo cuanto había investigado sobre la epilepsia en los libros prohibidos que de contrabando adquirió en la librería de don Manuel García Blanco; menos aún le confiaría sus visitas a doña Filomena para que la asesorara sobre yuyos medicinales, yuyos que obraron milagros para mitigar las convulsiones de Darío.

-- ¡Ojalá así sea querida! -- Rosaura omitió decirle sus dudas, no quiso oscurecer la alegría de su hija. "Siempre estaré a tu lado, seré tu sostén en los malos momentos que seguramente deberás atravesar", pensó con pesimismo.

-- Mamita, por mí tampoco se preocupe. Soy inmensamente feliz -- expresó rozagante Rosario.

-- Espero que Rubén sepa apreciar el tesoro que se lleva, mi querida Rosario. ¿Estás segura de tu decisión? Todavía estás a tiempo de desistir -
- Rosaura temía por su hija menor. Nunca le gustó la idea de casarla con ese muchacho agresivo y altanero. Tampoco comprendió el cambio repentino de Rubén: hoy decía amar a Felicitas y de pronto se casaba con Rosario.

"Estaba confundido tía. La belleza avasallante de Felicitas me perturbó, no me permitió apreciar la bondad y la dulzura de Rosario. Es a ella a quien amo", le declaró el joven con seguridad una tarde del mes de enero durante la merienda en la quinta del Retiro.

Ella trató de dilatar el tema todo lo que pudo. No deseaba a ese hombre junto a su pequeña Rosario. Sin embargo, la muchacha saltó de alegría cuando le contó la proposición de su primo.

-- ¡Ay mamá!, ¡qué felicidad! -- la vio girar por toda la habitación celebrando la noticia que a ella le quebraba el alma.

-- Mamá estoy completamente segura. Lo amo -- la rotundez de las palabras de su hija la trajeron al presente diluyendo las imágenes de un pasado reciente.

-- Entonces no tengo más que agregar. ¡Las quiero! -- las abrazó otra vez, pero con mayor intensidad. Su corazón de madre le advertía que oscuros nubarrones se avecinaban, pero también sabía que ella estaría firme junto a sus hijas, como bastión en la tormenta.

-- Aquí traigo los ramos...¡uy!, ¿interrumpo? -- Felipa permaneció en la puerta del dormitorio presenciando el tierno cuadro familiar. En ese momento añoró más que nunca a su madre. "¡Cuánto daría por sentir la calidez de tu abrazo! ¡Te extraño tanto mamita!".

-- Pasa, pasa Felipa. ¡Que bonitos han quedado los ramos! -- se asombró Rosaura.

Felipa, ahogando sus lágrimas se acercó a las mujeres con una sonrisa.

-- Muchachas, ¡que lindas están! -- Felipa admiró sin envidia a sus amigas. Parecían dos hadas, como las del cuento que una noche de lluvia Darío les leyó después de la cena. "Undine", un hada del agua, se casaba con un hidalgo caballero para ganar un alma inmortal. A Felipa le encantaban esas historias llenas de magia y misterio. Le hacían recordar los relatos de su madre.

"Cuando conocí a tu padre se me cortó la respiración. Era tan buen mozo y gentil...¡gentil conmigo una pobre esclava! El, un hombre importante, se fijó en una negra ignorante y tonta. Nunca entendí que vio en mí, pero me amó y yo lo amé a él con la misma pasión. Jamás dudes del amor de tu padre, Pipa. Phillip prometió regresar por mí y hasta el final de mis días lo voy a esperar. Sigo creyendo en su promesa".

Su madre era un hada de ébano enamorada de un caballero inglés, un aristócrata que le robó el corazón. Muchas veces durante las largas noches de invierno, cuando aún vivían juntas en la casa de don Alfredo Torres, la escuchaba llorar ocultando la cara en la almohada para no perturbar su sueño.

-- ¿Por qué llorás mamita?

-- Por nada, tesoro. Me duele un poco la cabeza, una pavada - solía responder, pero ella, a pesar de ser pequeña, sabía que su madre lloraba por aquel hidalgo caballero y sus besos de fuego.

Y ahora, delante de ella, Felicitas y Rosario, etéreas en sus vestidos de

novia, flotaban entre tules y encajes, níveos como copos de algodón.

-- ¡Están preciosos, Pipa! -- Felicitas tomó con delicadeza el ramo de peonías y orquídeas. Rosario la imitó, aceptando el ramo de rosas y azahares.

-- Los hice poniendo en ellos todo el cariño que siento por ustedes, mis amigas del alma. Ruego a la Virgen Morenita que sean inmensamente felices -- las tres se abrazaron. Siempre estarían unidas para ayudarse y consolarse.

-- Somos más que amigas, Pipa, somos hermanas -- prorrumpió conmovida Felicitas.

-- ¡Hermanas! -- repitió Rosario dando un beso sonoro en la mejilla a Felipa.

Todas rieron, incluída Rosaura. Si sus hijas eran felices, ella también lo era. Los reparos a aquellas bodas los guardó en un rincón de su corazón, hoy debían disfrutar; mañana, Dios diría...

Al romper el abrazo notaron que Felipa lloraba.

-- Niña, ¿qué te sucede? -- se preocupó la madre de las jóvenes. La tomó de la cintura obligándola a sentarse en una de las camas. Ella se acomodó a su lado sosteniéndole las manos, las tenía heladas. Rosario y Felicitas las rodearon expectantes.

-- Vamos Felipa, ¡cuéntanos! -- la alentó doña Rosaura.

-- No quiero traer tristeza en este día especial -- respondió sin levantar la mirada. Sus lágrimas, como perlas, caían sobre su regazo.

-- ¡Tonterías! Habla de una buena vez. ¿Es por el terco de Alejo, verdad? -- presionó alterada la mujer -- Pues claro, ¿quién más puede hacerte llorar? -- adivinó Rosaura ante el silencio de Felipa. Sólo Alejo era capaz de hacerla sufrir con tanta intensidad -- Cuando regrese me va a escuchar. Pero dime, ¿por qué se pelearon esta vez?

Felipa no podía revelarle el verdadero motivo del enojo de Alejo. No podía confesar que deseaban fugarse, que Alejo se enfureció cuando ella se negó a partir justo en la boda de sus amigas y que por eso mismo huyó exasperado a la quinta de Retiro dejándola sola y alterada.

"Te vas a arrepentir de tu estúpida decisión Pipa. Siempre hay otro antes que yo. Muy bien quedate con tus amiguitas, yo me voy...¡Adiós!", al

recordar las hirientes palabras se le crispó la piel.

-- Está bien, no me lo digas. Seguramente fue por sus tontos celos -- escuchó decir a doña Rosaura -- No llores querida, no vale la pena. Cuando ese muchacho necio regrese, se las verá conmigo. ¡Habrás visto!, hacer sufrir a nuestra hermosa Pipa ---- y en el abrazo que le dio la mujer sintió la ternura de su madre.

Rosario, solícita, le acercó un vaso de agua.

-- Vas a ver como regresa mansito, con el rabo entre las patas suplicando tu perdón -- le dijo convencida Felicitas.

"¡Ojalá!", rogó Felipa mientras el agua fresca sofocaba el temor de su corazón.

La ceremonia matrimonial fue breve, pero sumamente emotiva. Se realizó en la amplia sala de los Gómez Castañón. Abelarda, al mando de las cinco esclavas que se desempeñaban en la casa, se encargó de los arreglos florales. Enormes ramos de jacintos, rosas color té y peonías blancas engalanaron cada rincón. Una guirnalda de helechos, musgo y azahares, se desplegaba sobre la mesa que ofició de altar. Allí el padre Agustín unió a las parejas "hasta que la muerte los separe".

Al oír aquellas palabras, Felicitas sintió un gusto amargo en la boca, parecía una profecía lúgubre. "Señor que la maldita Parca tarde muchísimo en irrumpir en nuestras vidas", rezó apretando con fuerza el rosario de nácar que dormía en su mano. Al levantar la mirada, los ojos color caramelo de Darío entibiaron su corazón. "Todo saldrá bien querida, ni la mezquina muerte podré separarnos", el mensaje de la mirada de su marido le dio paz. "Te amo", los labios dibujaron la declaración en forma silenciosa mientras se acercaban para sellar el pacto con un beso dulce como la miel.

Rosario fijó su vista en el anillo que coronaba su dedo anular. Una alianza de oro con un pequeño diamante rodeado por dos rubíes. ¡Por fin era la mujer de Rubén!, y sin embargo experimentó un vacío que no supo comprender. Amaba a ese hombre, pero no debía engañarse, también le temía. Ese era el secreto que guardaba en su corazón, si lo hubiera revelado, su madre habría impedido el enlace. "¡No! todo saldrá bien...eso espero", pensó con angustia. Observó a su flamante marido y lo notó distante, frío. De repente la besó en los labios y el beso le resultó soso. Inspiró profundamente y sonrió, debía fingir felicidad.

-- ¡Un brindis por los recién casados! -- gritó Manuel contagiando su entusiasmo a los pocos invitados, amigos íntimos de la familia. Todos

levantaron sus copas rebosantes de vino rojo exclamando deseos de bienaventuranza para los jóvenes.

-- ¡Hijitas! ¡Hijitas! -- Rosaura se acercó a las muchachas abrazándolas con amor y temor.

-- Mamita, tranquila, seremos felices... ¡somos inmensamente felices!, ¿verdad Rori? -- aseveró Felicitas persiguiendo con su mirada al hombre de sus sueños.

-- Claro, claro -- la apoyó Rosario aunque las dudas la asaltaban insidiosas. Quiso ir junto a Rubén, pero lo descubrió conversando animadamente con el abogado de su tío. Resolvió quedarse junto a su madre y esperar a que él la buscara.

Felipa lo observaba todo con sus enormes ojos azules anegados de lágrimas. Era feliz por sus amigas, pero su corazón estaba lejos, muy lejos... con Alejo. "¿Volveré a verte?", y ese pensamiento sombrío terminó por derrumbarla. Tomó coraje, se secó las lágrimas y corrió donde Felicitas y Rosario.

-- Les deseo lo mejor, ustedes se lo merecen.

-- Vos también merecés ser feliz, Pipa. Seguro que ese testarudo de Alejo aparece en cualquier momento. Si todos sabemos que no puede vivir sin vos -- trató de consolarla Felicitas.

-- Y hablando de Roma... -- remató con picardía Rosario al ver a su primo muy elegante asomándose en la recepción.

El corazón de Felipa pegó un brinco. Giró lentamente y lo vio entre los invitados. Sus miradas se cruzaron y un rayo cruzó sus almas. Y entonces, ya nada existió en torno a ellos, todos desaparecieron. Sólo eran él y ella.

Manuel carraspeó con nerviosismo al ser testigo del sorpresivo encuentro. No toleraba la relación entre su hijo menor y la esclava. La codiciaba con locura. Muchas veces, por las noches, un fuego voraz se encendía dentro de él volviéndolo cenizas, el fuego del deseo. "Disfruta de su cuerpo hijo mientras puedas, porque te juro que esa puta será mía", rumió malhumorado. Verla pasar a su lado con movimientos gráciles le provocó una erección que disimuló sentándose rápidamente detrás de la mesa de las confituras. La fragancia de Felipa lo enajenaba, despertaba sus más bajos instintos. Ahogó su rabia en una copa de jerez al verlos marcharse tomados de la mano. "Pronto, pronto, serás mía".

Los enamorados, ajenos a la rabia de don Manuel, se perdieron en la noche estrellada, noche de luna llena. No se dirigieron la palabra hasta llegar a su refugio, el galpón abandonado en las cercanías del río. Alejo la

tomó con desesperación, con apetito salvaje. Ella se entregó sin reparos, con ansias de ser devorada por esa pasión transgresora.

-- Alejo no vuelvas a dejarme, tu abandono me dejó en carne viva -- lloró mientras él la comía a besos.

-- Nunca más, te lo juro -- le dijo sin apartar los labios del cuello tibio de la joven.

Hasta la luna se sonrojó al presenciar la sensualidad y el erotismo de los malabares sexuales que desplegaban los amantes. Felipa y Alejo, perdidos en un mar de caricias infinitas, disfrutaban de su unión. Yacieron sobre un colchón de paja. Para ellos, precioso tálamo, y una vez saciados, continuaron tocándose, respirándose.

-- Perdón -- murmuró con vergüenza, arrepentido por haberla hecho sufrir -- Soy un egoísta. Perdón mi amor.

-- ¡Shh! Lo importante es que ahora estamos juntos. Te amo más que a mi propia vida Alejo. Jamás dudes de mi amor. Se me desgarró el alma cuando lo hacés -- le dijo con la voz impregnada de tristeza.

El no respondió. La cubrió con su cuerpo y la pasión volvió a estallar.

En su habitación, Darío y Felicitas también disfrutaban de sus cuerpos.

-- Sos tan hermosa -- Estaban desnudos sobre la cama. Un dosel de tul los cobijaba. Darío pasaba una pluma de faisán sobre la tersa piel de su mujer. Ella, con los ojos cerrados disfrutaba del exótico masaje. La excitación se apoderó de ellos y ebrios de pasión se extraviaron uno en el otro.

En el dormitorio vecino Rosario respiraba aliviada. Rubén dormía profundamente. Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas mojando la almohada de suave seda. Una vez finalizado el banquete nupcial, Rubén la llevó a la habitación. La desnudó con rapidez, la tiró sobre la cama y sin contemplaciones, la desvirgó. Besos vacíos. Nada de caricias, nada de palabras románticas, sólo sexo...un sexo yermo.

-- Ahora dormite -- le dijo con sequedad -- Mañana muy temprano parto para la estancia. Tengo unos asuntos que arreglar -- en realidad debía encontrarse con su amante que lo esperaba en un pueblo cercano a la zona del Retiro.

-- Te acompaño -- Rosario luchaba por no llorar, por no gritar de dolor.

-- No es necesario. Es mejor que te quedes a descansar. Estos últimos días han sido de mucho trajín. Cuando regrese prometo llevarte a Córdoba

-- mintió -- Allí tenemos una casa entre las sierras. Estoy seguro que te va a gustar -- Rubén no soportaba a Rosario, apenas lo atraía. La orden de su padre retumbó en sus sentidos:

--Urge que te cases con Rosario. Con sus dos hijas atadas a nuestra familia Rosaura no me quitará su apoyo económico.

-- Padre, no la amo -- lo enfrentó por primera vez en su vida, él, el hijo obediente.

-- ¡Maldito sea Rubén! Si no lo haces nos iremos a la ruina. Debo mucho dinero. La cosecha de trigo fue desastrosa, tú lo sabes. Tuve que pedir varios préstamos para enfrentar la situación y ahora mis acreedores me están acorralando, amenazan con embargar la estancia.

-- Darío se casará con Felicitas. ¿No es eso suficiente para que la tía no te de la espalda? -- intentó hacerlo cambiar de opinión. Casarse con esa remilgada era un verdadero estropicio.

-- ¡Mierda Rubén! Te casarás con Rosario y punto. Darío y Felicitas me importan un carajo. El enfermo de tu hermano es un inepto para los negocios, vive entre remedios y doctores. Además no quiero que meta sus narices en mis asuntos delicados...

-- Querrás decir ilegales, porque el contrabando es ilegal - Manuel lo abofeteó con violencia por su impertinencia.

-- Esos negocios ilegales son los que te dan de comer y permiten que mantengas a tu amante -- le escupió fuera de sí -- No me contradigas Rubén, estamos pasando por una situación límite. Te necesito, tú eres fuerte y astuto, en cambio tu hermano es un pusilánime. Seguramente pronto morirá...

-- Entonces yo me caso con la viuda y se solucionan todos los problemas -
- sonrió satisfecho por encontrar una salida más placentera.

-- ¡Putra madre! ¡Basta de sandeces!Te casarás con la boba de Rosario, fin de la discusión.

No podía defraudar a su padre, corría el riesgo de perder su afecto y de ser desheredado. Jamás permitiría que la Iglesia, como ave carroñera, se abalanzara sobre su patrimonio. ¡Curas réprobos, ávidos de riquezas!

"Como cordero al matadero", pensaba en el momento en que repetía con repulsión las promesas matrimoniales: "hasta que la muerte nos separe". "Me encargaré de que eso suceda muy pronto", juró ante la cruz de Cristo

que presidía la ceremonia.

La hizo suya despojado de todo sentimiento. La erección la logró pensando en Felicitas, en su rostro perfecto, en su boca carnosa, en sus pechos turgentes, en sus curvas apetitosas. Y luego de desfogar su lujuria, cayó rendido en un sueño profundo, mientras Rosario humillada, lloraba.

La noche cayó sobre la casona de los Gómez Castañón como un velo de ilusión para algunos, como el filo de una guillotina para otros.

Felicitas y Darío, dormían entrelazados...como una sola carne.

Rosario y Rubén, en una misma cama, pero separados por una muralla de hielo.

Felipa y Alejo, cuerpos sudorosos ávidos de placer, encadenados a un amor más fuerte que la muerte.

Capítulo 8

Buenos Aires, Enero de 1819

El calor agobiante la impulsó a abandonar la recámara buscando una brisa fresca a orillas del río. Con sigilo descendió de la cama, él dormía profundamente. Como de costumbre, apenas le dio un frío beso en la mejilla acompañado de un "Buenas noches, querida". Eso era todo, ni una caricia ni una palabra de amor. Casi un año después de la boda, estaban allí, en la quinta de verano, en las afueras de la ciudad, compartiendo con la familia su postergada luna de miel. Rosario lloró su error. "¿Por qué me empeciné en este matrimonio?, ¿por qué no escuché los consejos de mi madre, de mi hermana y Felipa? ¿Por qué fui tan tonta? El profundo amor que le profesaba hoy es un profundo odio".

Rubén expuso decenas de pretextos para no realizar el viaje de bodas, todos sin fundamentos. Ella aceptó la decisión de su marido con sumisión y con la tonta esperanza de hacerlo realidad más adelante.

Felicitas y Darío hicieron un corto viaje a Montevideo. La muchacha no deseaba estar fuera de Buenos Aires mucho tiempo por temor a que Darío sufriera una recaída. Si bien la salud de su marido era buena últimamente, ella era muy precavida y deseaba tener todo bajo control.

Rosario sonrió al recordar el rostro eufórico de su hermana al regresar. Se la veía feliz y agradecida a la vida por haber cruzado su destino con el de Darío, un hombre que la amaba con desesperación.

¡Cuánto envidiaba a Felicitas y a Felipa! Se avergonzó de ese sentimiento egoísta. "Si sufro es exclusivamente por mi culpa, por mi necedad. El nunca me amó".

Se cubrió con un mantón bordado con hilos de seda multicolores, cerró con cuidado la puerta del dormitorio y en puntillas cruzó el comedor encaminándose hacia la cocina. Todo estaba en penumbras. Sus pies desnudos gozaron al ponerse en contacto con el frío piso de piedras. Salió a la intemperie por una puerta trasera. El cielo estrellado le dio la bienvenida y la luna, muy oronda, la tiñó de plata. Corrió como una chiquilla traviesa los pocos metros que separaban la casona de la ribera.

Parecía un hada medieval: el viento cálido golpeaba su rostro haciendo que su largo cabello castaño se desplegara como alas de mariposa. El mantón resbaló por su espalda dejando en evidencia sus suaves curvas a través del camisón de gasa transparente. Toda ella era luz.

Lautaro la observaba de lejos apoyado en el tronco de un sauce que una tormenta de verano arrancó de raíz. No podía apartar su mirada de

aquella visión mágica de otra dimensión. Obnubilado, recordó las historias de su abuela, una poderosa "Machi" de su tribu, una curandera capaz de resucitar muertos.

Rosario, bella y etérea, le recordó la leyenda de "Nube Azul", esposa del cacique Melín a quién amaba perdidamente. Cuando él se ausentaba, ella no hablaba con nadie hasta que regresara, y sólo derramaba lágrimas de amor. Cierta vez el ejército de los blancos atacó la toldería en una tristemente célebre campaña para desterrar a los indígenas de las Pampas. El grupo de ranqueles comandado por el cacique Melín fue emboscado y masacrado sin piedad. De la matanza sólo sobrevivió Nube Azul, que a lomo de su caballo huyó hasta llegar a una laguna. Y allí, aterida de dolor, maldijo a los blancos antes de morir.

Las palabras de su abuela flotaban en las sombras de la noche: "Los antiguos aseguran que en las noches de lluvia el espíritu de la india sopla y sopla para que el agua llegue hasta el pueblo de los blancos buscando su aniquilación. Dicen también que hasta que no haya un acto de desagravio por tamaña matanza, su espíritu lleno de furia, dolor y amor por su hombre, seguirá rondando y los males no cesarán para el maldito invasor".

Lautaro apreció el brío de esa india indómita en Rosario. Envuelta en una nube de gasas y sedas, parecía flotar sobre la bruma que se desprendía de las aguas del Plata. La vio detenerse frente a la inmensidad del río y como una paloma herida por un flecha certera, desplomarse en la arena húmeda. Sin pensarlo, salió disparado hacia ella. Debía abrazarla...debía saber que le sucedía.

Se arrodilló a su lado, ella ni se movió. Notó que lloraba y se atrevió a tomarla entre sus brazos. Era la primera vez que tocaba su piel. Lo quemó. ¡Cuánto la deseaba! Desde pequeño la deseaba...la amaba en secreto. Sólo Alejo sabía de su sufrimiento.

Ella no se opuso al contacto, todo lo contrario, descansó en su cuerpo. Rosario lentamente levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Ella sonrió con timidez, él la imitó. Permanecieron en silencio...enlazados...descubriéndose.

Sin meditarlo, la besó. El, el indio bastardo, nieto de "Chamanes", besó con codicia y pasión a la princesa blanca, la niña de sus sueños...y ella, no sólo lo permitió sino que le correspondió.

-- Rori -- se escuchó decir mientras saboreaba el dulzor de su boca.

"Soychu ha premiado mi paciente espera", pensó agradecido al dios Sol por el tesoro que tenía entre sus brazos. La tendió con delicadeza sobre la arena y él se recostó a su lado sin dejar de besarla. Conteniendo sus

tremendas ansias de ella, desabrochó uno por uno los diminutos botones de la pechera del camisón. Temblando, dejó al descubierto los pechos níveos, turgentes, que lo invitaban a saciar su sed. Se apoderó de ellos, no con rudeza como lo hacía Rubén, sino con ternura, con reverencia.

Rosario jadeó y él, envalentonado, recorrió con sus manos ásperas y callosas la piel sedosa y fragante de su amada. Olía a moras silvestres, dulces y frescas.

-- Te quiero, Rori, siempre te quise, en silencio y sufriendo por creerte inalcanzable -- le confesó.

-- Lautaro, fui una tonta. Persiguiendo un espejismo, no advertí el verdadero amor. Ahora lo sé...estoy segura. Yo también te amo, siempre lo supe, pero me negué a aceptarlo -- Lautaro la escuchaba sorprendido.

-- ¿Cómo ibas a querer a un indio inorante y encima tuerto? Vos sos una princesa, como esas de los cuentos que Alejo nos leía en nuestro refugio de la ribera cuando éramos chicos, ¿te acordás?-- hablaba sin interrumpir sus caricias, cada vez más atrevidas.

-- ¡Shh! -- Rosario lo silenció poniendo un dedo sobre sus labios, él inmediatamente, lo atrapó entre sus dientes y lo saboreó como si fuera azúcar.

-- Jamás vuelvas a repetir eso de "indio ignorante y tuerto". Perdiste el ojo en una batalla defendiendo la libertad de nuestra Patria. Te respeto y admiro por eso. Y si no acepté mi amor por vos fue por miedo al rechazo social. Soy muy cobarde...terca, necia y cobarde. Perdón Lauti -- al usar el diminutivo con el que cariñosamente se llamaban en la infancia, lo desarmó. La apretó contra su corazón y la penetró con urgencia. Ella sintió fuego corriendo por sus venas.

Se amaron con intensidad. Por primera vez Rosario gozó. Rubén la ultrajaba, la humillaba; en cambio Lautaro la elevó hasta el séptimo cielo.

Rosario llegó primero al orgasmo, una explosión de sentidos que la hizo volar hasta alcanzar las estrellas. Lautaro creyó que su corazón iba a estallar, tan acelerado estaba. Estar dentro de ella era la gloria. Cuando la tormenta de sentimientos amainó, Rosario se acurrucó junto al muchacho y suspiró.

-- Lo odio -- dijo en voz baja.

-- ¿Te maltrata? Porque si eso hace lo mata ya mismo -- se enfureció Lautaro.

-- No, sólo me ignora -- respondió para tranquilizarlo revelando sólo una parte de la verdad. Rubén la despreciaba, se burlaba de su inocencia comparándola siempre con su amante, una francesa que conoció en el burdel que solía frecuentar y que luego acomodó en una coqueta residencia en las afueras de la ciudad. Por vergüenza nunca se lo contó ni a su hermana ni a Felipa, menos a su madre. No quería que sufrieran por ella.

-- Rosario prométeme que si ese mal nacido te pone una mano encima me lo vas a contar enseguida -- ante el silencio de la joven volvió a insistir con vehemencia -- ¡Prometémelo!

Ella acarició con ternura el parche que ocultaba la cuenca vacía. El se lo permitió, a ella se lo permitiría todo porque ella era su dueña.

-- Si, mi amor, te lo prometo -- mintió, jamás lo pondría en peligro.

"Mi amor", esas palabras pronunciadas por Rosario y dirigidas a él, lo emocionaron. Nunca, ni en su más loco sueño, creyó escucharlas alguna vez.

-- Tonce, ¿soy tu amor? -- preguntó apocado.

-- Claro que sí, siempre has sido mi amor. Yo fui una tonta que no lo supo ver -- contestó divertida por la turbación de su hombre -- Lauti, debo regresar antes de que Rubén se despierte y no me encuentre.

La ayudó a sacudirse la arena del camión y del cabello. Pero al tocarla la tentación lo asaltó y sin resistirse volvió a besarla.

-- Debo regresar... -- le repitió apenas convencida. Ella también deseaba prolongar ese momento fascinante y singular.

A regañadientes se separaron. La acompañó tomados de la mano hasta la entrada de la cocina. Un último beso y la promesa de encontrarse al atardecer siguiente sirvió de consuelo para despedirse.

Rosario, con el alma ligera, regresó a la cama. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Recordó los besos brujos de Lautaro y sonrió ilusionada.

Rubén, a su lado, en sueños añoraba los besos con sabor a opio de su amante.

Lautaro caminó reflexionando sobre lo sucedido hasta su rancho, una pobre edificación en los linderos de la propiedad de su patrón, don Manuel. Al pensar en él se enfureció; lo odiaba y a Rubén, también. "Hijo

de puta, si me entero que la hacés sufrir te despellejo vivo".

Al llegar se tiró en el catre, puso los brazos detrás de la nuca y clavó la mirada en el techo de paja. Se distrajo por un segundo con una araña que tejía meticulosa su elaborada tela, trampa para algún insecto distraído.

"¿Y aura?, ¿qué hago? Quiero a la Rosario con mi vida, pero no tengo nada pa' ofrecerle. Vivo en este rancho de mierda, y encima no es mío, es de don Manuel. ¡Todo es de él hasta yo mismo le pertenezco, carajo! Ella se merece lo mejor y yo no tengo nada, sólo mi amor. De una cosa estoy seguro, no la voy dejar en manos de ese bellaco. Rosario me mintió, sé muy bien que Rubén la trata como si fuera un trapo y yo no lo voy permitir. ¡Maldito marica! Me la voy llevar lejos de acá...sí, eso voy hacer. Antes tengo que hablar con el Alejo, él es mi amigo, mi único amigo. El me va a aconsejar, confío en él". Al llegar a esta conclusión cayó en un sueño profundo y tranquilo. Por fin su deseo inalcanzable se había hecho realidad.

Mientras Lautaro cavilaba sobre su situación sentimental, Alejo planeaba la fuga. Ya no esperaba más. Felipa debía acceder. Sus primas ya habían decidido su destino, en cambio ellos... Sí, ese era el momento para huir. No le iba a conceder dilatar la decisión. Se marcharían a la medianoche del día siguiente, sólo le concedería el tiempo suficiente para despedirse de su abuela Filomena y de Felicitas y Rosario. Satisfecho con su determinación, consiguió dormir.

El canto del gallo lo despertó. Se levantó con prisa y fue hasta el río. Zambullirse en las aguas del Plata le sentaría bien, esa mañana debía tener las ideas claras. Se mantendría firme ante Felipa, ella tendría que aceptar sino..."¡Mal rayo la parta si se niega, estoy harto de que siempre anteponga a mis primas o a mi tía mi amor por ella! Esta vez seré duro, sus lágrimas no me conmovrán, sus miedos no me doblegarán. Hoy mismo nos iremos, hoy comenzaremos a amarnos libremente lejos de mi padre y sus amenazas".

Más tarde, regresó a la casa y entró por la cocina. Allí se encontró con Abelarda, que como de costumbre estaba junto al fogón dispuesta a freír decenas de pastelitos de membrillo. Una negra alta y delgada como un junco acompañada por otra, petacona y regordeta, entraban y salían llevando fuentes y tazas hacia el comedor donde estaban preparando la mesa para el desayuno.

-- ¿De adónde vení vo todo mojado? Seguro que te juiste a meter en el río. No te dije que ese río es muy traicionero -- se alarmó Abelarda.

-- Negra quejona, sé nadar y muy bien -- le respondió aireado Alejo. Se sentó a la mesa y comenzó a cebarse unos mates -- No me retes más y

dame un pastelito que me muero de hambre.

-- ¡Ja!, vo siempre te morís de hambre. ¿Y por dónde anda el otro hambreado?, el Lautaro. Es raro no verlos juntos a estas horas.

-- Que sé yo, por ahí andará. ¿Acaso soy su niñera? -- le contestó enfadado. Ese día sólo tenía un problema: convencer a Felipa.

-- Parece que hoy te levantastes con la pata izquierda. Ponele azúcar a ese mate a ver si te endulza un poco ese carácter amargo que tené -- lo regañó fastidiada Abelarda.

-- ¿Dónde está Felipa? -- le preguntó suavizando el tono.

-- Está en el dormitorio de doña Rosaura. Sigue indispuesta la doña así que...

-- ¡Putá madre! ¿Y ahora que le pasa a mi tía? -- estalló Alejo presintiendo una nueva negativa de Felipa a huir.

-- ¡Epa! ¡Qué manera es esa de hablar de tu tía! La pobrecita hace ya unos días que se siente mal. Ayer vino el dotor y...

-- ¡¿Qué mierda tiene la tía Rosaura?! ¿Qué carajos dijo el médico? -- Alejo interrumpió a la negra fuera de sí. Siempre sucedía algo que se interponía en sus planes. Pero, ¡basta! Si Felipa se negaba a seguirlo...él se moriría.

-- Algo del estómago, no entendí lo que me dijo la Felipa. Seguro ella te lo va a explicar mejor que yo. Y tomá -- Abelarda le alcanzó un tarro de barro cocido con yuyos.

-- ¿Qué me das?

-- Ponele al mate unas hojitas de melisa. A ver si con eso te tranquilizas un poco. Hoy estás que te lleva el diablo, muchacho - dicho esto, la negra hizo cuernos con la mano para alejar a Mandinga.

-- No tengo tiempo para tus tonterías, me voy. ¡Asunta! -- llamó a los gritos a la negra regordeta.

-- ¿Qué necesita patroncito? -- la muchacha apareció rápida como un rayo.

-- Busca a Felipa y dicile que la espero en nuestro lugar en media hora -- le ordenó tajante.

-- Ya mesmo voy patroncito -- y secándose las manos en el delantal almidonado desapareció con la misma rapidez con que apareció.

-- Vos tendrías que aprender de ella, negra confianzuda, no pregunta, no averigua, sólo obedece -- Alejo amonestó a Abelarda antes de abandonar la cocina dejando a la negra con la boca abierta.

-- ¿Qué le andará pasando a este mocito? Ni comió... ¡qué raro! Y con lo rico que me salieron los pastelitos... -- Abelarda se quedó mirando la puerta por donde salió Alejo mientras masticaba pensativa la deliciosa confitura.

Felipa estaba muy preocupada. En el transcurso de una semana la salud de doña Rosaura declinó abruptamente. No toleraba los alimentos sólidos, sólo jugos de fruta y caldos de verdura o pollo. El doctor diagnosticó indigestión, pero Felipa dudaba. Debía consultar con su abuela, ella sabría que hacer. Esa misma noche iría a verla.

Doña Rosaura dormía, un sueño agitado, por momentos deliraba llamando a sus hijas.

-- Rori, querida, ten cuidado -- suplicó al borde del llanto.

-- Doña Rosaura, tranquila. Rosario está bien -- le susurró y con un paño embebido en vinagre le humedeció la frente. Unos golpecitos en la puerta la sobresaltaron.

-- Soy yo, Felipa, la Asunta. ¿Puedo pasar? -- preguntó con timidez la negra.

-- Pasá, pasá -- respondió la joven sin apartarse de la enferma.

-- ¿Cómo está? -- se interesó señalando a la mujer -- ¡Está más blanca que la leche! -- se asombró llevándose una mano a la boca.

-- ¡Baja la voz Asunta! Me temo que está peor que ayer. ¿Qué querés? -- se impacientó.

-- Me manda el patroncito Alejo. Quiere que vayás dentro de media hora al lugar que vo ya sabé.

-- Está bien. ¿Podés quedarte con doña Rosaura? Sólo tenés que refrescarla con estos paños y darle de beber agua cada tanto con una cuchara -- le pidió con una sonrisa.

-- Claro, andá no ma' pué -- Asunta siempre estaba dispuesta a ayudar a Felipa porque muchas veces la defendió del acoso de Rubén. En una oportunidad hasta recibió diez latigazos por protegerla. Aún hoy recordaba el estallido de locura que tuvo Alejo al descubrir el castigo que su hermano le impuso a Felipa. Como un enajenado se lanzó sobre Rubén. Si no hubiese intervenido el padre Agustín que estaba de visita, Alejo lo hubiera golpeado hasta desmayarlo. Rosario, al enterarse, se encerró en un silencio absoluto que duró una semana.

"¡Nunca!, entendés, ¡nunca más vuelvas a poner tus mugrosas manos encima de Felipa! ¡Nunca!" lo dijo con tal ferocidad que Rubén, el prepotente, quedó paralizado ante la reacción de su hermano. El recuerdo la hizo estremecer y sin más empujó a Felipa hacia la puerta.

-- Andá, andá, no lo hagás esperar. Voy a cuidar muy bien a la patrona, no te preocupés -- la animó con una sonrisa desdentada.

Por el camino, Felipa, volvió a trenzar su cabello lustroso, ajustó el moño de seda roja que lo adornaba y se acomodó la blusa de encaje blanco.

A medida que se acercaba al galpón donde solían encontrarse para hacer planes y amarse, el corazón le comenzó a galopar como un potro desbocado. ¡Cuánto lo amaba! Por las mañanas se despertaba ansiando verlo y por las noches se dormía soñando con sus besos posesivos.

Alejo la vio llegar por la orilla del río y corrió a su encuentro. La espera lo estaba matando. Ella lo esperó con los brazos abiertos. Se fundieron en un abrazo coronado por un beso de fuego.

-- ¿Qué pasa Alejo? -- preguntó cuando recuperó el aliento.

-- ¿Es que tiene que pasar algo para que quiera verte? Quiero verte porque sos el aire que respiro, ¿todavía no lo sabes?--volvió a besarla, con violencia...con ardor desmedido.

-- Alejo -- suspiró. Ella lo amaba tal cual era: posesivo, iracundo aunque también, generoso y desinteresado. Él la amaba entregando todo de sí, la protegía, la consolaba, la escuchaba, la respetaba y la hacía reír.

-- ¡Vamos! Tengo que decirte algo importante -- la tomó de la mano y corrieron hasta el galpón. La sentó, como cuando era una niñita, sobre una parva de alfalfa seca y mirándola fijamente le dijo:

-- Esta noche nos fugamos.

-- ¿Esta noche? -- el temblor que Alejo percibió en la voz de Felipa lo

alarmó y enojó.

-- Sí, a la medianoche te espero aca -- Felipa lo escuchaba boquiabierta. ¿Cómo decirle que eso era imposible? No podía abandonar a doña Rosaura.

-- Alejo -- comenzó _ No podem...-- no pudo continuar porque él le tapó la boca con la mano. Su mirada fiera la asustó.

-- ¿Por qué no? ¿Cuál es el nuevo motivo para que posterguemos nuestra huida? ¡Estoy harta Felipa, harta! ¿Me oís? ¡Harto! Si no estás aca a la medianoche, parto solo y no me vas a volver a ver -- explotó con violencia.

-- Comprendé Alejo, tu tía está enferma, me necesita... -- Felipa no pudo frenar el llanto, lo perdería, estaba segura.

-- Mi tía tiene dos hijas para que la cuiden -- Alejo le daba la espalda, no soportaba verla llorar, no quería transigir...esta vez no!

-- Le debo mucho a doña Rosaura. Ella me protegió, me dio la misma educación que a Felicitas y Rosario. Y lo que es más importante, me dio su cariño, la libertad. No puedo abandonarla -- dijo secándose las lágrimas que persistían en derramarse descontroladas.

-- ¡Y a mí sí podés abandonarme!, ¿verdad? -- Alejo giró y la encaró con vehemencia -- Basta de mentiras Pipa, vos no me querés.

-- ¡Cómo se te ocurre! Claro que te quiero , sólo que...

-- Sólo que antes que yo están Felicitas, Rosario, mi tía...¿quién más? A sí, tu gato...y quizás algún esclavo al que le das algo más que tu compasión -- ni bien lo dijo se arrepintió pero ya era tarde, la herida estaba hecha. Felipa lo abofeteó con ira.

-- Sos un...un... -- Alejo aferró los brazos de la joven que no cesaban de golpearlo en el pecho.

-- Decilo, un loco. Pero loco de amor por vos y no soporto que me dejes a un lado. Siempre los demás son más importante que yo. Hasta cuando vamos a vivir de esta forma, escondiéndonos, besándonos a hurtadillas sin poder declarar nuestro amor abiertamente. Te quiero Pipa y quiero vivir a tu lado libremente. Hacé lo que quieras, si esta noche no estás aca, me voy solo y jamás vas a saber de mí -- la soltó con delicadeza, volteó hacia la puerta y cabizbajo desapareció por el sendero del río.

Felipa quedó de rodillas llorando desconsoladamente. "Lo perdí", se

repetía.

Al mediodía se presentó en el dormitorio de doña Rosaura, ojerosa y pálida. Los ojos irritados de tanto llorar. Asunta se sorprendió al verla en ese estado.

-- ¿Qué te pasó, pué? -- se inquietó la negra bajando la voz para no despertar a la enferma.

-- Después te cuento, ¿cómo está? -- preguntó acercándose a la cama y tomando una mano de la mujer.

-- Bien, duerme tranquila. Le bajó la fiebre, pero vomita todo el agua que le doy.

-- Ya no sé que hacer. Se va a deshidratar. ¿Felicitas vino a verla?

-- La niña Felicitas se jue con el marido pa' la ciudá -- le informó muy seria.

-- ¿Regresó a la ciudad? ¿Por qué? -- se extrañó Felipa de la decisión de Felicitas encontrándose la madre en grave estado.

-- Ah, no sé. No me preguntés porque no sé nada má. Y ahora me voy pa' la cocina que la Abe debe estar que arde porque me desaparecí en el peor momento. Dispué me contás que pasó con el Alejo, ¿eh?

-- Sí, sí, a la tardecita te busco y te cuento. Y...muchas gracias Asunta por cuidar a doña Rosaura.

Una vez sola, tomó asiento cerca de la cama, pegada a la cabecera. Rosaura abrió los ojos y los enfocó en ella. Con mano trémula, le acarició una mejilla.

-- Querida, ¿qué te sucede? -- balbuceó la mujer.

-- Nada doña Rosaura. ¿Cómo se siente?

-- Mal -- fue la breve respuesta teñida de tristeza.

-- Esta noche iré a casa de mi abuela Filomena. Ella sabrá qué hacer. Va a ver como prontito se recupera. Confiemos en la Virgen Morenita -- dijo tratando de infundir optimismo no sólo a la enferma sino a ella misma. Rosaura le sonrió mientras una lágrima rodaba por su mejilla ajada.

Alguien golpeó la puerta. Era don Manuel. Felipa tembló, odiaba estar cerca de él. Siempre se escabullía para no toparse con ese viejo libidinoso que aprovechaba toda ocasión para manosearla o intentar besarla. Nunca

se lo contó a Alejo, temía que al enterarse matara a su padre. Sus únicas confidentes eran Felicitas y Rosario, ellas eran su escudo...la protegían interponiéndose siempre a los avances del ladino. Doña Rosaura ahora poco podía hacer por Felipa, su extrema debilidad se lo impedía. Lejos quedó la mujer impetuosa y enérgica que una vez fue.

-- ¿Cómo se encuentra mi hermana? _ preguntó con frialdad mirándola fijamente.

Felipa retrocedió hasta casi chocar contra la pared. Él la siguió lentamente hasta casi pegarse a ella. Felipa giró la cabeza hacia doña Rosaura que permanecía inmóvil en la cama.

Manuel tomó entre sus dedos la trenza de Felipa que le colgaba a un costado del rostro y que le llegaba hasta la cintura. Adrede le rozó uno de los pechos y ella pegó un salto. Él sonrió con sorna.

-- Ya no tienes a nadie que te proteja de mí. Mi pobre hermana yace en la cama. Felicitas y Darío viajaron a la ciudad en busca de un médico recién llegado al país que dice tener la cura para Darío...¡iluso! Y Rosario...bueno, que puede hacer esa pusilánime. Me dirás entonces que tienes a Alejo, tu amante. Lamento contrariarte, mi pequeña putita, Alejo se ha ido. ¿Por qué esa cara de sorpresa? ¿Acaso no se ha despedido? ¡Qué pena! Eso sí, me recomendó que te cuidara. Y yo pondré especial celo en hacerlo.

-- ¡Mentiroso! -- gritó descontrolada y su grito despertó a Rosaura.

-- Felipa, ¿eres tú? -- trató de incorporarse pero en el intento cayó pesadamente sobre la almohada.

La joven empujó a don Manuel sacándolo de su camino y se apresuró a ayudar a doña Rosaura.

-- ¿Por qué gritas? ¿Manuel?, ¿que haces aquí? -- apenas pudo pronunciar las palabras, su voz era pastosa.

-- ¡Cómo que hago! He venido a saber como te encuentras. Estoy muy preocupado por ti, hermanita -- parecía sincero.

-- Felipa, déjame con él. Tú vete a comer algo -- le pidió forzando una sonrisa. Todo era un esfuerzo para ella.

-- Pero... -- si bien deseaba huir de esa habitación, no quería dejarla con don Manuel. Intuía que el hombre tenía algo que ver con la enfermedad de doña Rosaura. Y sus presentimientos nunca fallaban.

-- Por favor, querida -- insistió con tono desfalleciente. Felipa accedió inquieta y sin advertir la mirada lasciva de don Manuel, se marchó. Rosaura sí interpretó a su hermano.

-- Déjala en paz -- susurró.

-- ¿A qué te refieres? No comprendo -- dijo con inocencia.

-- Bien lo sabes. Ellos se aman. No te interpongas.

-- Sigo sin comprender -- se obstinó Manuel. Jamás aceptaría la unión de su hijo con una esclava, además una esclava que le calentaba la sangre. Ella le pertenecía y soñaba con montarla como a una yegua salvaje.

-- Hazlo por mí. Concédeme este último deseo. Felipa no es una esclava, no te pertenece, es libre -- Rosaura empleó los restos de su fuerza para convencer a ese hombre más duro que el pedernal.

-- Querida, no digas eso. No vas a morir. Ya sé que le has regalado la libertad a pesar mío, pero a los ojos de la sociedad siempre será una esclava -- expresó con altivez.

-- Manuel no la persigas, no intentes someterla -- le suplicó y un ataque de tos le impidió continuar hablando. Gotas de sangre mancharon el lienzo blanco que Rosaura se llevó a la boca. Manuel no se sorprendió.

-- Ves lo que consigues esforzándote, debes descansar y dejarte de preocupar por tonterías. Ahora lo importante es que te recuperes. El doctor Arriaga confía que sanarás -- mintió. "No puedo hacer más por su hermana. Ni la sangría ni los emplastos han dado resultado. Solamente la quinina ha logrado bajar la fiebre, sin embargo mi diagnóstico es pesimista".

Rosaura no pudo insistir, se sentía devastada. "¿Por qué me sucede esto justo ahora? Mis niñas me necesitan, sobre todo Rosario. Aunque trate de ocultármelo, sé que está sufriendo, no es feliz y temo que Rubén la esté maltratando. Y Felipa, la pobrecita, la más desamparada...¿qué será de ella sin mi protección?", reflexionó con el espíritu quebrado. El grito de Manuel pidiendo ayuda la sobresaltó.

-- Asunta, rápido, ven a atender a tu señora -- la negra llegó inmediatamente y el patrón abandonó la habitación sin mirar a su hermana.

"Te queda poco tiempo hermanita. Ya me deshice de Alejo. Ninguno de los dos estorbará los planes que he trazado para expandir mis campos. Si es necesario aniquilar una población entera de indios para obtenerlos, lo haré, cuento con la ayuda de Rubén y de mi amigo, el doctor Arriaga. Y lo

mejor de todo, en esos planes estás incluida tú, mi pequeña Felipa. Pronto serás mía, sólo mía".

Capítulo 9

Esa mañana, luego de dejar a Felipa llorando en el galpón, Alejo regresó a la casa malhumorado y decidido a darle una lección. Por supuesto que no se iría solo, la seguiría esperando hasta la eternidad si fuera necesario. Claro, eso ella no lo sabía y Alejo se regodeaba en la incertidumbre que sembró en el corazón de Pipa. "Se lo tiene merecido, ¡que sufra!, así como me hace sufrir a mí", pensó enfadado.

Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que pasó distraído por la sala sin percibir la presencia de su padre conversando con un militar. El vozarrón de Manuel lo detuvo antes de poder subir la escalera que lo llevaba al primer piso donde se encontraba su dormitorio.

-- ¡Alejo! Mira quien ha venido a visitarnos -- Manuel se mostraba alegre, actitud que hizo desconfiar al joven. Al acercarse reconoció a la otra persona que permanecía sentada bebiendo jerez.

-- Don Juan Manuel. ¡Que gusto verlo! -- un apretón de manos confirmó la mutua simpatía que se profesaban.

Juan Manuel de Rosas, poderoso estanciero dedicado a la producción agropecuaria, era uno de los líderes militares que se pertrechaba para defender a Buenos Aires de la invasión del caudillo santafesino Estanislao López.

-- ¡Muchacho! Lo mismo digo -- lo saludó con cordialidad.

Alejo tomó asiento en un sillón frente al hombre con el que compartió armas en el Ejército del Norte al mando del General Belgrano. En ese tiempo eran camaradas, hoy Rosas ostentaba el cargo de Coronel.

-- Don Juan Manuel está aquí para proponerte formar parte del ejército que enfrentará a López -- comenzó con desenfado Manuel.

-- Así es Alejo, junto a Dorrego y a mi amigo Martín Rodríguez rechazaremos la invasión. Una invasión que tiene por objeto apoderarse de Buenos Aires, la provincia que posee las tierras productivas más ricas de nuestra Nación y por supuesto, apoderarse también del puerto, que como saben, concentra el comercio exterior de las provincias restantes -- los ilustró con vehemencia.

-- Será un honor para mí formar parte de sus filas. Estoy a su disposición -- respondió enérgico aunque esto suponía retrasar la fuga. "La Patria me llama, no puedo ni debo negarme", concluyó resuelto.

-- Así se habla muchacho. Don Manuel debe estar muy orgulloso de su hijo. Lamento que Rubén no pueda unírseles. ¡Que contratiempo que se haya fracturado la pierna! -- al escuchar tal afirmación Alejo se atragantó con el jerez que en ese momento bebía. Quiso intervenir para esclarecer el error cuando sintió la mano de hierro de su padre apretándole el hombro.

-- Tiene razón don Juan Manuel, un verdadero incordio. Cuando Rubén se entere del motivo de su visita se pondrá hecho una furia por no poder formar parte de la campaña - dijo con rostro compungido.

"Maldito farsante. ¿qué te proponés viejo?", Alejo comenzó a inquietarse.

-- ¿Cuándo debo partir mi Coronel? -- preguntó quitándose con disimulo la mano de su padre que continuaba presionándolo.

-- Ya mismo, prepará tus cosas que en media hora partimos hacia "Los Cerrillos". Allí nos esperan mis "Colorados del Monte", antes pasaremos por la casa de los Anchorena y de los Ortiz para continuar reclutando -- le aclaró urgiéndolo a partir hacia su estancia de San Miguel.

"Los Colorados del Monte" era un regimiento creado por Rosas para combatir a los indígenas y a los cuatreros de la zona pampeana y ahora Alejo formaba parte de él.

-- ¿Cómo se encuentra su familia? Doña Encarnación y los niños... Manuelita debe tener tres añitos, ¿verdad? -- Alejo escuchó la palabrería lisonjera de su padre mientras se retiraba. Pensó en Felipa.

Debía despedirse de ella, contarle lo sucedido, pero el tiempo lo apremiaba, no podía hacerlo. Buscó a Lautaro en la caballeriza. Lo encontró durmiendo bajo un alero.

-- ¡Lautaro! -- le gritó al oído. El indio pegó un salto que casi derriba a Alejo.

-- ¡Eh!, ¿por qué me despertás de esa manera? ¡Me vas a matar del susto!
-- se quejó restregándose los ojos.

_ Escucha bien lo que voy a decirte. ¡Lautaro!, ¿estás despierto o sigues en babia? -- Alejo lo tomó de los hombros y lo zamarreó con fuerza.

-- ¡Pará, pará! Sí, te escucho, ¿que carajo pasa? -- protestó quitándose de encima al amigo malhumorado.

-- Me voy ya mismo con don Juan Manuel a San Miguel del Monte para

unirme a "Los Colorados".

-- ¿Qué? -- Lautaro quedó perplejo ante la noticia -- y, ¿pa' qué?

-- Vamos a luchar contra Estanislao López, el muy ladino quiere apoderarse de Buenos Aires.

-- Voy con vos -- decidió al instante, no iba a permitir que Alejo fuera solo. ¿Quién lo cuidaría mejor que él? Lautaro siempre fue su escudo en las batallas.

-- De ninguna manera, vos te quedas. Cuidá a Felipa y vigilá al malnacido de mi viejo. Seguramente va a aprovechar que no estoy para molestarla. Sólo confío en vos, Lauti, sólo en vos -- le rogó maldiciendo el giro que habían tomado los acontecimientos.

-- No te preocupés, andá tranquilo, yo me encargo. Si es necesario clavarle una lanza a tu viejo, se la clavo con mucho gusto. Hace tiempo que se la tengo jurada -- se despachó con amargura y rabia contenida.

Alejo asintió con un movimiento de cabeza y se dieron un fuerte abrazo.

-- Explícale a Felipa lo sucedido, decile que me perdone por abandonarla pero no tuve opción. Es luchar o ser un traidor. Decile que la quiero y que muy pronto vamos a estar juntos y esta vez para siempre, lo juro por la memoria de mi madre.

Alejo tomó las riendas de su caballo moro y sin volver la vista atrás, caminó al encuentro del Coronel Rosas que lo esperaba en la tranquera. Lágrimas amargas se anudaron en su garganta, sin embargo, no derramó ni una sola.

Felipa estaba devastada. Alejo había partido, la había abandonado. ¿Cómo era eso posible? No, él jamás haría semejante cosa....aunque... "Me lo había advertido. Pero tenía tiempo hasta la medianoche para decidir. ¿Por qué se adelantó? ¿Qué pasó? Alejo, ¿donde estás?".

Felipa bajaba lentamente la escalera, su mente ausente, sus pensamientos volando desesperados hacia su amado. Distráida, tropezó en el último escalón, Abelarda la sostuvo evitando un porrazo certero.

-- Niña, mirá que sos descuidada, pué. Por suerte subía a ver a la doñita, que si no... -- se inquietó la negra

-- Abe, ¿sabes algo de Alejo? ¿Es verdad que se marchó? -- le preguntó atropelladamente mientras se masajeaba el tobillo.

-- Pero si te torcistes el pie. Vamo pa' la cocina que te pongo un trapo con agua fría -- la tomó de la cintura. Felipa, se dejó llevar rengueando. Sus protestas no tuvieron eco en Abelarda.

-- Sentate, pué -- la empujó con suavidad para que se acomodara en una de las sillas -- Ahora poné el pie en este banco -- y comenzó a colocarle paños fríos en el tobillo que comenzaba a hincharse.

-- Abe, estoy bien, de verdad -- insistió Felipa aunque su voz denotaba dolor.

-- Dejate de pavadas. ¿En qué estabas pensando?, ite podías haber matado m' hija! -- le dijo con cariño.

-- No exageres, sólo me tropecé. Abe, ¿dónde está Alejo? Don Manuel me dijo que se fue, ¿es verdad? -- preguntó desolada.

-- Sí, hace un rato no má se jue con don Juan Manuel -- le informó enfrascada en la tarea de vendarle el pie.

-- ¡¡Qué!! ¿Cómo qué se fue con don Juan Manuel? ¿A dónde se fue? ¿Para qué lo vino a buscar?

-- No sé Felipa. Yo sólo le preparé algo de ropa pa' llevar y una bolsa de provisiones. No me dijo nadita el muy bellaco. Estaba mudo como un finao -- Abelarda se asustó de su comparación y enseguida hizo los cuernos para ahuyentar a la Parca -- ¡Cruz diablo! No sé porque dije eso.

-- Tengo que buscar a Lautaro. Él seguramente sabrá algo -- se paró de repente tirando en su arranque el banco. Ahogó un grito al apoyar el pie en el piso. Sin embargo, ni el dolor ni los gritos de Abelarda, la detuvieron.

Caminó lo más rápido que pudo hasta la caballeriza. A esa hora, ya eran las dos de la tarde, Lautaro estaría haraganeando como de costumbre. Para su asombro, lo encontró lustrando las monturas y los aparejos. Cuando el indio la vio dejó el ronzal a un lado y la tomó de las manos. Ella temblaba.

-- ¿Y Alejo? -- las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas pálidas.

-- Felipa, el Alejo se fue a la guerra -- Felipa sintió que todo giraba a su alrededor. "¡Otra vez no!", el alma se le desgarró en mil pedazos.

-- ¡Felipa! ¡Pipa! -- escuchó los gritos de alarma de su amigo en medio de una oscuridad densa y penetrante.

Cuando volvió en sí, se encontró recostada sobre un colchón de paja y el rostro preocupado de Lautaro.

-- ¿Te sentís mejor? -- y con diligencia se apresuró a ofrecerle un vaso de agua fresca. Ella se negó a beberlo. "Sin Alejo nada tiene sentido".

-- ¿A dónde fue? -- lo increpó con ira y miedo, un miedo que le calaba los huesos.

-- Don Juan Manuel de Rosas está reclutando gente para terminar con el maldito Estanislao López. Me contó el Alejo que el gobernador Dorrego cuenta con las milicias de Rosas y de don Martín Rodríguez para derrotarlo de una vez por todas y mandarlo pa' su provincia con el rabo entre las patas.

Felipa escuchaba y su corazón parecía estallar. Otra vez esa maldita guerra. Hermanos enfrentados en una lucha absurda por el poder. Sangre y más sangre derramada abonando una tierra sedienta de paz.

Nuevamente debía comenzar el rito de encender cada noche una vela a la Morenita pidiendo por Alejo. Nuevamente lloraría hasta quedarse seca por aquel insensato que arriesgaba su vida por un ideal fútil. Pero ellos, ilos hombres!, sin pensar en la tremenda herida que causaban en sus mujeres, se enfrentaban como lobos rabiosos en una lucha que alegaba buscar la libertad cuando en realidad los movía la ambición por el poder político y económico.

-- Y nosotras corremos tras ellos, arrastrando hijos y penas. Y mientras ellos calman la sed de nuestra tierra con su sangre, nosotras lo hacemos con nuestras lágrimas -- se lamentó con el corazón desgarrado.

-- Felipa, ¿qué decís? -- Lautaro se acercó a ella y la abrazó -- El Alejo me dijo que lo esperes, que te quiere...

-- Me quiere pero me abandona -- replicó con ojos relampagueantes.

-- Felipa, no digás eso. El Alejo tiene que cumplir con la Patria. ¿Quieres que sea un traidor, un cobarde?

-- Por más que te lo explique nunca vas a entender lo que siento -- le respondió apesadumbrada. Se levantó lentamente, se sacudió las ramitas de paja de su pollera y se marchó de la caballeriza. Cuando comenzó a caminar hacia el río la alcanzó el grito de Lautaro.

-- ¡El Alejo te quiere Felipa!

Ella se detuvo, dio media vuelta y lo miró de lejos. Una sonrisa triste asomó en sus labios.

-- Yo también lo quiero -- susurró dolida y continuó su camino.

Al llegar a la casa se encontró con la noticia que a la mañana siguiente regresarían a la ciudad. La novedad la alegró y turbó. La alegró porque la distancia a la casa de su abuela sería menor que estando en el Retiro. Tendría que cabalgar mucho menos. Pero al mismo tiempo la intranquilizó tener que trasladar a doña Rosaura en las condiciones en que se encontraba. El viaje sería difícil y complicado para ella. Su estado era muy frágil para enfrentarlo. Abelarda compartía con ella su preocupación. La negra secaba los platos y murmuraba:

-- Esto no me gusta ni pío. La patrona está muy débil pa' hacer semejante viajecito. Y vo', ¿no tenés hambre? No comistes nada.

-- No tengo hambre -- Felipa lo único que deseaba era abrazar a su abuela.

-- No digá pavadas. Dejá esos cacharros -- la joven estaba puliendo unos jarrones de plata -- y comé. Esta carbonada está pa' chuparse los dedos -
- La tomó de un brazo y la sentó frente al plato humeante.

Felipa comenzó a comer con desgano. Apenas podía tragar los trozos de papa y zapallo.

-- Estás hecha piel y güesos. Te voy a preparar un caldo de gallina que segurito te va abrir el buche -- le dijo con afecto.

-- Gracias Abe, sos muy buena conmigo -- y comenzó a llorar.

-- No llore mi niña bonita. Vas a ver como ese sinvergüenza vuela prontito y te juro que cuando lo vea le retuerzo el cogote -- explotó describiendo la amenaza con sus manos regordetas. Felipa, sin ganas, rió.

-- Así me gusta, basta de llorar y comé que se te enfría la carbonada -- la animó.

El viaje de regreso fue engorroso. Los peones ubicaron a doña Rosaura en una carreta para que pudiera viajar cómoda. Un colchón de plumas intentó vanamente disimular el continuo traqueteo que martirizaba el cuerpo débil de la mujer. Su rostro macilento y las quejas que

silenciaba eran el testimonio de la incomodidad cruenta que resistía con valor. A su lado, Felipa y Rosario, la asistían con esmero. Una, le hacía viento con un abanico y la otra, le colocaba paños fríos en la frente.

-- ¿Qué te sucede Rosario? Hace unos días que te noto apagada. Además, esas ojeras...-- las amigas estaban frente a frente a ambos costados de la enferma. Felipa extendió el brazo y le acarició el rostro demacrado.

-- Nada, sencillamente que estoy muy cansada, Felipa. Lo de mamá me deprime y encima Felicitas que no está. Menos mal que te tengo a vos -- y con cariño le sujetó la mano que acariciaba sus mejillas.

-- Comprendo que estés angustiada por tu madre, pero hay algo más, no me engañás Rori -- Felipa intuía que el matrimonio de Rosario se desbarrancaba. En varias oportunidades durante ese verano había sido testigo de la brusquedad e indiferencia con que la trataba Rubén. Una noche lo vio salir a hurtadillas y dirigirse hacia el establo. Al rato, lo escuchó alejarse al galope. "¿A dónde irá a estas horas?", se preguntó con inquietud. La respuesta la tuvo a la mañana siguiente cuando por casualidad escuchó una conversación del esclavo personal de Rubén con una de las negras encargadas de la cocina. Estaban muy juntos. El negro la apoyaba por detrás y ella reía mientras él le tocaba los pechos debajo de la blusa.

-- ¿Te calienta? -- le decía al oído. La respiración de la negra se aceleró -- Así el amo Rubén calienta a su amante antes de penetrarla.

-- Negro mentiroso, ¿cómo sabés eso? -- Felipa los interrumpió asqueada. La pareja se separó al instante intimidados por la aparición inesperada de Felipa.

-- No miento, me lo dijo el amo -- el negro la enfrentó con altanería mientras trataba de esconder la erección.

Nunca se le mencionó a Rosario, pero intuía que su amiga estaba al tanto de los deslices de su marido.

-- No me engañás Rori -- insistió Pipa recordando aquel momento embarazoso -- Sé que Rubén es un hijo de puta, no me lo ocultes más. ¿Acaso no confiás en mí? -- hablaba en voz baja. No quería despertar a doña Rosaura. Ella debía mantenerse al margen de esa nefasta situación, al menos hasta su total recuperación.

Rosario se mantuvo callada, las lágrimas pugnaban por derramarse hasta que finalmente la contención se quebró y comenzó a llorar quedamente para no perturbar a su madre.

-- Es verdad Pipa, Rubén me maltrata. Nunca me quiso y yo fui una necia que no aceptó los consejos de los que realmente me quieren. Perdón, perdón -- se desarmó.

-- Voy a hablar con Felicitas. Juntas lo vamos a solucionar, vas a ver. ¡Ese malnacido va a pagar caro hacerte sufrir! Pero ahora tenés que serenarte. Primero es necesario encontrar el remedio para sanar a tu madre. Esta noche voy a lo de mi abuela, ella sabrá que hacer, no tengo dudas -- exclamó con convicción.

-- Rubén está en la estancia de Dolores supervisando la cosecha de trigo, de modo que eso es un alivio para mí -- suspiró Rosario secándose las lágrimas.

-- Sí, un verdadero alivio. Prometeme que si ese cerdo llega a violentarse me lo decís sin pérdida de tiempo. Lautaro nos va a ayudar. Él no va a permitir que te golpeé.

-- No, Pipa, no. A Lauti nada de esto. No debe enterarse. Rubén lo mataría. Por favor, no se lo cuentes -- le imploró desesperada.

-- Calmate Rori, no se lo voy a contar aunque no estoy de acuerdo. Y ahora trata de dormir un poco. Necesitamos estar fuertes para tu madre y a Rubén... ¡ojalá lo parta un rayo!

Rosario sonrió con tristeza anhelando que el deseo de Felipa se hiciera realidad.

Capítulo 10

Arribaron a la casa de la ciudad poco después del mediodía. Trasladaron a doña Rosaura a su habitación con sumo cuidado. Ella apenas se quejó. Una vez bien arropada en su cama y luego de tomar un caldo de verduras que toleró bien, durmió hasta bien entrada la tarde.

Rosario picoteó algo del guiso de liebre que se esmeró en cocinar Abelarda. Don Manuel estaba de buen humor. Algo inusual en él. Luego de almorzar se encerró en la biblioteca con el pretexto de estudiar algunas escrituras. Felipa comió en el dormitorio de doña Rosaura. Estaba inapetente pero se forzó a comer, debía tener energía para cuidar de Rosaura y Rosario. La puerta se abrió y Felipa pegó un respingo.

-- No te asustes, soy yo -- al ver a Felicitas casi se desmaya del alivio. Por un segundo pensó que era don Manuel.

-- ¡Felicitas!, ¡que alegría verte! -- dejó el plato de guiso sobre la cómoda y fue a su encuentro. Se abrazaron.

-- ¡Ey! Te alegras como si no me hubieras visto por años, ¿pasó algo en mi breve ausencia? -- remarcó con ironía.

-- Nada, nada, sólo que estoy muy preocupada por tu mamá. El médico que la atendió en el Retiro es un inepto, no logro que mejorara. Siento decir esto, pero la veo peor -- dijo con tristeza.

-- No me asustes Pipa. ¿Qué podemos hacer? -- Felicitas se sentó en la cama junto a su madre y la besó en la frente. Rosaura continuó durmiendo -- Al menos no tiene fiebre -- expresó con sosiego.

-- Durante todo el viaje Rosario la refrescó con paños húmedos. La mezcla de agua y vinagre resultó maravillosa para bajarle la fiebre y cuando llegamos le preparé una infusión de canela y miel que ayudó también.

-- Y hablando de Rosario, ¿dónde se metió? Pensé que la encontraría aquí -- se sorprendió Felicitas.

-- Estará descansando. Felicitas, debo contarte algo sobre Rori y Rubén -- al decir esto Felipa bajó aún más la voz.

-- ¡Uy Dios!, ¿que más sucedió? ¿Es que no puedo ausentarme que se cae el cielo cuando lo hago? -- explotó contrariada, ella también tenía problemas.

-- Baja la voz, no quiero que se despierte tu madre. Rubén le pega a Rosario. Debemos detenerlo.

-- ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Te lo contó ella? -- Felicitas comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación restregándose las manos.

-- Ella me dijo que la maltrata pero yo le vi varios moretones en el brazo. Rosario los oculta usando mantillas a pesar del calor. ¿Cómo lo detenemos Felicitas? -- Felipa perseguía a su amiga en su descontrolado caminar.

-- Matándolo -- aseveró con determinación.

-- Pero ¿que dices? Estas loca -- se asustó.

-- ¿Loca? La loca soy yo y ese hijo de puta, ¿qué es entonces? Le pega a mi hermana, a mi hermanita que es un ángel. ¡Maldito bastardo! Yo misma lo voy a matar, alimaña rastrera -- la rabia la asfixiaba y el dolor le comprimía el corazón.

-- ¿Felicitas? ¿Has vuelto? -- la voz frágil de Rosaura detuvo el peligroso diálogo.

-- Sí mamita, acá estoy. ¿Cómo te sentís? -- Felicitas hizo su mayor esfuerzo por calmarse y con una sonrisa luminosa se acercó a su madre.

-- Te noto nerviosa, ¿por qué? -- se inquietó.

-- No estoy nerviosa, un poco angustiada, sólo eso.

-- ¿Por mí?

-- No mamita, por Darío. El médico que consultamos no nos dio esperanza de cura -- Felicitas y Darío dos días antes habían regresado a la ciudad desde el Retiro para entrevistarse con el doctor Miguel O´Gorman recién llegado al país. En París había investigado sobre las causas que provocaban las crisis de Darío pero sin llegar a resultados contundentes. La droga que descubrió estaba en su fase experimental y se negaba a usar a Darío como conejillo de indias. Una desilusión más.

-- No pierdas la esperanza, querida -- balbuceó. ¿Por qué se sentía tan débil? Sus hijas la necesitaban y ella así...

-- Claro que no mamita. Soy una guerrera como vos -- Felicitas apoyó la cabeza en el pecho de su madre. Escuchar los latidos de su corazón la confortaron.

Esa noche, cuando constataron que todos dormían, especialmente Manuel, salieron con sigilo de la casa. La luz de la luna llena guió sus pasos hasta las caballerizas. Allí montaron en tres pingos briosos. Llegaron al camino principal y de ahí a galope tendido se dirigieron hasta el barrio de El Candombe. Filomena las esperaba. Las tres jinetes desmontaron y entraron con rapidez a la choza.

-- ¿Alguien las vio? -- preguntó con avidez la vieja.

-- Nadie, abuela. Todos dormían -- Felipa la abrazó y besó.

-- Felicitas, Rosario, ¡tanto tiempo sin verlas! -- las jóvenes se adelantaron y también ellas besaron a la negra.

-- Doña Filomena, ¿podrá curar a mi mamá? El médico la desahució -- comenzó Felicitas mientras Rosario lloraba.

-- Claro que sí, a doña Rosaura la están envenenando de a poco -- contestó categórica.

-- ¿Qué dice abuela? ¿Envenenando? -- Felipa estaba alelada. Felicitas y Rosario la miraban con ojos desorbitados. Todas se desplomaron sobre unas sillas desvencijadas.

-- ¿Qu...quién la está en..envenenando? -- tartamudeó Felicitas.

-- Tu tío, don Manuel -- expresó categórica.

-- ¿Cómo lo sabe abuela? -- preguntó con sorpresa.

-- Primero se toman este té de tilo que las va a tranquilizar. Es necesario que conversemos con calma -- inmediatamente les sirvió una taza a cada una que lo bebieron en silencio, reflexionando. Hasta Felicitas, siempre arrebatada, no opuso resistencia a la orden de Filomena.

-- Ya nos terminamos la infusión. Ahora díganos como sabe que a mi madre la está envenenando el tío Manuel. ¡Es su hermano, por Dios santo! -- explotó Felicitas.

-- ¡Es un monstruo!... como su hijo -- completó la frase Rosario. Todas las miradas se centraron en ella -- Ustedes me advirtieron sobre Rubén y yo no les hice caso. Doña Filo usted me aconsejó que me olvidara de él y yo, cegada por mi amor, me empeciné en ligar mi vida a la de ese gusano.

La negra se acercó a ella y la abrazó.

--No todo está dicho, querida. Siempre hay un camino para deshacer lo hecho. Confiá en mí -- Rosario la miró con ojos desorbitados. "Si pudiera ser eso cierto", pensó ilusionada.

-- Sí, doña Filo, siempre voy a confiar en usted. Pero ahora díganos cómo sabe que el tío está envenenado a nuestra madre.

-- Me lo dijeron las cartas y las cartas nunca se equivocan -- y las jóvenes le creyeron.

"Cómo no creerle si gracias a ella Darío sigue vivo", pensó agradecida Felicitas.

"Cómo no creerle si siempre me protegió, primero de los Torres y después de don Manuel", pensó con amor Felipa.

"Cómo no creerle si ella me advirtió que Rubén nunca me amaría y que su violencia sería la condena por mi necesidad", pensó abatida Rosario.

La vieja desapareció tras una cortina de algodón raída y regresó con un mazo de cartas. Se sentó a la mesa junto a ellas y comenzó a barajarlas. Mientras lo hacía comenzó a narrar una leyenda. Las jóvenes no apartaban la vista de los collares de cuentas amarillas y las pulseras de bronce que lucía la negra. Felipa era la primera vez que veía a su abuela con esos adornos.

-- Vagaba el hombre por los dominios de Mukuru, el dios creador, ignorante de su origen divino hasta que se encuentra con un orisha, un espíritu de bondad, que le regala el conocimiento. Tonce debe enfrentarse al placer, al poder y a las falsas creencias. Si elige el buen camino, su espíritu va a poder descubrir los secretos del alma y de esa manera, renacer. Nosotras hoy, nos ponemos tus manos Oshun, generosa diosa de los ríos, diosa de la Vida, y te suplicamos por la vida de doña Rosaura, que tu poder destruya al que le quiere hacer el mal -- luego de la súplica continuó -- Felicitas, por ser la hija mayor, cortá en dos el mazo. Pensá en tu madre.

La muchacha así lo hizo. Doña Filomena volvió a mezclar y luego le dijo que eligiera tres. Sin darlas vuelta, las colocó sobre el mantel rojo. Cuatro cabezas se inclinaron sobre la mesa redonda iluminada por la magia, atentas todas a la respuesta de Oshun. Doña Filomena las fue dando vuelta una por una.

-- Babalorixá es el hombre virtuoso, pero invertido representa el egoísmo. Es el hombre que corre detrás de sus propios intereses. Hasta es capaz de matar pa' conseguirlos. Oya, es la diosa del coraje, la guerrera -- dijo

señalando la segunda carta -Y por último Oxalá, el padre sabio, el dios protector.

-- ¿Qué dicen esas cartas doña Filo? -- quiso saber Rosario.

-- Cosas güenas y cosas malas -- fue su escueta respuesta.

-- Por favor abuelita, no nos deje en ascuas, díganos su interpretación -- le pidió angustiada Felipa.

-- Ahora, más que nunca, estoy segura que don Manuel quiere matar a la madre de ustedes. Las mismas cartas me salieron a mí anoche. Y no es casualidá, los orishas han hablado. Babalorixá es el hombre egoísta capaz de matar para conseguir su propósito. Don Manuel necesita algo de doña Rosaura y solamente de muerta se hará realidá. Pero doña Rosaura es Oya, una guerrera de espíritu juerte difícil de matar. Ella va a vencer, lo dice la tercer carta, Oxalá. Oxalá predice el fin de la enfermedá, la victoria.

-- ¿Por qué mi tío quiere matar a nuestra madre? -- preguntó irritada Felicitas.

-- Sacá otra carta -- la joven obedeció con prontitud -- Ajá, Xango. Xango, es la justicia, está relacionado con papeles...documentos de propiedades, ¿puede ser?

-- Sí, sí. Mamá firmó una sociedad con mi tío para la compra de unos campos pero resultó que estaban ocupados por una población indígena. Mi tío entonces, como es amigo de don Juan Manuel de Rosas, le pidió ayuda para expulsarlos. El coronel Rosas tiene un regimiento, "Los Colorados de Monte". Nuestra madre, al enterarse, se opuso. Ella está en contra del derramamiento de sangre. El tío se puso como una fiera pero ella mantuvo su posición -- les contó Felicitas. Su madre no tenía secretos con ella.

-- Así que la única forma que el tío pudiera hacerse con esas tierras sería sacando del medio a mamá y eso sería matándola --concluyó horrorizada Rosario.

-- ¿Los Colorados del Monte? En ese regimiento se incorporó Alejo para luchar contra las fuerzas de Estanislao López. ¿Él está al tanto de los deseos de su padre? -- se alarmó Felipa.

-- No lo creo, Alejo tiene una sola cosa en su cabeza hueca...vos, Felipa. El que sí debe saber es Rubén -- sentenció Felicitas.

-- Últimamente lo pesqué muchas veces conversando en voz baja con su padre y cuando yo aparecía cambiaban inmediatamente de tema --

Rosario estaba desconcertada aunque sabía que Rubén era capaz de todo por dinero. Hasta casarse con ella sin amarla para después tratarla peor que a un perro sarnoso.

-- Doña Filomena, usted dijo que mi tío está envenenando a nuestra madre. ¿Sabe cuál es el veneno? -- la apuró Felicitas.

-- Por los síntomas que me describió la Felipa hace unos días, creo que le está dando arsénico. Siguramente lo está poniendo en el agua de doña Rosaura o quizás en sus comidas. No lo dejen solo con ella y no permitan que le de de beber o comer. Vigilen sus movimientos -- les encomendó la vieja.

-- Ahora les voy a dar un menjunje para quitar del estómago el maldito veneno. Va a vomitar hasta las entrañas, pero eso la va a salvar -- agregó doña Filomena y acto seguido volvió a desaparecer en el cuarto de atrás.

Las jóvenes se miraron anonadadas. Lo que estaba sucediendo superaba cualquier novela de intriga de los folletines literarios que leían a escondidas cuando eran niñas.

Doña Filomena apareció esta vez con una paloma. Sin dudarle, le retorció el cogote y con un cuchillo la abrió en dos. Segundos después le arrancó el corazón y lo depositó en un mortero de piedra. La sangre la juntó en un frasco. Luego cortó en trozos pequeños el corazón, agregó semillas de girasol y pétalos de geranio, la flor preferida de Oshun. Trituró todos los ingredientes y le agregó una cuchara de miel. Colocó la misteriosa mezcla en un recipiente de gres y lo tapó con un lienzo. Las amigas observaban en silencio, hechizadas por los movimientos certeros de la negra.

-- Esto se lo van a dar a doña Rosaura ni bien regresen. Queda poco tiempo, debemos apurarnos. Como les dije, primero va a vomitar hasta las tripas. No se asusten, tiene que limpiarse. Cuando pasen las arcadas debe tomar mucha agua. Tiene que mear mucho, también pa' limpiarse. Mañana por la noche va a estar como nueva. Confíen, la voluntad de Oshun es que su madre viva. Y antes de que se vayan quiero que cada una saque una carta del maso.

Felicitas fue la primera.

-- Yemayá, la diosa de la fertilidad. Esta carta anuncia un embarazo -- Felicitas no se sorprendió. Una semana atrás confirmó sus sospechas, esperaba un hijo de Darío.

-- Esto es increíble, las cartas dicen la verdad! -- exclamó convencida. Felipa y Rosario la abrazaron felices.

La negra se quitó una de las pulseras de bronce y se la puso a la joven.

-- El bronce es el metal de Oshun, ella te va a proteger y a tu crío también. Es un amuleto poderoso, no te desprendas de él.

Rosario fue la siguiente. Eligió la carta con temor.

-- Oba, espíritu de la fidelidá. Cerca tuyo hay un hombre que te quiere con sinceridá. Va a arriesgar su vida por vo' pero todo va a salir bien, no tengás miedo.

"Es Lautaro, lo sé", cantó el corazón de Rosario.

Felipa pensó en Alejo y señaló la carta.

-- La tierra. Esta carta anuncia un viaje que puede ser peligroso, un distanciamiento.

-- Abuela, ¿qué significa eso? ¿Voy a perder a Alejo? -- se desesperó.

-- No lo sé querida, no lo sé. Pero te prometo que voy a rezar por voS a Oshun pa' que los proteja de todo mal.

Felipa abrazó llorando a su abuela. Sus pensamientos volaron hacia Alejo. "¿Dónde estás amor? ¿Te volveré a ver?"

Cuando las jóvenes partieron, doña Filomena cavó un pozo en la huerta, entre el tomillo y la menta. Allí enterró a la paloma. Regó la tumba con la sangre mientras desgranaba una oración a los oshibas, a los espíritus que todo lo ven y todo lo saben.

"Doña Rosaura pronto va a estar bien, sin embargo el diablo está llamando a don Manuel", tarareó mientras su contoneaba al ritmo de una melodía imaginaria.

Capítulo 11

San Nicolás de los Arroyos, 2 de agosto de 1820

"Aquí estoy amor mío, en el campamento, mi único hogar en este largo tiempo lejos de ti. Acerco mis manos entumecidas por el frío que arrecia esta noche en la pequeña fogata que uno de mis compañeros encendió en un vano intento por calentar nuestros cuerpos desprovistos de abrigo. Uno de los oficiales nos repartió algunos ponchos y quillangos, pero no es suficiente. Igualmente en la lucha se nos olvida el frío y el hambre, sólo pensamos en matar para vencer...y ayer, finalmente, lo logramos. Por un momento tuve la esperanza de que volveríamos a nuestras casas, pero todo fue una tonta ilusión. El gobernador Dorrego insiste en enfrentar nuevamente a López y esta vez en territorio santafesino, en los pagos de Pavón. Don Juan Manuel y don Martín no están muy convencidos, sin embargo aflojaron ante la insistencia entusiasta de Dorrego. ¡Mala suerte!, otra vez a poner el cuerpo en el campo de batalla. A esta altura ya no sé por qué peleo, creo que ya nadie lo sabe. Muy poco me importa la hegemonía política de Buenos Aires o el entuerto provocado por la distribución de rentas de la aduana. Mi mayor deseo es huir de este cenegal de sangre y carne y regresar a tus brazos, mi nido, mi hogar verdadero. Muchos de mis compañeros, amigos todos, yacen en el campo de batalla...muchos más caerán. Ayer, las aguas del arroyo Yaguarón se tiñeron de rojo, ver semejante masacre me revolvió las tripas. Privaciones, sangre, frío...así vivo. Sólo tu recuerdo, Pipa, me fortalece en el momento de enfrentar cara a cara a la muerte. Estoy harto, de patriotismo ya no me queda nada. ¡Ay, mi vida!, debo doblegar mi espíritu rebelde para no desertar y correr a tu encuentro. Debo frenar mi furia para acatar las órdenes de mis superiores, a veces ridículas. ¿Cómo esperan que lancemos ofensiva tras ofensiva cuando las enfermedades, el cansancio, el frío y el hambre están haciendo estragos? Nos gritan : Prepárense para el ataque, y entonces, un rayo me atraviesa. Algunos compañeros se santiguan y otros comienzan a tartamudear plegarias encomendándose a los santos. Yo beso tu recuerdo y me lanzo al ataque. Don Juan Manuel me mintió. Me dijo que la derrota del caudillo santafesino sería rápida y contundente. Desde que partí del Retiro en febrero ya pasaron seis meses y sin obtener un resultado que satisfaga al gobernador. ¡Maldigo el día en que acepté participar en esta campaña! Y vos tan lejos y desprotegida. Volveré pronto Pipa y ya nada ni nadie podrá separarnos. Lo juro".

Así reflexionaba Alejo mientras vaciaba una botella de ginebra y se hundía en la tristeza.

-- ¿Qué le pasa aparcero? ¿Por qué esa cara de carnero degollao? -- el soldado raso Molina, un mulato fortachón de sonrisa franca, le palmeó la

espalda y se sentó junto a él cerca del fuego.

-- ¿Y qué me va a pasar? ¡Que estoy hasta el caracú de esta guerra sin fin! -- le respondió Alejo escupiendo cada una de las palabras.

-- No se me enoje. ¿Acaso no le dimos fiero ayer a los santafesinos? -- dijo aceptando un trago de ginebra que le ofreció Alejo.

-- Es verdad, pero Dorrego quiere seguir a López en sus tierras. Lo quiere aniquilar __ Alejo armó dos cigarros de chala, uno para él y otro para el mulato.

-- ¡Ahh!, fumar me sienta bien -- suspiró Molina mientras saboreaba el tabaco -- Sí, eso escuché. Sin embargo, me parece que el coronel Rosas no está pa´nada de acuerdo con el gobernador.

-- ¿Quién le dijo eso? -- se entusiasmó Alejo.

-- El tuerto Medina. La otra noche le estaba cebando mate a don Juan Manuel y a don Martín y les escuchó decir que esto no daba pa´más...¿me da otro traguito de ginebra?

-- Tome, tome. Gracias Molina, me alegró la noche -- la esperanza volvió a nacer en Alejo. Si lo que le dijo el mulato era verdad en breve estaría de regreso en Buenos Aires y huiría con Felipa.

El 12 de agosto de 1820 amaneció nublado. Una tormenta amenazaba desatarse sobre las filas de hombres que, taciturnos, marchaban hacia una nueva batalla esta vez en la localidad de Pavón.

Alejo, montado en su zaino, tejía pensamientos oscuros cargados de desazón. "Si aquí no termina esta lucha, yo deserto", resolvió decidido.

Dorrego estaba preocupado por la baja moral de sus tropas, sin embargo esto no lo amedrentó y siguió adelante con su propósito: aniquilar a López y regresar victorioso a Buenos Aires. Por otra parte, lo alentaba la férrea disciplina de sus hombres. Estaba seguro, no lo defraudarían.

El enfrentamiento se prolongó hasta el atardecer. Los porteños derrotaron a los rebeldes y López se retiró hacia el norte de su provincia.

Dorrego, no satisfecho con este triunfo, se propuso perseguir al caudillo santafesino aunque sin contar con el apoyo de Rosas y Rodríguez, que hartos de la necia obstinación del gobernador, resolvieron abandonar la

campaña.

La mañana del 13 de agosto los "Colorados del Monte" emprendieron el regreso con un resabio amargo en la boca pero felices por retornar a sus hogares.

Mientras tanto, Estanislao López empujó a Dorrego hasta un campo que eligió previamente. Allí los porteños pasaron la noche y a la mañana siguiente, la mayor parte de sus caballos estaban muertos ya que el pasto de ese campo eran venenosos.

La batalla del 2 de septiembre fue una brillante victoria de López, que puso en acción una fuerza más o menos equivalente a la de Dorrego. Con ellos logró envolver a las tropas porteñas hasta obligarlas a retirarse. La persecución fue terriblemente sangrienta, hasta llevar a López a ordenar suspenderla impresionado por ver correr tanta sangre en una guerra civil: en total murieron 320 hombres del ejército porteño.

Alejo se enteró de la masacre a poco de llegar a su casa. Recibió la noticia con dolor y rabia. "Tantos compañeros muertos por el capricho de un hombre que sólo busca la gloria personal", pensó contrariado pero festejó la destitución de Manuel Dorrego. Ahora su comandante, Martín Rodríguez era el nuevo gobernador de Buenos Aires.

Azuzó al zaino con el rebenque para apurar el galope. Desesperaba por abrazar y besar a Felipa. ¿Cómo la encontraría? ¿Lo estaría esperando? ¿Lo seguiría amando con la misma intensidad que lo hacía él?

Cuando Alejo partió en el mes de febrero para unirse a "Los Colorados del Monte", Felipa sangró de dolor. Sin el amparo de Alejo se sentía desprotegida y vulnerable. Don Manuel la aterraba, siempre en las sombras esperándola como lo hace el puma a su presa.

Muchas veces durante la ausencia del muchacho tuvo que huir del acoso del viejo que gozaba susurrándole palabras obscenas. Una noche, mientras dormía en su habitación, sintió sus manos sudorosas sobre sus pechos desnudos. Pegó un salto aterrorizada y ahí estaba él, mirándola con ojos libidinosos y una sonrisa cínica. "¡Estúpida!, ¿cómo olvidé trabar la puerta?", pensó desorientada.

Felipa se acurrucó en un rincón de la cama, apoyada la espalda contra la pared. Comenzó a temblar, la lengua anudada incapaz de pedir auxilio. Además, ¿quién la ayudaría? Doña Rosaura apenas se restablecía y sus amigas dormían en el otro extremo de la casa. No la escucharían. "¡Alejo!, ¡Alejo!, ¿dónde estás?", gritaba su corazón en cada latido acelerado.

-- ¡Fuera! -- atinó decir.

Manuel rió de buena gana. Sabía que nadie lo detendría. Esa noche por fin la haría suya. La penetraría royéndole las entrañas. Se tiró encima de ella y comenzó a besarla. Como un salvaje, le mordió los labios para que abriera la boca y poder devorarla con su lengua. Felipa pateaba intentando separarse de él pero el hombre la tenía sujeta de las manos con fuerza. Le arrancó de un tirón el sencillo camisón de batista y admiró desquiciado el cuerpo generoso que durante tanto tiempo lo desvelaba.

-- ¡Por fin serás mía, puta!-- exclamó excitado.

Se bajó el pantalón ante la turbación de Felipa. Ver la erección del viejo le dio náuseas. "¡Morenita, ayúdame!", le suplicó a su Virgen.

La Virgen no la escuchó y el bastardo la penetró con violencia. Ella consiguió gritar, un aullido sordo y penetrante que hizo temblar la casa. De repente y antes que Manuel derramara el semen dentro de ella, entró Rosaura en el dormitorio y con una estatuilla de madera golpeó la cabeza de su hermano que cayó inconsciente sobre Felipa. De un solo movimiento rápido, ella se lo quitó de encima, con asco, con repugnancia. Manuel cayó al suelo y allí quedó hasta que uno de los esclavos lo trasladó a su habitación.

Felipa lloró con amargura abrazada a doña Rosaura. Si no hubiera sido por su intervención ella llevaría en su vientre la simiente del viejo.

Ahora, al recordar ese atroz momento Felipa rezó para que Alejo nunca se enterara. Si eso sucediera algo terrible e irreparable sucedería....

Desde esa noche, Manuel nunca más se acercó a Felipa. Se mantenía apartado, pero la joven siempre sentía el peso de su mirada persiguiéndola, torturándola.

A partir de aquella noche comenzó a dormir en el cuarto de doña Rosaura. La mujer, ya recuperada totalmente, era su escudo. Nunca le mencionó lo sucedido ni a Felicitas ni a Rosario; ni siquiera a su abuela Filomena. Cuántos menos lo supieran, mejor. Si Lautaro llegara a enterarse no dudaría en contárselo a Alejo y entonces...El esclavo que las ayudó se mantendría cayado bajo la amenaza de recibir cien latigazos si abría la boca. Era la primera vez que doña Rosaura tomaba semejante determinación.

La relación entre los hermanos Gómez Castañón se volvió tensa, no sólo por lo sucedido con Felipa, sino también por las tierras que Manuel pergeñaba arrebatarse a los ranqueles.

Rosaura se oponía rotundamente pero Manuel ya tenía trazado un plan y estaba dispuesto a ponerlo en práctica. Lo único que lamentaba era que su hermana se hubiera repuesto. ¿Cómo habían descubierto que todas las noches, mientras él la cuidaba, aprovechaba a mezclar arsénico en el agua de la jarra? Manuel sospechaba de doña Filomena, la muy zorra y sus artimañas de magia negra siembre desbarataban sus planes. Ya se encargaría de ella también.

Aún le dolía la cabeza por el golpe que le había dado su hermana la noche que violó a Felipa. Bien lo valía, sonrió al recordar. Pronto tendría una segunda oportunidad y esa vez nadie osaría interrumpir.

Si bien Rosaura lo vigilaba como un halcón a su cría, la astucia de Manuel lograba engañarla. Dos noches a la semana fingía asistir a "La Posada", un café de paredes de intenso color rojo ubicado a seiscientos metros del Cabildo y donde solían reunirse los patriotas luego de intensas jornadas de discusión sobre temas políticos para emborracharse y jugar a los dados.

Manuel, en realidad, acudía a la casa del doctor Arriaga donde ultimaban los detalles para apropiarse de las tierras que ocupaban los ranqueles en las Salinas Grandes al sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Estas tierras eran de vital importancia para los saladeros de la provincia. Manuel planeaba crear un circuito comercial donde un asiduo tránsito de carretas portarían las preciadas planchas de sal.

-- Don Manuel, ¿no le parece muy audaz lo que se propone? - dudó el doctor secándose la transpiración de la frente con un pañuelo de delicado encaje.

Manuel lo miró asqueado por su repulsiva cobardía. "No se fíe de él padre, es un mariposón pusilánime", le había advertido Rubén. "Lo necesito, hijo, lo necesito. El doctorcito conoce la forma de diseminar el virus de la varicela sobre la población de los rankulches. Lamentablemente dependo de él para llevar adelante mi plan", suspiró fastidiado.

-- Para nada, mi estimado doctor -- le respondió al tiempo que encendía un cigarro -- ¿Acaso su merced piensa abandonarme? -- Manuel lo observó con suspicacia elevando la ceja derecha.

El doctor Arriaga se echó hacia atrás repatingándose en el sillón.

-- No, no, lejos de mí semejante suposición mi estimado señor - dijo tragando saliva. Arriaga estaba arrepentido de haberse dejado envolver por Manuel y ahora no sabía como salir del embrollo en el que se había metido.

-- Bueno, basta de palabrerío y vayamos al grano. ¿Tiene usted lo que le he encargado? -- preguntó arrojando el humo del cigarro en el rostro apergaminado del doctor.

-- Esta noche lo tendrá a su disposición -- respondió transpirando, el fuego que chisporroteaba en la chimenea de la sala lo estaba asando. Se aflojó el corbatín, le faltaba el aire.

-- ¡Qué mal color tiene doctor! ¿Se siente mal? Le convendría tomar alguno de esos brebajes que recomienda a sus pacientes - se rió Manuel. "¡Maricón cobarde! Si algo sale mal yo mismo te rajaré el vientre", pensó mientras bebía una copa de carlón de gran cuerpo y de un azul intenso. Arriaga se sorprendió al notar que Manuel lo bebía sin rebajarlo con agua. Ese tipo de vino producido con las cepas de uva Garnacha eran de una alta gradación alcohólica y de una potencia aromática fuerte y persistente. Volvió a tragar saliva. Ese hombre era un verdadero animal y él, una presa pronta a ser devorada si no cumplía con lo estipulado.

-- Me voy doctor, no sin antes recordarle que no deben quedar cabos sueltos. Sólo usted, mi hijo Rubén y yo debemos saber lo que sucederá, los demás...bueno, no hace falta que le repita lo que debe hacer, ¿verdad?
-- Manuel clavó sus ojos fieros y duros como el pedernal en el hombre delgado que apenas podía mantenerse en pie.

-- Vaya tranquilo don Manuel, tengo todo bajo control - respondió con un hilo de voz, ni él mismo se lo creía.

-- Por su bien eso espero. Y hágame caso doctor, tómese uno de esos brebajes curatodo que usted prepara, sinceramente no lo veo bien --
Manuel tomó el sombrero y el bastón, montó en su caballo y se perdió entre las sombras de la noche mientras Arriaga temblaba escuchando sus sonoras carcajadas.

Una vez solo, el doctor Arriaga se sirvió una copa de cognac. La mano le temblaba. Bebió el cognac de un trago y llamó a su esclavo de confianza, un negro joven y musculoso del que disfrutaba varias noches a la semana. "Que pena tener que matarte", pensó desolado.

-- ¿Está todo listo? -- preguntó ocultando el miedo que lo embargaba.

-- Todo listo, amo. Lo tengo encerrado en el galpón metido en una bolsa de arpillera -- al negro no le había gustado la misión que le encomendara el doctor pero nunca tenía otra alternativa mas que obedecer, como tampoco le gustaba que su amo lo cogiera como si fuera una puta yegua.

-- Muy bien, andando -- le ordenó -- Acabemos con esto de una maldita

vez.

Galoparon en silencio, interrumpido de tanto en tanto por un suave quejido proveniente de la bolsa que llevaba el esclavo sobre su montura.

Llegaron a la tolдерía dos horas antes del amanecer. El doctor Arriaga se quedó cuidando los caballos oculto en un bosque de caldenes.

-- Abandonalo cerca de alguna vivienda. Tené cuidado, no deben verte. Aunque creo que los centinelas seguramente estarán ebrios como es su costumbre, de igual modo, sé precavido -- le insistió. Si los descubrían eran hombres muertos.

El negro hizo un gesto afirmativo con la cabeza y con la bolsa al hombro caminó con paso rápido hacia la tolдерía. Todos dormían. Los ranqueles que hacían guardia, también. El negro se arrodilló en la entrada de una de las viviendas hechas con toldos de cuero de vaca y allí, sobre la tierra húmeda, depositó su carga.

Abrió la bolsa y con cuidado, para no despertarlo, sacó un bebé de apenas unos meses infectado de varicela. El pequeño ni se inmutó, la infusión de passiflora que le había suministrado resultó efectiva. Por un instante dudó si estaba haciendo lo correcto. ¡Claro que no lo estaba haciendo! No podía mentirse más. Abandonar a ese inocente en medio de aquellos salvajes era una atrocidad. Pero la vida de su madre y la suya propia dependían de ese malintencionado acto.

"Perdón sobrinito", balbuceó mientras recordaba la promesa del doctor Arriaga de concederle la libertad a él y a su madre si lo ayudaba.

"Igual se va a morir. Esta enfermedad no perdona", se consoló el negro. "Pronto vas a estar en el cielo con tu madre". La mujer había muerto el día anterior por la misma enfermedad.

Con extremo sigilo regresó junto a su amo que lo esperaba con los nervios de punta. Sin decir palabra emprendieron el regreso. El negro, combatiendo con sus remordimientos; el doctor, aliviado y satisfecho. Sólo faltaba un detalle...

Cuando cruzaron el cauce del río Salado, Arriga desenfundó su trabuco y le disparó a mansalva al negro que lo miró sorprendido.

-- Lo siento, pero no puedo dejar cabos sueltos... Espero sepas comprender.

Capítulo 12

Buenos Aires, septiembre de 1820

Alejo entró a la casa por la cocina precedido por el canto del gallo rojo que dominaba en el gallinero de Abelarda. Era de madrugada, el sol apenas se desperezaba.

Se despojó del grueso poncho de lana de vicuña que dejó tirado sobre un banco de caderas y cuero de vaca. Se sentó cerca del fogón ya encendido. Abelarda pronto aparecería, seguramente con una canasta llena de huevos.

-- Y usted, ¿quién es? -- se sobresaltó Asunta. Tomó la escoba que estaba cerca de la puerta y se dispuso a golpear al desconocido.

-- Quieta negrita, soy yo, Alejo, ¿no me reconoces? -- el muchacho se paró de un salto y tomándola de la cintura la hizo girar. La negra, sorprendida, comenzó a reír.

-- Abájeme pué, patroncito, flor de susto me dio apareciéndose así de sopetón. La Felipa, ¿sabe que llegó? -- le preguntó mientras se arreglaba el delantal y ajustaba el moño del pañuelo rojo que sujetaba su cabello crespo.

-- No, recién llego. ¿Y Abe?

-- ¿Quién pregunta por mí? -- Abelarda apareció con dos canastas cargadas de hortalizas y huevos -- ¡Noo! ¿Alejo so'vo'? -- exclamó eufórica -- Mi niño, por fin, por fin, estás con nosotros de güelta -- canturreó abrazándolo con fuerza, las canastas olvidadas en el piso de ladrillo.

-- Tené cuidado Abelarda, me estas asfixiando -- rió Alejo correspondiendo el abrazo.

-- Y, ¿cómo estás? ¿Te hirieron? ¿Comiste bien? ¡Qué va!, si estás hecho un palo. Ahora mismo te preparo unas tortas fritas con unos huevos pasados por agua, ah...y unos güenos pedazos de panceta.

-- Suena apetitoso -- Alejo se sentó a la mesa mientras las negras corrían de un lado al otro preparando el succulento desayuno.

Media hora más tarde, cuando Alejo daba cuenta de su segundo plato de

mazamorra con canela, una voz detuvo su corazón.

-- Buenos días Abelarda, ¿está preparado el té para doña Ro...? -- Felipa se interrumpió al quedar frente a frente con Alejo.

-- Pipa, mi amor -- se acercó a ella y la apretó contra su pecho. La fragancia de la muchacha lo encendió. La besó en el cuello, detrás de la oreja. Felipa sintió como si un millar de hormigas corrieran por su piel -- Te extrañé hasta el delirio.

-- ¡Alejo! ¡Mi amor! ¡Por fin, por fin! -- Felipa lloraba colgada del cuello de Alejo -- Prometeme que nunca más vas a dejarme. ¡Basta de guerras! -- le suplicó feliz de tenerlo nuevamente junto a ella.

-- Te lo prometo -- y cuando intentó besarla en la boca, Abelarda los detuvo.

-- Bueno, bueno...basta de arrumacos que la están ruborizando a la Asunta. Alejo, corrí a bañarte que tenés un olor a bosta de caballo que apesta. No sé como lo aguantás Felipa...y afeitate. Esa barba pinchuda da impresión -- despotricó Abelarda conteniendo la risa. Alejo se olió la ropa y se pasó la mano por la tupida barba.

-- Es verdad, huelo a agua estancada. Felipa te espero en nuestro lugar dentro de una hora, allí estaremos a salvo de estas moscas molestas -- dijo dirigiendo una mirada intencionada a las negras. Abelarda, escandalizada, lo amenazó con el palo de amasar y Asunta, avergonzada, agachó la cabeza. Felipa rió divertida y luego de darle un ligero beso en los labios, se apresuró en llevarle el desayuno a doña Rosaura. Ese día le pertenecía por entero a Alejo y ella lo disfrutaría.

El buen humor de Alejo cambió drásticamente al pasar por la sala. Ver a su padre fue como un golpe directo al estómago.

-- Bueno, bueno, mira quien ha llegado -- dijo con sarcasmo - Combatir no hace mella en ti. A ver...pero si no has recibido rasguño alguno -- inspeccionó de arriba hacia abajo a su hijo con mirada de zorro.

-- ¡Que pena!, ¿no?, padre. Hubiera preferido que muriera en batalla, ¿verdad? Soy un estorbo para usted, siempre lo fui - expresó con dolor y enojo.

-- Pamplinas, son tontas ideas tuyas. Aunque debo ser franco contigo. Si no fuera porque eres mi hijo y te quiero, esa esclava que amas ya sería mía hace rato. Como ves respeto tus posesiones -- el cinismo de sus palabras impactaron en Alejo con más salvajismo que una bala.

Sin poder controlar su impulso, se arrojó sobre Manuel y tomándole de las solapas de su gabán le escupió con furia:

-- Si se atreves a tocarla, le juro que le arrancaré el corazón. No es una amenaza, es un juramento, padre.

-- Calma, calma, hijo. Veo que la violencia que has vivido en el campo de batalla te ha trastornado. Consultaré con el doctor Arriaga, seguramente él te recetará alguno de sus potajes que tranquilizarán tus nervios --
Manuel apartó a su hijo de él de un tirón. Luego acomodó su chaqueta con una sonrisa ficticia, en sus ojos había odio.

-- No estoy enfermo, padre y no necesito al doctor Arriaga ni las porquerías que prepara. Son puro veneno y Darío es testigo de ello -- se exaltó.

-- No calumnies al querido doctor. Desde hace un tiempo tu hermano está mucho mejor. Rara vez sufre esas patéticas...¿cómo es que las llama Felicitas? ¡Ah, sí!, convulsiones - Manuel se sentó en uno de los sillones, cruzó las piernas y miró con descaro a Alejo.

-- Si Darío está mejor es por Felicitas y el gran amor que los une. Ella consultó con otros médicos que echaron por tierra el diagnóstico de Arriaga y han cambiado el tratamiento obsoleto de su gran amigo Arriaga. Hasta comienzo a sospechar si acaso sus arcaicos conocimientos mataron a mamá -- enfrentó con audacia a su padre sacando a la luz un interrogante que lo atormentaba desde que Felicitas comenzó a dudar de la sapiencia del doctor.

-- ¡Basta de tonterías! Hasta aquí ha llegado mi paciencia contigo -- el hombre se paró con rapidez y se plantó frente a su hijo. Alejo le sostuvo la mirada. Finalmente Manuel se relajó disminuyendo la tensión entre ambos.

-- Y yo que te esperaba ansioso con una excelente noticia...

-- ¿Una noticia? Qué noticia? -- se alarmó el joven. Las buenas noticias para el padre, eran un desastre para la familia, exceptuando a Rubén, claro.

-- ¿Por qué esa cara? Ven, siéntate y toma una taza de café mientras te cuento -- Manuel lo tomó del brazo y lo condujo hasta un sillón, luego le sirvió la aromática infusión.

Tanta gentileza desconcertó al muchacho. "Aquí hay gato encerrado", pensó bebiendo el café que le calentó las entrañas.

Manuel también tomó asiento y también se sirvió una taza de humeante café. Era necesario poner a Alejo de su lado sino se vería obligado a hacerlo desaparecer. Nada ni nadie entorpecería sus planes y esta vez no fracasaría. Rosaura salvó su vida, pero afortunadamente las tierras ya le pertenecían cuando logró recuperarse y ahora ya era tarde para cualquier molesta intervención de su parte. Su hermana tuvo que aceptar su derrota y mantenerse callada por el bien de sus hijas.

-- ¿Qué has hecho Manuel? ¡Aniquilar un pueblo entero por esas malditas tierras! ¡Estás loco! Más que eso, ieres un asesino! Te desconozco -- le gritó descontrolada cuando se enteró de la tragedia.

En complicidad con el doctor Arriaga Manuel sembró el virus de la varicela entre los ranqueles. En menos de una semana muchos murieron y los que pudieron salvarse de la fulminante enfermedad huyeron hacia otras tierras.

-- Tranquila hermanita, cuida tu salud. El doctor Arriaga ha dicho que necesitas recuperar fuerzas y para eso debes descansar y no sobresaltarte. ¿Has comido? Veo que no has tocado tu almuerzo. Recuerda que el guiso de lentejas te dará la energía que necesitas para tu total recuperación.

-- ¡Me importa un carajo el maldito guiso de lentejas! -- y de un manotazo tiró el plato de loza derramando su contenido sobre la alfombra de su dormitorio.

-- Rosaura, que modo de hablar es ese... Yo sólo quiero tu bienestar y el de tus hijas. Doy gracias a Dios que aún estés con vida... aún hermanita, aún...recuérdalo -- Manuel clavó sus ojos con saña en ella. Rosaura intuyó con tristeza a que se refería : él había intentado envenenarla, su propio hermano, sangre de su sangre, por unos míseros terrenos -- Somos socios, Rosi -- la llamó como lo hacía cuando eran niños -- Lo que es mío es tuyo y viceversa. Si yo progreso, tú progresas. Compartimos la misma fortuna y las mismas culpas.

-- Pero yo me opuse a semejante locura, matar a tanta gente...- se esforzó por no llorar delante de ese monstruo pero no pudo.

-- ¿Gente? Pero si son indígenas, animales sin alma, parásitos de nuestra sociedad que se dedican a emborracharse y a robar. Créeme Rosi, le hemos hecho un bien a la Patria. Hazme caso, no pienses más en ello y disfruta que estás viva. ¡Ah!, y te recomiendo que no comentes lo que hemos conversado con tus queridas hijas ni con Felipa. Ellas deben permanecer al margen, si lo haces tendré que tomar medidas drásticas, ¿entendido? - la amenazó sin perder la sonrisa.

-- ¿Qué medidas? -- Rosaura tragó saliva con dificultad.

-- Las enviaré de viaje a Europa por tiempo indeterminado, lejos de ti, quizás nunca vuelvas a verlas. Dinero tendré de sobra con los saladeros que estoy, perdón, que estamos construyendo en los terrenos que adquirimos gracias a la generosidad de los ranqueles -- al decir esto Manuel rió como un desaforado.

-- Ellas nunca se irán -- lo enfrentó.

-- ¿Eso piensas? ¡Qué incrédula eres! Basta con que le haga creer a Felicitas que en Francia o en Inglaterra hay un médico capaz de curar a Darío y no dudará en hacer las maletas. Y Rosario, bueno, ella siempre hace lo que le ordena su marido - expresó con displicencia -- En cuanto a ti, el doctor Arriaga me ha propuesto enviarte a Córdoba, al convento de Santa Catalina. Allí, el aire saludable de las sierras y el cariño de las monjas ayudarán en tu recuperación. Felipa, por supuesto, se quedará en esta casa para mi atención personal. Por Alejo no te preocupes, el coronel Rosas tiene planes para él. Ya puse todas mis cartas sobre la mesa, ahora todo depende de ti, hermanita. ¿Seguirás poniéndote en mi contra o continuaremos viviendo todos juntos en armonía y disfrutando de los dividendos que nos darán los saladeros? -- Manuel, al concluir, observó satisfecho el rostro devastado de Rosaura. Había triunfado, su hermana ya no sería un obstáculo. La tenía controlada a ella y a su fortuna.

-- ¡Padre! ¿Cuál es la noticia? -- insistió impaciente Alejo al notar a Manuel abstraído en sus pensamientos.

-- Ya, ya -- dijo volviendo al presente -- Pondré a funcionar un saladero en el sudoeste de la provincia. Además de explotar las salinas proyecto crear una ruta que permita trasladar las planchas de sal hasta los diferentes saladeros que se establecen en Buenos Aires. "La Higueritas", de Rosas y Juan Terrero, es uno de mis clientes. Además acabo de pactar mi primera exportación de carne salada en buques ingleses a Cuba, ¿qué te parece? -- expresó orgulloso.

-- ¿Y cómo fue que te apropiaste de esas tierras? Y los ranqueles que vivían en esa zona, ¿dónde están? -- se alteró Alejo.

-- Me ofendes, Alejo. Yo no me apropié de las tierras, se las compré al gobierno -- respondió indignado.

-- ¿Y qué tiene que ver el gobierno si esas tierras pertenecen a los ranqueles? -- retrucó con igual indignación Alejo.

-- A esos pobres diablos se les permitió vivir allí para calmar sus ánimos y para que nos dejaran en paz, a nosotros, gente de buena cepa. El gobierno se las concedió a condición de que cesaran los malones y las

incursiones en las estancias de los alrededores. ¿O por qué crees que don Juan Manuel se vio en la necesidad de organizar a sus "Colorados del Monte? Porque estaba harto de esos salvajes sanguinarios.

-- Ellos reclaman lo que desde un principio les perteneció: las tierras que nosotros de a poco nos fuimos apropiando -- Alejo se sentía derrotado, sabía que discutir con su padre era inútil, nunca comprendería su postura, el sólo pensaba en aumentar el contenido de sus arcas.

-- No digas sandeces, cada vez que te escucho recuerdo a a tu madre, la gran samaritana. Siempre preocupándose por los todos menos por mí. ¡Vete!, desaparece de mi vista. Fui un necio al suponer que te alegrarías con la noticia. A ver si te enteras, gracias a mi esfuerzo y al de tu hermano hemos impedido que esta familia terminara comiendo bellotas como los cerdos. ¡Lárgate!, me avergüenza que seas mi hijo -

Manuel estaba fuera de sí, rojo como la grana. Una vena, asomada en su cuello, le latía acelerada.

-- Yo lo avergüenzo padre, yo, que usted mismo ha dicho, me parezco a mi madre, una mujer recta y generosa, que siempre veló por todos nosotros; y en cambio se enorgullece de Rubén, un hombre egoísta, violento y embustero. De él sí se enorgullece, ¿verdad, padre? --

exclamó con ira. Alejo apretó con fuerza sus manos formando puños. Un deseo intenso de trompear a su padre se había apoderado de él, pero debía contenerse, si lo hacía nunca se lo perdonaría porque a pesar de sí mismo, lo amaba.

-- Rubén es un verdadero Gómez Castañón, en cambio tú... - Alejo leía la decepción en los ojos de su padre.

-- Me voy padre. Ya no tendrá que avergonzarse de mí, me voy de esta casa y de su vida. Supongo que mi decisión lo hará feliz.

-- Muy feliz... -- sin embargo una puntada de dolor en las vísceras sorprendió a Manuel.

Capítulo 13

Mientras Alejo discutía con Manuel en la sala, Rosario soportaba en silencio los insultos de su marido.

Rubén se montó sobre ella, estaban en la cama y tomándola por los hombros le susurró al oído con saña.

-- ¡Zorra frígida! ¿Cómo querés que me se me pare? Con vos es imposible -- le gritó con rabia.

Rosario giró la cabeza hacia la pared, no quería ver el rostro desencajado de Rubén. Lo odiaba. Estaba harta de su maltrato. Apenas la tocaba y cuando lo hacía era para humillarla.

-- Andá tu amante, ella seguramente hará que se te pare - exclamó cansada de tanto atropello.

Sorprendido por arrebató de su esposa, Rubén la abofeteó con rabia.

-- ¡Callate! ¿Querés que todos en la casa te escuchen? -- y nuevamente la golpeó, esta vez en la boca del estómago quitándole la respiración -- Y no, no te equivocas, querida, mi amante es una verdadera gata en celo que me complace tremendamente. Por el único motivo que pierdo tiempo con vos es porque mi padre me ha exigido un heredero, pero ini para concebir servís!

Rosario, en posición fetal, lloraba su pérfido destino. Rubén se levantó de la cama y se vistió mirándola con asco.

-- Sos una floja, mujer. Siempre llorando como una chiquilla malcriada. ¡Basta ya, Rosario! Sabés que detesto verte llorar, me exasperás o, ¿es que querés más? -- Rubén rebuscó entre sus cosas hasta dar con el rebenque. Con una expresión malévola se acercó a la joven, arrancó con brusquedad la colcha que la cubría. Con violencia le aplicó dos rebencazos en las piernas desnudas. Rosario mordió la sábana para no gritar. Su madre no debía enterarse, un nuevo enfrentamiento con su tío podría ser fatal. Ya había intentado envenenarla, debía protegerla.

-- ¿Estás contenta Rosario? Lograste sacarme de quicio y recibiste tu merecido -- tiró a un costado el rebenque y continuó vistiéndose -- Parto hacia el saladero, regreso mañana por la noche -- la notificó antes de cerrar de con brusquedad la puerta. Rosario respiró aliviada.

Cuando se sintió con fuerzas, se levantó y llamó a Asunta. La negra se

asustó cuando la vio.

-- Señora, ¿qué le pasó? -- los morados del rostro y la piel blanca como la leche que revelaba los golpes del rebenque, pasmaron a la esclava.

-- Nada, Asunta, me resbalé al levantarme de la cama. Prepárame el baño
-- Rosario ansiaba sumergirse en el agua tibia para calmar el ardor de sus heridas.

Después del baño se sintió renovada. "Dos días de libertad", pensó entusiasmada. Asunta la ayudó a vestirse, una falda azul acampanada con volados en el ruedo y una blusa de encaje blanco. Con polvo de arroz disimuló el morado de la mejilla y se trenzó el cabello. Unas gotas de esencia de rosas detrás de las orejas y en el nacimiento de los pechos le levantaron el espíritu. Antes de bajar a desayunar pasó por el dormitorio de su madre.

-- Buenos días mamá, ¿cómo te sentís esta mañana? -- Rosaura estaba sentada en la cama con la bandeja del desayuno sobre sus piernas. El aroma del café recién molido la tentó.

-- ¡Qué rico huele ese café! -- expresó con una sonrisa.

-- Querida, ven, siéntate a mi lado y comparte conmigo estos buñuelos de manzana. Abelarda me quiere engordar como lo hace con los pavos para la cena navideña -- se rió y Rosario también lo hizo olvidándose por un momento lo vivido anteriormente.

-- ¡Ay mamita, que cosas decís! -- la joven abrazó a su madre y la llenó de besos.

-- Rori, ¡que cariñosa estás hoy! -- Rosaura volvió a reír abrazando ella también a su hija.

-- Es que te quiero mucho mamita y estoy muy feliz de verte sana --
Rosaura, emocionada, acarició la mejilla de su hija y al hacerlo notó lo que Rosario intentó ocultar.

-- ¡Hija! ¿Qué es esto? -- con dedos ágiles barrió el polvo de arroz quedando al descubierto un marca azulada -- Fue Rubén, ¿verdad? No lo niegues.

Rosario sin responder se acurrucó cerca de su madre como cuando era pequeña y buscaba protección en las noches de tormenta.

-- ¡Maldito sea el día en que consentí el casamiento! -- sollozó mientras rozaba los cabellos de su hija -- ¿Por qué no me lo dijiste? ¿No confías en

tu madre? -- le reclamó con ternura.

Rosario lentamente se separó de su madre, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y le sonrió con aflicción.

-- Mamá, sos la persona en que más confío, pero no podía confesártelo por miedo y vergüenza.

-- ¿Miedo? ¿Vergüenza? -- Rosaura quedó perpleja ante las afirmaciones de Rosario.

-- Vergüenza por haber sido tan necia que no supe escuchar tus consejos, ni los de Felicitas ni los de Felipa. Hasta doña Filomena me advirtió que estaba cometiendo un terrible error. Y ahora recibo mi castigo...

-- ¿Castigo?, pero que dices criatura. Tu no mereces castigo alguno. Aquí hay un solo culpable y es Rubén. Alcánzame la bata, iré a hablar con Rubén. Esto debe acabar de inmediato - Rosaura intentó levantarse pero Rosario la detuvo.

-- Rubén no está en la casa, acaba de marcharse al saladero.

-- Entonces hablaré con Manuel. Él debe frenar la violencia de su hijo -- ofuscada comenzó a caminar hacia la puerta.

-- Mamita, por favor. No quiero que hables con el tío, tengo miedo -- y comenzó a llorar.

-- ¿Por qué tienes miedo? -- Rosaura tomó la mano de Rosario y juntas se sentaron en una chaise longue que estaba junto al tocador.

-- Tengo miedo que el tío Manuel te haga daño. Ya lo intentó por oponerte a que usurpara las tierras de los ranqueles. ¡No quiero que te haga daño! -- le suplicó angustiada.

-- Tendré cuidado, ahora sé de lo que es capaz mi hermano. Comprende niña, no puedo permitir que tu marido te pegue, me niego a hacerlo -- dijo rotunda, ningún argumento la haría retroceder, debía defender a su hija.

-- Mamá, ellos son capaces de lo peor. Rubén me amenazó con apartarme de vos y de Felicitas encerrándome en la estancia de Capilla del Monte. Por favor mamá, es mejor callar -- volvió a suplicar con la angustia a flor de piel.

-- Entonces, tendrás que huir -- concluyó con firmeza.

-- ¿Y dejarte a merced del tío? Nunca -- dijo con firmeza secándose las lágrimas.

-- No seas terca, nada me sucederá. Ya me siento fuerte y con más energía que nunca. Manuel cree que me tiene en sus manos, pero se equivoca.

-- ¿Qué querés decir? -- preguntó extrañada.

-- Nada, nada , yo me entiendo -- jamás le revelaría a sus hijas que su hermano también la tenía amenazada, no las preocuparía. Ella se defendería y las defendería como lo había hecho desde la muerte de su marido. Felipa también estaba en sus pensamientos, no permitiría que Manuel le arruinara la vida. Por suerte había regresado Alejo. Ellos y Rosario debían huir.

-- Pon atención Rosario. Aprovechando que Rubén ha viajado, debes marcharte esta misma noche.

-- ¿A dónde? ¿Dónde voy a ir sola? Tengo miedo, si Rubén me encuentra me va a matar.

-- No digas pavadas, Rubén no te encontrará. Y deja de decir que tienes miedo, eres una mujer hecha y derecha que debe luchar por su felicidad, ¿entendido? Y ahora ve a buscar a Lautaro.

-- ¿A Lautaro? -- Rosario cada vez entendía menos.

-- Sí, a Lautaro. Y deja de mirarme como si fuera una desquiciada. Sé muy bien lo que digo y hago. No perdamos tiempo y ve por él, ¡ya! -- le ordenó con premura.

Rosaura empujó a Rosario hacia la puerta. La joven bajó las escaleras corriendo, con el corazón agitado y ligero como un pájaro en busca de la libertad. "Lautaro, ¿para qué quiere mi madre a Lautaro? ¿Sabrá ella que lo amo?" Pronto sabría la respuesta.

Cuando Alejo dejó a su padre con la palabra en la boca, furioso y a la vez perplejo por sus sentimientos para con su hijo menor, salió con la velocidad de un rayo en busca de Felipa. Sólo ella tenía la capacidad de darle sosiego, sólo ella le daba sentido a la vida. Estaría inquieta esperándolo en su refugio secreto, ya había pasado media hora de la cita propuesta en el desayuno.

Alejo apuró el paso. Atravesó todos los patios hasta llegar al último en donde estaban las caballerizas. Respiró con alivio por no encontrarse con

Abelarda, no tenía ganas de dar explicaciones. La muy chismosa seguramente habría escuchado con la oreja pegada en la puerta de la sala el enfrentamiento que había tenido con su padre. Su racha no duró mucho, Lautaro le salió al encuentro.

-- ¡Alejo!, ¿cuándo volviste, amigo? -- le dijo dándole un abrazo que Alejo correspondió con alegría a pesar de su apuro.

-- Esta mañana, bien temprano. ¿Cómo estás Lauti? Estos días con el viejo se te habrán hecho insoportables, ¿no? Reconocé que sin mí, todo es peor -- los dos rieron aunque la afirmación de Alejo no se alejaba de la verdad.

-- No quiero amargarte Alejo, recién llegás, pero tu viejo es un gran hijo de puta -- comenzó el indio mientras salían de la casa, atravesaban las calles en las que pululaban los distintos vendedores ambulantes y se encaminaban hacia el Paseo de la Alameda. A pocos metros de allí, a orillas del Plata y tras unos árboles centenarios se ocultaba el refugio de los amantes.

-- Eso no es ninguna novedad. ¿Qué hizo ahora? ¡Felipa! ¿Le hizo algo a Pipa? -- Alejo se detuvo bruscamente y zamarreó a Lautaro sintiendo que la ira lo consumía.

-- ¡No, no! Calmate. A la Pipa no le pasó nada. Como me pediste, nunca le saqué los ojos de encima -- lo tranquilizó. Lautaro no imaginó en ese momento cuanto se equivocaba.

-- Y entonces, ¿qué carajo pasó? -- dijo retomando la marcha y liando un cigarro de chala. Se lo ofreció al indio y luego se hizo otro para él.

-- Se apropió de las Salinas Grandes. Mi pueblo tuvo que huir hacia las sierras de Córdoba, bueno los pocos que quedaban - expresó con tristeza y rabia.

-- ¿Cómo los pocos que quedaban? ¿Qué significa eso? -- Alejo volvió a detenerse. Miró fijo a su amigo esperando una explicación, aunque temía oírla.

-- Sobre mi gente se desató una epidemia de varicela. Muchos murieron y como te dije, los pocos que se salvaron de la enfermedad abandonaron todo y escaparon -- Lautaro dio una pitada una última al cigarro y tiró con fuerza la colilla entre los matorrales que los rodeaban.

-- ¿Varicela? Pero, ¿cómo pasó? ¿Cómo se produjo el brote? - reanudaron la marcha, Alejo pasó su brazo sobre los hombros del indio como muestra

de afecto y condolencia por lo sucedido.

-- El negro Chamorro me contó que en "El Candombe" muchos murieron por la varicela. Y eso fue anterior a lo de mi pueblo.

-- Ahí vive doña Filomena... ella, ¿está bien? -- preguntó con temor.

-- Si, si, ella está bien. Gracias a doña Rosaura muchas familias se salvaron. Esa sí que es una gran dama. La pobrecita entuavía se estaba recuperando y le pidió a la Felicitas y a la Felipa que la llevaran al Cabildo. Ahí armó un alboroto de la gran puta, le tiró de los huevos a los consejales para que se ocuparan de esos infelices. ¡Mirá que tiene poder tu tía! -- expresó con regosijo.

-- El poder del dinero y el de un apellido con estirpe - respondió con sequedad.

-- Lo que sea, pero gracias a eso mismo que decís se ordenó aislar a los enfermos, se fumigó con un no sé que ácido y se hicieron hogueras en las que se quemó pólvora. Felicitas le pidió al doctor O'Gorman que pinchara a los negros con esa vacuna que cura la enfermedad...

-- Que la evita -- Alejo lo corrigió aunque sus pensamientos corrían por otro derrotero. "¡Y Pipa sola! Sola en semejante desastre. ¡Maldita sea la hora en que me fui!"

-- El buen doctor hasta les dio naranjete mezclado con...con... pucha no me acuerdo. Pero eso sí, esa mezcla le bajó la fiebre a los enfermos -- concluyó -- ¡Lástima que no hubo oportunidad de hacer lo mismo con mi pueblo! Todo pasó tan rápido -- suspiró contrariado -- Tu tía ni se enteró y cuando lo hizo ya era tarde. Además, después de lo del Candombe, tuvo una recaída pero por suerte ya está bien. ¿La viste?

-- No, no tuve tiempo -- respondió parco.

-- Pero Alejo, es tu tía y te quiere mucho. Siempre se preocupa por vos -- Lautaro se sorprendió del desinterés de Alejo por la salud de doña Rosaura.

-- No me vengas con reprimendas que ya tengo suficiente con mi padre. Ahora lo único que quiero es estar a solas con Pipa... Decime Lautaro, ¿creés que mi padre tuvo algo que ver con la epidemia que arrasó a tu pueblo? -- dijo saltando de un tema a otro.

-- Estoy seguro -- respondió sin vacilar -- y en complicidad con el doctor Arriaga.

-- ¿Cómo lo sabés? -- Alejo se sintió como un caldero gigante en donde su sangre comenzaba a bullir.

-- Me lo contó la Candela -- dijo mirando el suelo mientras pateaba una piedra fuera del camino.

-- ¿Quién?...¡Ah!, la negra liberta con la que te revolcaste un par de veces -- recordó y al hacerlo dio un empujón al indio en gesto de camaradería.

-- Sí, esa misma -- respondió cabizbajo.

-- Si, si. Mucho querer a Rori pero...

-- Pero la calentura puede más. Sí, y estoy avergonzado. VoS sabés Alejo que la Rosario es todo para mí -- Alejo sonrió ante la mirada de carnero degollado de su amigo.

-- Te comprendo y ahora contame lo que te dijo Candela.

-- Ella es amiga de una negra que tuvo la varicela. En realidá, toda la familia murió : los padres de la mujer y el marido, salvo el hijito recién nacido que también estaba enfermo y el hermano de la parturienta. Y fue el hermano, que es esclavo del doctor Arriaga, el que una noche se llevó al crío. La Candela lo vio cuando volvía al Candombe a la medianoche. Ella trabaja para doña Carlota, la dueña del prostíbulo que está en el Riachuelo. Seguro abandonó al crío en el tolderío y así se desparramó la enfermedá entre mi gente.

-- Puede ser pero no lo podemos probar...¿Y el hermano de esa mujer? -- la idea alentó a Alejo.

-- A ese negro parece que se lo comió la tierra. Un día me acerqué a la casa del doctor y le pregunté a una de las negritas que llegaba del mercado por el Jacinto, ese es el nombre del negro. Ella me dijo que hacía tiempo había desaparecido. "Se habrá escapado", me confió con esperanza y miedo.

-- Esto me huele mal, muy mal. Si mi padre y ese doctor tienen algo que ver, la van a pagar. Te lo juro amigo -- Lautaro sabía que Alejo no mentía, nunca mentía y la venganza los unió aún más -- Luego hablaremos más tendido sobre el tema. Debemos investigar, pero ahora voy con Felipa, me espera. Una cosa más, Lautaro, mi viejo me echó de casa así que me voy a hospedar en el Hotel Comercial, ese que está en el puerto, el dueño es un español que me conoce de niño y no congenia con mi padre. Eso es lo que más me gusta de él. Igualmente durante el día me podés encontrar en nuestra guarida. Eso será por unos días, nada más, porque pienso huir con Felipa -- declaró con entusiasmo, por fin se haría realidad su sueño: vivir su amor lejos de toda su familia, una familia opresiva y demandante.

Felipa sería sólo para él.

-- Yo también me marchó, Alejo. Estoy cansado de esta vida, no soy esclavo y me tratan como si lo fuera. ¡No doy más! - confesó abatido. Detuvieron una vez más la marcha y Alejo arrastró de un brazo a Lautaro hacia la sombra de un álamo. El sol del mediodía picaba la piel.

-- ¿Qué decís? ¿Y Rosario? -- le gritó alarmado por la decisión de su amigo, tonta y temeraria para su opinión.

-- Me voy para Córdoba siguiendo a mi pueblo. Mi tiempo con los blancos terminó -- expresó con determinación.

-- ¿Y Rori? ¿Y yo? Te necesito Lautaro.

-- Vos no me necesitás, vos tenés a la Felipa. Sin embargo, mi amistad la tenés hasta mi muerte -- dijo con los ojos humedecidos. No iba a llorar, él era un guerrero aunque hasta ese momento había vivido como un sirviente y de esa vida ya estaba asqueado.

-- Claro que te necesito, vos sos mi único amigo, el que me conoce como nadie, ni siquiera Felipa me conoce como vos. No quiero perderte Lautaro y creo firmemente que Rosario, tampoco. ¿Le dijiste que te vas?

-- ¿Para qué? Sé su respuesta: "Lautaro te quiero pero no puedo huir...mi marido...mi madre...mi hermana..."-- el pesar se traducía en las palabras.

-- Te comprendo. Pretextos y más pretextos. Lo mismo ocurre con Felipa, pero esta vez no se lo voy a permitir. Me voy con ella, esté de acuerdo o no. Y vos vas a hacer lo mismo con Rosario. Si no quieren venir con nosotros los secuestramos. Está resuelto -- los ojos de Alejo despedían chispas. El incendio se había iniciado y absolutamente nadie lo sofocaría y de eso Lautaro era consciente -- Felipa, Rosario y yo te seguimos a Córdoba. Nos ocultaremos en tu pueblo hasta que decida donde establecerme con Felipa. Vos y Rosario por fin serán libres de amarse como les venga en ganas. ¿Estás de acuerdo? - concluyó con firmeza.

Lautaro, sorprendido por la declaración de Alejo, apenas atinó a afirmar con la cabeza. En ese mismo momento una voz cantarina pronunció el nombre de Lautaro. Era Rosario que corría a su encuentro.

Alejo fijó la vista en el indio, le palmeó la espalda y con una sonrisa cómplice lo animó a llevar adelante el plan que acababan de idear.

-- ¡Alejo, qué alegría verte! -- Rosario abrazó a su primo aliviada de

tenerlo de vuelta luego de tantas batallas.

-- Lo mismo digo Rori y si me perdonás debo ir con Felipa -- y con un ligero ademán se despidió de su prima y de Lautaro.

-- Lauti, tenemos que hablar -- expresó ruborizada por la carrera.

-- Vení -- Lautaro la tomó de la mano y se sentaron sobre la hierba fresca amparados por la sombra del álamo.

-- ¡Huyamos, mi amor! Odio a Rubén, ya no lo soporto. ¡Huyamos esta misma noche! -- Lautaro disfrutó del sabor de las lágrimas de Rosario cuando ella se arrojó a sus brazos y comenzó a besarlo como nunca lo había hecho. Él, aturdido por la emoción, le respondió con la misma pasión.

-- Mi madre quiere verte. Ella nos ayudará a fugarnos -- con esta afirmación sorprendió aún más a Lautaro. Si esto era un sueño, no deseaba despertar jamás.

-- ¿Cómo? ¿Doña Rosaura sabe que nos queremos y está de acuerdo? -- Lautaro se sentía flotar en una pompa de jabón a punto de estallar.

-- Imagino que sí, sino por qué, entonces, me pediría que te buscara cuando le conté sobre la violencia de Rubén - mencionó con angustia.

-- Rubén, ¿te pegó? ¿Ese malnacido te pegó? -- Lautaro se enfureció, mataría a ese animal.

-- Sí, ya no puedo seguir mintiendo. Rubén me golpea y me humilla, es su diversión. Pero ahora eso no es lo importante, lo importante es nuestra huida, escaparnos para nunca regresar -- Rosario se abrazó con fuerza a Lautaro apoyando su cabeza en el pecho del indio. Los latidos del corazón de Lautaro retumbaban con la energía de los tambores de guerra. "Le voy a cortar la verga a esa mierda y se la voy a poner en la boca mientras lo deshollo vivo", repetía en cada beso que depositaba en la piel tersa de Rosario.

-- Vamos con doña Rosario -- le dijo mientras la ayudaba a ponerse de pie -- No la hagamos esperar.

Capítulo 14

Alejo llegó al refugio con la respiración acelerada. Ansiaba estrechar entre sus brazos a la mujer que le provocaba insomnio. Y allí estaba ella tan bella como la llevaba grabada en cada una de sus células. La amaba por encima de todo, hasta de su propia vida. Ella era su alma.

Felipa estaba de espaldas a la puerta principal. Miraba a través de la ventana el oleaje calmo del río.

Hacía más de una hora que lo esperaba y sin embargo su espíritu estaba en paz. Alejo había regresado y su mundo recobraba sentido. Lo había escuchado discutir con su padre y por un momento pensó que el viejo se jactaría del abuso que le infirió aquella tarde. ¡Sería un desastre! Sin duda, correría sangre y aquella posibilidad la hizo temblar. Pero la discusión fue tomando otros derroteros y ya más aliviada se alejó de ellos. Ahora todo lo que le importaba era descansar sobre el cuerpo tibio de Alejo, que la hiciera suya con la vehemencia que tanto la excitaba.

Él caminó lentamente hacia ella. Felipa lo sintió llegar, pero no se volvió, se quedó quieta...esperándolo. Alejo la abrazó por detrás. La apretó contra su cuerpo. Ella sonrió cuando la erección se manifestó en toda su plenitud.

-- No te imaginás cuanto extrañé tenerte de esta manera, extrañé tu aroma, extrañé pasar mi lengua por la calidez de tu cuello, extrañé perderme entre tus pechos -- a medida que describía lo iba haciendo. Felipa, con los ojos cerrados, dejaba que él la recorriera a su antojo. Ella también lo deseaba.

-- Pero sobre todo , extrañé estar dentro tuyo, penetrarte hasta las entrañas -- dicho esto la volvió hacia sí y con un solo movimiento le arrancó la pollera y le bajó los calzones. Ella apenas emitió un suave chillido que Alejo aprovechó para meter su lengua en esa boca que lo enloquecía. La saboreó enfebrecido por la excitación. Ella le quitó la camisa y deslizó sus manos por la espalda, una espalda musculosa, atravesada por cicatrices de heridas recibidas en el campo de batalla, una espalda sudorosa y el olor a sudor la excitó aún más.

Alejo la apoyó contra la pared y sujetándola por la cintura la levantó. Ella lo envolvió con las piernas y él la penetró con un solo embate con furia, con hambre, con devoción.

El orgasmo los aniquiló. Cayeron sin despegarse sobre un catre desvencijado que los contuvo como si fuera el nido más preciado. Los besos no cesaron, las caricias se multiplicaron. Las palabras sobraban, las miradas lo decían todo. Desnudos, entrelazados, bañados por el sol de la

tarde, se amaron con desesperación hasta ser sorprendidos por las sombras de la noche.

-- Alejo, te amo -- balbuceó Felipa -- No vuelvas a dejarme o voy a enloquecer -- las lágrimas comenzaron a correr como perlas por sus mejillas arreboladas.

-- Nunca más, te lo prometo -- y selló su promesa con un beso profundo en el nacimiento de los pechos. Felipa gimió de placer.

Alejo comenzó a vestirla con lentitud, devorándola con los ojos. Ella hizo lo mismo con él.

-- Pipa vayámonos de aquí, lejos...muy lejos. No te niegues, por favor -- el ruego de Alejo la hizo temblar. "¡Dios cuánto lo amo!", pensó asolada por ese amor irreverente, atronador y devoto que la atravesaba como una espada.

-- Cuando quieras -- al escuchar la respuesta, Alejo, abrazándola, la hizo girar por toda la estancia riendo y gritando: "¡Te quiero, te quiero!".

Lautaro y Rosario entraron por separado a la casa. El sol del mediodía comenzaba a caldear. Manuel no debía verlos juntos, sospecharía. Lautaro entró por la cocina.

-- ¡Por fin aparecés! -- Abelarda lo atajó en la puerta -- Tu porción de loco está más fría que beso e ´ suegra.

-- Igual no tengo hambre -- dijo lacónico.

-- ¿Cóoomooo? ¿Qué bicho te pico? ¿Estás enfermo, pué? -- se asombró la negra. El apetito del indio ya era leyenda. Una noche, en la festividad de la virgen Morena, se devoró medio novillo asado a la cruz para asombro de los negros que lo acompañaban. Por supuesto, todo regado con un buen tinto.

-- No, no. Me tengo que ir Abe, doña Rosaura me mandó llamar -- y con el apuro casi se la lleva por delante.

-- ¡Epa, m ´ hijo! -- dijo haciéndose a un lado -- Casi me tirás, indio retobao -- se quejó.

-- Perdón, perdón -- le gritó mientras se alejaba.

-- ¿Y pa ´ que te llamó la doña? -- le gritó ella a su vez. La curiosidad era su talón de Aquiles. Lautaro no le respondió, no la escuchaba, ya estaba

corriendo por el zaguán que lo llevaba a la sala.

Respiró con alivio al encontrar el salón desierto. Subió las escaleras con rapidez y sin aminorar el paso alcanzó el dormitorio de doña Rosaura. Golpeó la puerta con suavidad, la mano le sudaba. "¿Qué me irá a decir?", mascullaba con miedo y ansiedad.

-- Lautaro, pasa por favor -- el tono cordial en la voz de Rosaura lo alentó a no pensar en lo peor, separarlo de Rosario.

La mujer estaba sentada cómodamente en un sillón de terciopelo rojo. Vestía elegantemente. A su lado, Rosario permanecía expectante. Ella también era ajena a los planes de su madre.

-- Siéntate Lautaro -- dijo señalando una silla con el mismo tapizado del sillón.

El indio se sentó con timidez. Nunca había estado allí, le estaba vedado acceder al primer piso de la casa. Al observar la riqueza que lo rodeaba sintió vergüenza. ¿Qué podría ofrecer él a Rosario? Si ella era una princesa y él, un indio harapiento. Era una locura escapar con Rori, sin embargo era lo que más deseaba en la vida.

-- Lautaro, esta misma noche tienes que llevarte de aquí a Rosario...lo más lejos posible -- lo apremió.

El joven no podía creer lo que escuchaba. "Sin duda estoy soñando", se dijo.

-- Rubén está en el saladero y yo me ocuparé de distraer a mi hermano. Luego de la cena, deberán huir. Tengo una casa en Córdoba, al pie del cerro Champaquí en Yacanto. Es un pueblito perdido entre las sierras. Manuel y Rubén no saben que poseo esa propiedad. Antes de irnos a Francia mi marido se la compró a un lord inglés que fue socio de Alfredo Torres, el miserable que asedió por años a Andra, la madre de Felipa. Si mal no recuerdo el lord se llamaba Phillip Alvey. Lo conocimos en una tertulia. Una persona muy agradable.

-- ¿Phillip Alvey? -- saltó impresionada Rosario.

-- Sí, Phillip Alvey, ¿por qué lo preguntas? -- Rosaura interrogó perpleja a su hija.

-- Porque ese es el nombre del padre de Pipa. Siendo niñas ella nos contó la historia de amor que hubo entre sus padres. El se marchó a su país prometiéndole a Andra que regresaría por ella. Ella se enteró que estaba encinta tiempo después de su partida. La pobrecita se murió esperándolo -
- Rosario estaba anonadada por el descubrimiento al igual que Rosaura y

Lautaro.

-- Esa casa la mandó construir mister Phillips. Cierta vez, mi marido y yo, viajamos con él a Córdoba y al pasar por Yocanto quedó cautivado por el paisaje y el clima. Parece que el buen señor sufría de los bronquios y el aire puro de las sierras beneficiaba su salud. Hoy como ayer, el pueblito está formado por unas pocas chozas de adobe y los lugareños son gente sencilla y hospitalaria sin ser entrometidos. Allí estarán seguros. Y en cuanto a lo que me acabas de decir sobre Felipa...yo hablaré con ella, debe saber esto que acabo de contarles -- determinó Rosaura.

-- Doña Rosaura tengo que ser sincero con usted. Quiero a su hija, la quiero desde que éramos niños. Ya sé que soy un pobre indio que no tiene donde caerse muerto pero le prometo que me voy a deslomar trabajando para que a la Rori no le falte nada, se lo juro -- Lautaro se sentía en la obligación de confesarse ante esa señora valiente y gentil que jamás lo despreció.

-- Ya lo sé Lautaro, siempre lo supe. Lo descubrí en como mirabas a mi hija, en el tono de tu voz al hablarle. No soy tonta, yo también amé y fui amada. Estoy segura que la cuidarás...

-- Con mi propia vida -- la interrumpió con ímpetu.

-- Por eso te la confío, Lautaro. Y no te preocupes, no les faltará nada. Toma -- Rosaura le entregó un cofre lleno de reales que sacó de un cajón de la cómoda -- Este dinero es una ayuda para que se instalen en Yocanto y pongan en funcionamiento la finca. La tierra es fértil, podrán cultivarla y criar ganado si lo desean.

-- Mamita, gracias, ¡gracias! -- Rosario abrazó a su madre sin poder contener las lágrimas. Su madre comprendía y aceptaba el amor que la unía a Lautaro. Era inmensamente feliz.

-- Doña Rosaura, esto es demasiado yo no... -- Lautaro, cohibido por la generosidad de la mujer, intentó rechazar el regalo.

-- Aceptarás mi ayuda y no se hable más. Has trabajado desde pequeño para esta familia sufriendo injusticias y humillaciones. Manuel te ha tratado como un burro de carga. Muchas veces me opuse a ello, pero mi opinión siempre cayó en el vacío. Así que acepta este pago como resarcimiento por todos los años de abusos que has debido padecer -- Rosaura se levantó del sillón y se acercó a Lautaro, le tomó las manos y lo besó en ambas mejilla.

-- Gra-gra-gracias doña Rosaura -- tartamudeó emocionado, jamás lo

habían tratado con tanto cariño.

-- Bueno, bueno y ahora, a prepararse. Lautaro, ve a la despensa y recoge víveres para el viaje, que no te vea Abelarda. Es mejor que por ahora permanezca ajena a nuestros planes, confío en ella pero suele tener la lengua floja y entonces...

-- No se preocupe doña Rosaura voy a tener cuidado de que no me vea. Aprovecho que seguro está en el último patio colgando la ropa y busco las provisiones y las escucho en la caballeriza. Doña Rosaura... -- Lautaro no podía callar, debía decírselo.

-- ¿Qué pasa Lautaro? Basta de escrúpulos y acepta mi ayuda - se impacientó.

-- No, no es eso. Lo que pasa es que el Alejo y la Felipa se van a escapar con nosotros -- lo dijo de un tirón, no creía estar traicionando a su amigo, no con esta señora dispuesta a enfrentarse a la cólera del patrón por ellos.

-- Mejor aún. Dile a Alejo que necesito verlo, ¡ya! -- lo apremió, no había tiempo que perder.

Lautaro, sin poder controlar el impulso, besó en los labios a Rosario, un beso ligero como el aleteo de una mariposa pero que encerraba el fuego de una fragua.

Rosario se sonrojó al alzar la vista hacia su madre. Rosaura sonrió y Lautaro, con el corazón rebozante, se despidió con un leve gesto de cabeza.

Capítulo 15

Un poco más tarde Alejo hizo su aparición en el dormitorio de Rosaura. Se lo veía furioso aunque aparentaba serenidad. Rosaura dejó a un lado el libro que leía, "Meditaciones poéticas" de Alphonse de Lamartine, y clavó la vista en él. Él la miró desafiándola. Ella sonrió.

-- Alejo, ¡qué alegría volver a verte! - Rosaura se acercó a él y lo besó en ambas mejillas -- Ven, siéntate junto a mí -- dijo señalando una banqueta ubicada cerca de la ventana que daba al jardín.

-- Tía, veo que ya se ha recuperado. Me alegro -- Rosaura notó sinceridad en su sobrino a pesar de su parquedad y eso la complació.

-- Gracias al cuidado de mis hijas y de Felipa. Doña Filomena también tuvo mucho que ver en mi recuperación. Le estoy muy agradecida. Y a ti, ¿cómo te ha ido? -- se interesó.

-- Fue duro, toda batalla es dura...la muerte siempre te acompaña, pero por suerte aquí estoy, sano y salvo -- dijo con dureza. Alejo se mantenía a la defensiva. "Si la tía me pide que no huya con Pipa la mando a la mierda. Estoy cansado de reprimendas y consejos", pensó contrariado.

-- Me imagino querido, pero una nueva etapa se abre para ti. Lautaro me ha dicho que piensas fugarte con Felipa, ¿es así? - Alejo se levantó con ligereza y caminó hacia la puerta y luego volvió a sentarse.

-- Tía, nada podrá hacerme desistir. Estoy decidido...estamos decididos, nos vamos. Siento mucho que la necesite, pero ella es mía -- la mirada acerada del muchacho la conmovió, una mirada desafiante que transmitía valor. Nadie se opondría a su amor por Felipa, él no lo permitiría. Ella era sangre de su sangre.

-- Más errado no puedes estar, querido. Quiero que escapes con Felipa esta misma noche. Tú, ella, Rosario y Lautaro; los cuatro. Aquí corren peligro.

Alejo, impresionado por las palabras de su tía, quedó absorto.

-- Te has quedado mudo. ¿Que piensas? -- lo animó a responder.

-- Tía, nunca imaginé que me pediría semejante cosa. Pensé que debería enfrentarme a usted como lo hago con mi padre para realizar mis planes. Y usted...usted me concede lo que más anhele: vivir mi amor con Felipa libre de toda maledicencia. Hoy mi padre me echó de casa por no aceptar las reglas que siempre me impone. No quiero ser como él, un ladrón, un estafador, un hipócrita -- a pesar de las fuertes acusaciones que hacía

contra su padre, estas estaban teñidas de tristeza.

-- Mi querido, tú no te pareces a tu padre. La nobleza de tu madre es lo que te distingue dentro de esta familia. Bueno, aunque de tu padre has heredado la terquedad -- Rosario sonrió acariciándole la mejilla hirsuta, la barba de tres días acentuaba su atractivo.

-- ¿Te ha comentado Lautaro la conversación que mantuve con él y Rori?
-- continuó Rosaura.

-- No, sólo me dijo que quería verme. Eso sí, se lo veía muy feliz. Ahora entiendo por qué -- sonrió relajado, la tensión había desaparecido.

-- Alejo, hace bastante que conozco el vínculo que existe entre Lautaro y Rosario. Debo confesar que al principio me resistí a ello. ¿Mi hija con un indio? ¡Imposible! Pero después de su matrimonio con Rubén me di cuenta de lo errada que estaba. Rubén es el salvaje no Lautaro. Ese muchacho la trata con tanta delicadeza que me conmueve. Estoy segura que él la protegerá de cualquier peligro y el peor de ellos es precisamente Rubén. Por eso les pedí que huyeran a Córdoba aprovechando que tu hermano está visitando los saladeros. Allí poseo una finca en un pueblito perdido entre las sierras. Tú y Felipa huyan con ellos - Rosaura quebró en llanto, quería mantenerse calma y fuerte, pero la angustia pudo más.

-- ¡Gracias tía! -- dijo abrazándola _ Y ¿usted? ¿Estará bien? -- se preocupó.

-- Por supuesto querido. Felicitas y Darío están a mi lado. Además tengo a Abelarda -- ambos rieron. La negra era entrometida y curiosa, pero siempre estaba pendiente del menor deseo de su ama -- ¿Sabías que Felicitas está en estado de buena esperanza? -- agregó sonriendo y secándose las lágrimas.

-- ¡No! ¡Que gran noticia! Todavía no vi a Darío. Antes de irme lo voy a felicitar. Estoy muy feliz por él, ha pasado por momentos muy duros: su enfermedad, las humillaciones de Rubén, el desamor de papá. Desde la muerte de mamá vivió aislado, sumergido en la tristeza. Sólo Abelarda y yo éramos capaces de romper el cerco de soledad que se impuso. Claro, hasta que apareció Felicitas y el sol volvió a brillar en la vida de mi hermano. Felicitas es su salvación -- exclamó emocionado y Rosaura asintió.

-- Darío es lo mejor que le pasó a mi Felicitas. La hace inmensamente feliz. Ellos están en San Ignacio. Fueron a agradecerle a Dios por esta bendición. Tu padre cuando lo supo se quedó pasmado, luego abrazó a Darío...creo que es la primera vez desde que nos instalamos en esta casa que lo veo hacer semejante demostración de afecto y luego descorchó una botella de su mejor vino y brindamos -- Alejo escuchaba estupefacto, su

padre nunca abrazó a Darío, es más, apenas se le acercaba.

-- Fue un momento feliz, uno de los pocos que hemos vivido en estos meses. Todos lo disfrutamos salvo Rubén que al escuchar la noticia abandonó el salón como una flecha, una flecha envenenada, te diré -- concluyó Rosaura con seriedad -- Rosario lo vio ir y los ojos se le llenaron de lágrimas. Aunque ella trató de disimular su amargura, todos nos dimos cuenta. Rubén no ama a mi hija, la maltrata, por eso debe huir. Y Felipa también, ella ya no puede permanecer más en esta casa -- afirmó con rotundez.

Alejo quedó petrificado, ¿a qué se refería su tía?, ¿qué había sucedido mientras él estaba luchando por la patria?

-- Tía, ¿qué me intenta decir? -- preguntó temeroso de la respuesta.

-- Como te dije antes, Felipa corre peligro aquí, debes llevártela. No te diré más.

-- ¡Ah, no, tía! No me deje con ese entripado.¿ A que se refiere? ¿Por qué Pipa está en peligro? Es mi padre, ¿verdad? ¿Qué le hizo? _ hecho un león comenzó a caminar por toda la habitación.

-- No es hora de revancha, Alejo. Es hora de marcharse sin mirar hacia atrás, ¿de acuerdo? -- intentó disuadirlo sabiendo que sería muy difícil. Alejo era vengativo.

-- No, tía, no estoy de acuerdo. ¿Qué le hizo mi padre a Pipa? - repitió con agresividad. Rosaura que lo estaba siguiendo de cerca retrocedió asustada por la reacción de su sobrino.

-- Perdón tía, no quise asustarte pero estoy como loco. Necesito saber que le hizo mi padre a la mujer que amo -- dijo devastado apaciguada la furia anterior.

-- No me explico que sucede con Manuel. Mi hermano nunca se comportó así...

-- Así cómo -- la interrumpió impaciente.

-- Tu padre acosa a Felipa y yo tengo miedo por ella - finalmente le reveló la oscura verdad.

Alejo sintió que el corazón le estallaba. Sus manos en forma de puños marcaron las uñas en las palmas hasta hacerlas sangrar.

-- ¡Maldito viejo de mierda! ¡Lo voy a matar! -- Rosaura intentó detenerlo,

pero él, desquiciado, la empujó con fuerza y ella cayó sobre la cama.

-- ¡Alejo, Alejo! No cometas una locura -- le suplicó Rosaura ahora asomada en la puerta de su dormitorio.

-- La locura la cometió él, tía -- le gritó bajando la escalera.

Al bajar el último escalón se encontró con Abelarda que salía de la biblioteca. "El jerez de la tarde", pensó al ver que llevaba una pequeña bandeja de plata vacía.

-- Mi padre, ¿está en la biblioteca? -- preguntó destilando furia.

-- Sí, ¿qué pasa Alejo? Parecés un demonio recién salido del infierno -- se inquietó la negra haciéndose a un lado ante el paso raudo del joven.

-- No parezco, ilo soy! -- dijo dirigiéndose al encuentro de su padre. La negra se santiguó invocando a San La Muerte.

Entró como un vendaval en la biblioteca. Manuel, sentado en el escritorio, levantó la vista de unos documentos que estaba firmando para enfocarla en su hijo.

-- Creo haberte echado esta mañana. ¿Que haces aún aquí? ¡Lárgate de una buena vez! -- al gritar, el monóculo que acostumbraba usar cayó sobre los papeles que estudiaba.

-- Alejo se tiró sobre el escritorio y tomó a su padre de las solapas del gabán. Lo tironeó con rabia.

-- ¡Cómo se atrevió! ¡Cómo! -- Alejo sentía que la sangre le hervía. Su cuerpo clamaba venganza...muerte.

Manuel, lejos de amedrentarse, empujó con fuerza a su hijo, rodeó el escritorio y sin perder un segundo le lanzó una trompada directa a la nariz. No la fracturó, pero le provocó una hemorragia. La reacción de su padre no lo intimidó, se pasó el antebrazo por la nariz para secar el chorro de sangre que bajaba hasta su boca. Los dos medían su fuerza y astucia como dos pumas machos que buscan marcar su territorio.

Alejo se abalanzó sobre su padre trenzándose en una lucha cuerpo a cuerpo. Finalmente el joven sometió al viejo y agotado, se detuvo.

Alejo, como despertando de una pesadilla, se vio sobre su padre que lo observaba con el rostro desfigurado por los golpes. La culpa sobrevino y Alejo cargó al padre hasta uno de los sillones. El viejo respiraba con

dificultad.

-- Padre, ¿por qué me has empujado a esto? ¿Por qué busca mi destrucción? -- balbuceó consternado -- Pipa es lo que más quiero en este mundo, lo más sagrado para mi, padre. ¿Por qué trata siempre de quitarme todo lo que amo? Mi madre, mis amigos...¡Pipa! Ella es mi tesoro, padre. ¿Tanto me odia? ¿Por qué, padre?, ¿qué mal he hecho para que me castigue con Su desprecio? Quisiera odiarlo pero lo quiero , padre. Desde niño lo único que quise de usted fue una pequeña muestra de afecto, sólo eso padre, sólo eso -- Alejo, furioso consigo mismo por no poder doblegar sus más profundos sentimientos, no fue capaz de contener las lágrimas, que rebeldes se desgranaban por sus mejillas.

-- Perdón , hijo. Tengo un demonio que me impulsa a hacer cosas que en realidad me asquean y no lo puedo contener. Sólo tu madre me ayudaba a controlarlo, pero ahora ella no está...¡Vete hijo, vete ya, por tu bien y el mio , vete! Y no te sientas culpable, me merezco esta paliza. Pídele perdón a Felipa por mi, ella es maravillosa, cuídala...Alejo... -- Manuel haciendo un tremendo esfuerzo se incorporó apenas en el sillón -- Hijo, te quiero y ahora, vete -- confesó con los ojos llenos de lágrimas.

Alejo, emocionado por la revelación de su padre, se arrodilló frente a él y con cuidado de no provocarle dolor, lo abrazó por primera vez en su vida.

-- Gracias, padre -- y con el alma aligerada fue en busca de su destino.

Manuel permaneció en la biblioteca hasta el anochecer.

Antes de la cena, adelantando su regreso, llegó Rubén. Estaba de buen humor, los ingresos obtenidos en el comercio de carne salada iban prosperando a pasos agigantados. Fue directo a la biblioteca, allí encontraría a su padre y le daría las buenas nuevas. Celebrarían con un excelente jerez. Más tarde se deleitaría entre las piernas de su amante. Sonriendo entró en la biblioteca y lo que encontró lo dejó pasmado.

-- ¡Padre! ¿Qué le ocurrió? -- gritó al verlo en un estado catastrófico.

-- Tranquilo Rubén, acabo de tener un intercambio de opiniones con Alejo -- expresó con tranquilidad.

-- ¡Maldito gusano! Mire como lo ha dejado. ¿Cómo se siente? _ dijo con preocupación.

-- Bien, bien. Olvidemos el asunto, ¿quieres? Y dime, ¿como fue la inspección al saladero? -- preguntó con dificultad al hablar debido a los golpes recibidos.

-- Excelente, mejor imposible -- respondió ufano.

-- Me alegro, hijo. Ahora quiero que prestes atención a lo que voy a decirte porque no lo voy a repetir. Quiero que busques al cacique Carripilun. Creo que después de la epidemia de varicela guió a los sobrevivientes de su tribu a Córdoba, a un paraje cercano a Yacanto. Búscalos y entrégales las escrituras del saladero, le pertenece a los ranqueles, yo robé sus tierras con malas artes -- dijo tranquilizando su conciencia. Muchos habían muerto por su avaricia, incluso había intentado asesinar a su propia hermana.

-- ¿Qué dice padre? ¡Se ha vuelto loco! Jamás voy a hacer semejante disparate -- se exasperó.

-- Rubén no te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando -- dijo Manuel alzando la voz y una puntada en el costado izquierdo lo hizo callar.

-- Padre, necesitamos ese dinero. Son muchas las deudas que debemos cubrir. Si hago lo que ordena estaremos en la ruina, usted bien lo sabe -- Rubén, manteniendo la calma, trató de hacer entrar en razón a su padre.

-- Haz lo que te dije -- Manuel estaba resuelto a enmendar sus errores.

Rubén lo miró fijamente sopesando una decisión. Entonces, tomó el cortapapeles que estaba sobre el escritorio y sin dudarlo lo clavó en el cuello de Manuel. Luego encendió un cigarro, los preferidos de su padre, se apoyó contra el escritorio y se dispuso a esperar a que este muriera desangrado.

Mientras se le iba la vida, Manuel, miró a su hijo dilecto con tristeza. "¡Que necio fui! ¡Cuánto me equivoqué!".

Cuando Rubén se aseguró que su padre había muerto abrió la puerta de la biblioteca gritando:

-- ¡Ayuda! ¡Alejo mató a nuestro padre!

Capítulo 16

Capítulo 17

Lautaro estaba cargando las provisiones en una de las mulas cuando, de lejos, lo vio llegar.

"¿Pero este pedazo de mierda no volvía recién mañana?", y sus pensamientos volaron hasta Rosario.

"Que el hijo de puta no se de cuenta de nuestro plan sino... ¡ay! Rori, itengo que protegerte".

Decidido corrió hacia la casa, nada le importaba sólo la seguridad de Rosario.

Rosario también vio llegar a Rubén. Estaba asomada a la ventana de su dormitorio que daba al camino real y el corazón se le detuvo.

"¡Dios mío, no!", se aterrorizó. Inmediatamente escondió debajo de la cama el bolso que estaba preparando con sus pertenencias. Rubén no debía sospechar. Se sentó frente al espejo. Tomó un peine de plata de uno de los cajones del tocador y comenzó a peinarse con lentitud. Era necesario que se tranquilizara. Los segundos de espera se hicieron eternos. Ella, con la respiración acelerada, esperaba impaciente la irrupción del marido en la habitación. Pero eso no sucedía, ¿por qué?.

"Quizás este con su padre dándole cuenta de su viaje", supuso. Dejó el peine sobre el tocador, abrió la puerta y caminó tratando de hacer el menor ruido posible hasta el primer escalón. Se apoyó en la baranda de la escalera aguzando el oído para escuchar alguna conversación. Nada. Silencio. Regresó al dormitorio y con los nervios alterados continuó con la amarga espera.

De repente, unos gritos provenientes del salón le hicieron pegar un brinco.

"¡Virgen santa!, ¿qué sucede?", Rosario bajó con premura las escaleras.

Rosaura y Lautaro pusieron pie en el salón al mismo tiempo. Se miraron, ella intimidada; él, desolado. Rubén no advirtió la comunicación visual entre ellos. Corría como loco de un lado al otro del salón.

-- ¡Lo mató! ¡Lo mató! ¡Alejo mató a mi padre! -- vociferaba desquiciado.

-- ¿Qué decís? ¡Eso es imposible! -- Rosario, saliendo del enajenamiento, se concentró en lo que decía su marido.

-- Eso no es verdad -- atinó a objetar Lautaro.

-- ¿Qué? -- Rubén giró sobre sí mismo y clavó sus ojos fieros en el indio -- ¿Qué dijiste?

-- El Alejo no es un asesino -- lo enfrentó con firmeza.

-- ¡Cómo te atreves a poner en duda lo que digo, salvaje de mierda!

¡Desaparecé de mi vista!

Lautaro, hecho una fiera, se abalanzó sobre Rubén dispuesto a molerlo a golpes. La presión que lo embargaba estaba a punto de explotar, era un verdadero caldero en ebullición.

Antes de que se trenzaran en una pelea en la que el indio tenía todas las de perder, el castigo que recibiría por sublevarse a la autoridad blanca le costaría la vida, Rosario se interpuso entre ambos.

Lautaro, a su pesar, se detuvo. Rubén, en cambio, apartándola de un

empujón, le lanzó un puñetazo en la boca del estómago. El indio se recuperó en un segundo, los golpes no le hacían mella, tan acostumbrado estaba a ellos desde muy temprana edad. Inmediatamente le respondió con un cabezazo que impactó en la nariz. Rubén comenzó a sangrar y eso lo enfureció más. Ya fuera de control, lo tomó del cuello intentando estrangularlo. Los dos cayeron al piso derribando una mesa pequeña ubicada cerca de los sillones. Los objetos que descansaban sobre ella volaron hacia todos lados, entre ellos un candelabro de porcelana. Rubén, rojo como la grana, chillaba sobre Lautaro

-- ¡Morite hijo de puta! ¡Morite de una puta vez!

Lautaro estiró el brazo hasta alcanzar el candelabro que había aterrizado cerca suyo y con el último resto de fuerza que le quedaba lo estrelló en la cabeza de su oponente. El impacto no alcanzó para desmayarlo pero sí para que se viera libre de Rubén que cayó a un costado. Lautaro se levantó de un salto y comenzó a patearlo. Rubén sólo atinó a encogerse como un feto para defenderse del ataque.

Entonces Rosario corrió hacia Lautaro para detenerlo. Abelarda y Asunta, observaban la escena atónitas.

-- ¡Basta Lauti, basta!, lo vas a matar -- gimió desesperada abrazándolo por detrás.

Lautaro la miró obnubilado como despertando de una pesadilla, los ojos inyectados de sangre.

-- Y que importa si lo mato, se lo merece por todo lo que te hizo sufrir -- dijo mientras continuaba castigando a Rubén.

En ese momento llegó Alejo en busca de Felipa. La vio en lo alto de la escalera junto a su tía. Estaba pálida y temblorosa. Rosaura la contenía. Ellas, al igual que las esclavas, eran mudos testigos de la pelea que ocurría en el salón.

-- ¿Qué pasa? ¡Lautaro, pará!-- dirigiéndose a su amigo lo sostuvo de los brazos instándolo a frenar la golpiza.

-- Este malnacido dice que mataste a tu padre -- y remató la aseveración escupiendo sobre el rostro de Rubén.

-- ¡¿Qué?! ¿Mi padre está muerto? ¡Rubén! ¿Por qué me acusás? ¡Vamos!, ¡levantate y responde, carajo! -- Alejo pateó también a su hermano y este se incorporó con lentitud masajeándose la cabeza. Un hilo de sangre se deslizaba por la mejilla derecha.

-- ¡Vos lo mataste! ¡Asesino! -- le respondió desafiándolo. Poco a poco, Rubén iba recuperando la estabilidad --Y este andrajoso fue tu secuaz -- agregó con rencor señalando a Lautaro. Al observar que Rosario lo abrazaba, le dio un rodillazo en las pelotas. Lautaro aulló de dolor.

-- Eso es por cojerte a mi mujer. Acaso supusieron que no me había dado cuenta. ¡Putas! ¡Adúlteras! -- y para sorpresa de todos la abofeteó.

Rosaura corrió escaleras abajo y lo abofeteó a su vez, con asco y rencor.

-- Es la última vez que pones tu inmunda mano sobre mi hija - tronó enfurecida.

Lautaro, ya repuesto, se abalanzó nuevamente sobre Rubén pero Alejo se le adelantó.

-- Sos un mentiroso y un cobarde -- vociferó lanzándole un golpe en las

costillas. Rubén gimió y sin amedrentarse devolvió el golpe a su hermano.

Un disparo inmovilizó a todos. Felicitas en la puerta de entrada los observaba con un arma en la mano. Darío, que se había quedado conversando en la caballeriza con uno de los esclavos, corrió asustado hacia la casa. Cuando entró al salón se encontró con su mujer, tiesa como un adoquín, sosteniendo una Derringer, una pistola de bolsillo que había adquirido hacía poco de contrabando. Sin dudas, las relaciones sociales de Felicitas eran fuera de lo común para una mujer de su época.

-- Querida, ¿qué..._ la pregunta quedó suspendida en el aire cuando Darío presenció la escena que se desarrollaba frente a él: Rosario llorando en los brazos de su madre; Lautaro y Rubén manchados de sangre; Alejo, con la ropa desordenada hecho un demonio, Felipa sentada en el último escalón con el rostro escondido entre sus manos; Abelarda y Asunta observando todo con ojos de pescado.

-- No sé, al entrar me encuentro con estos tres locos matándose -- dijo sin perturbarse Felicitas. Ella siempre se mantenía fría en las situaciones límites, según su creencia era la mejor manera de afrontarlas y remediarlas.

-- ¡Rubén me acusa de matar a nuestro padre! -- explotó Alejo.

-- ¿El tío Manuel está muerto? -- Felicitas, anonadada, se desplomó en el sillón más cercano.

-- ¡¿Qué decís Alejo?! Nuestro padre, ¿muerto?, pero...¿cómo? -- Darío estaba tan perplejo como todos por la noticia -- ¿Dónde está?

-- En la biblioteca, donde luego de una discusión seguramente, ¡Alejo lo asesinó! -- insistió Rubén encarando a su hermano. Alejo intentó asestarle un golpe en el rostro pero Darío lo impidió.

-- ¡Basta de pelea! -- se impuso Darío para sorpresa de todos. Rosaura lo secundó.

-- Darío tiene razón -- Rosaura entró entonces en la biblioteca seguida por los demás. Todos rodearon el sillón donde encontraron el cadáver de Ildefonso. La única que lloró fue Rosaura.

-- ¿Por qué lo mataste Alejo? -- insistió Rubén fingiendo dolor.

-- A ver si te entra en esa cabeza de chorlito que tenés, ¡yo no lo maté! -- se exaltó Alejo --Tía, creeme, tuve una conversación con mi padre, dura al principio, pero luego, no sé, algo sucedió y él me demostró su afecto, me dio su bendición para que me fuera con Felipa, hasta me pidió perdón. ¡Don Manuel Gómez Castañón me pidió perdón! Te juro tía, yo no lo maté -- dijo mirándola a los ojos y ella le creyó.

Felipa tomó la mano de Alejo y él sintió que recobraba fuerzas. Con Pipa a su lado era capaz de enfrentar al mundo entero.

-- Hay que avisar al Jefe de Policía -- determinó con acritud Rubén -- No dilatemos más esta situación. ¡Que el asesino pague! -- escupió con rencor fijando la vista en Alejo.

-- Eso es, ¡llamalo! Veremos quien es el verdadero asesino -- desafió Alejo a su hermano.

Rubén salió de la habitación como un rayo maldiciendo en voz baja.

Rosario contuvo la respiración hasta que escuchó el portazo que anunció

la salida de su marido. Fue en ese instante cuando se volvió y abrazó a Lautaro.

-- Y ahora, ¿qué hacemos? -- le preguntó con el alma hecha trizas.

-- Irnos, mi amor, escapar de esta maldita casa -- Lautaro apretó contra su pecho a Rosario y la besó en la coronilla.

-- Y nosotros haremos lo mismo -- Alejo pasó su brazo por la cintura de Felipa acercándola con fuerza a él. Nunca más los separarían -- Perdón tía por dejarte en esta situación pero no voy a cargar con una muerte de la que soy inocente.

-- Por mi madre no te preocupes primo, escapen y sean felices. Dios sabe cuanto se lo merecen. Lautaro, cuida a mi hermana -- Felicitas abrazó a Felipa y a Rosario entre lágrimas sabiendo lo urgente que era que huyeran.

-- Yo me encargo del Jefe de Policía y de Rubén. En la muerte de nuestro padre hay mucho que desentrañar y algo me dice que nuestro hermano tiene mucho que ver. Bueno, no hay tiempo que perder, váyanse ya -- los urgió Darío.

Rosario se despidió de su madre.

-- Mamá, ojalá algún día pueda ser lo mitad de valiente que vos -- declaró alhajada en lágrimas.

-- Mi niña bonita, tú eres valiente. Vete y sé feliz. Te prometo que pronto volveremos a reunirnos -- Rosaura luego de besar a su hija se volvió hacia Felipa que la observaba expectante y con la mirada humedecida.

-- Doña Rosaura, ¡me duele tanto abandonarla! -- Felipa abrazó a la mujer y rompió en llanto. Alejo frunció el ceño, temía que Felipa cambiara de parecer. "¡No permitiré que te quedes. Jamás!", pensó irritado.

-- No digas tonterías querida. Es hora de que pienses primero en ti, es hora de que vivas tu amor junto al hombre que te ama desde la infancia. Es hora de que disfrutes de tu libertad como lo hubiese querido tu madre y tu padre...

-- Mi padre...mi madre murió esperándolo. ¡Él se olvidó de nosotras! -- gimió con una mezcla de tristeza y rencor. Alejo, aliviado por las palabras de su tía, se acercó a Felipa y la ciñó con ternura.

-- Yo conocí a tu padre -- dijo ante el estupor de todos.

-- ¿U...usted lo co...conoció? -- tartamudeó pasmada.

-- Así es y no te lo dije antes porque recién esta mañana lo supe por un comentario de Rosario. Ella me dijo que tu padre se llamaba Phillip Alvey. Era un hombre de palabra, Felipa, un buen hombre, te lo aseguro. Algo tremendo debió haberle pasado para que no pudiera regresar a ustedes, sin embargo tengo en mi poder algo que le perteneció y que ahora es tuyo -- afirmó con una sonrisa.

-- ¿Algo que le perteneció a mi padre? -- repitió perpleja.

-- La casa que los va a cobijar de ahora en más. Tu padre amaba esa casona escondida entre las sierras cordobesas. Allí se dirigirán los cuatro, allí se esconderán hasta que se aclare la muerte de Manuel. ¿Estás de acuerdo Alejo? -- expresó poniendo su atención en su sobrino. Temía que por orgullo él se negara.

-- ¿A vos te parece bien, Pipa? -- ella aseveró con una leve inclinación de

cabeza, estaba muy emocionada para responder --- Entonces, estoy de acuerdo tía.

-- Muy bien, todo arreglado. Ya le he dado a Lautaro todas las indicaciones para llegar al lugar. Busquen los caballos y huyan antes de que regrese Rubén con la policía.

-- Doña Rosaura, cuénteles a mi abuela lo que acaba de decirme y entréguele esta carta donde me despido de ella. Y por favor, léasela, ella no sabe leer -- le aclaró con un nudo en la garganta. Separarse de su abuela le ocasionaba un dolor sordo en el alma.

-- Así lo haré, y no te preocupes, yo velaré por ella -- le prometió y Felipa asintió agradecida.

-- ¡Buena suerte, queridos! -- intervino Felicitas -- Cuando nazca mi hijo iremos a visitarlos -- dijo acariciando su incipiente vientre.

Todos se confundieron en abrazos y buenos augurios. Antes de dejar la biblioteca, Alejo besó en la frente a su padre que con los ojos vacíos de vida bendecía su decisión.

Abelarda los esperaba en la puerta con una canasta repleta de provisiones.

-- Amigo, cuida de la Felipa. Ella ya sufrió mucho, hazla feliz, ¿verdad? Y vos, Lautaro, mejor que te comportés con la niña Rosario sino me vas a conocer enojada y no te va a gustar ni un poquito, ¿entendiste indio deslenguado? -- todos rieron y para sorpresa de Abelarda, Alejo la besó en la frente.

-- Gracias Abe, te quiero mucho -- le dijo haciendo llorar a la negra.

-- Yo voy con ustedes -- Asunta apareció con un atado de ropa debajo del brazo -- Por más que no quieran yo voy igual. Por nada me separo de la Felipa -- y sin esperar una respuesta montó en una de las mulas que esperaban junto a los caballos.

Rosaura, Darío, Felicitas y Abelarda agitaron sus manos saludando a los fugitivos que se lanzaron al galope por las calles empedradas. Cuando los perdieron de vista, entraron a la casa. Fue entonces cuando el estruendo de un disparo detuvo sus corazones.

Capítulo 18

"Amo el amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz".
Pablo Neruda

Rosaura se llevó una mano al pecho cuando escuchó la detonación. Todos en el salón contuvieron la respiración. ¿Qué había ocurrido?
Abelarda fue la primera en correr hacia la puerta de entrada. La abrió con violencia y un ¡oh! de sorpresa y consternación se dibujó en su boca.
Rubén, erguido, apuntaba a los jinetes que cabalgaban a lo lejos con un rifle Harpers que Manuel le había ganado a los dados a un soldado inglés durante las invasiones inglesas de 1807. Un nuevo disparo retumbó en los oídos de los testigos mudos de espanto. A pesar de la distancia que los separaban, Rubén consiguió en esa oportunidad dar en el blanco. Y el blanco fue Rosario.

Rosaura, tiesa como un estaca en medio del salón, escuchó las sonoras carcajadas de Rubén que llegaban desde afuera.

Darío fue en busca de su hermano. ¿Qué había sucedido?

Felicitas se abrazó a su madre temiendo lo peor. No quería escuchar...no quería ver...

-- ¡Hermano! ¡Estás loco! ¿Qué has hecho? -- exclamó Darío sin poder apartar la mirada de los jinetes que se perdían en el horizonte.

-- Hice lo que un buen marido debe hacer: matar a su perra infiel -- y sin más entró en la casa con el rifle colgando de su hombro.

Rosaura se plantó frente a su sobrino. Los ojos chispeantes de ira, las manos hechas un puño a ambos lados de su vestido.

-- ¿Qué has hecho? -- repitió con ira y temor.

Rubén la miró de arriba a abajo destilando desprecio. ¡Mujeres!, todas eran iguales: entrometidas, cargosas, traidoras...

-- Lo que hace mucho tiempo debí hacer: matar a la puta de tu hija -- le escupió y seguidamente se acomodó en uno de los sillones dejando el rifle a un costado -- ¡Abelarda! Servime un cognac. ¡Vamos, movete negra holgazana! -- ordenó.

-- ¿Que dices Rubén? ¿Es eso cierto Darío? -- con los ojos llenos de lágrimas y el pulso acelerado, la mujer desvió la mirada hacia su otro sobrino que, turbado, inclinó la cabeza aseverando.

En el salón se hizo un silencio sepulcral; los presentes, paralizados por la respuesta muda de Darío.

El sonido del golpe seco del cuerpo de Rosaura sobre la alfombra que cubría el piso de piedra sobresaltó a todos sacándolos de la inercia en que estaban sumergidos.

-- ¡Mamá! -- gritó Felicitas y corrió a socorrerla. Darío la imitó.

Abelarda fue en busca de las sales y de agua fresca. Sólo Rubén permaneció en su lugar, cómodamente sentado mientras observaba lo que

sucedía a su alrededor como un mero espectador disfrutando de una obra teatral.

Cuando Rosaura volvió en sí, gracias a la diligencia de su hija y de la negra, Darío la ayudó a incorporarse. Se acomodó en un sillón lejos de Rubén.

-- ¡Asesino! ¡Eres un maldito asesino! -- la voz de Rosaura era suave pero dura y afilada.

-- Tía, yo no la vi caer de la montura, quizá solamente esté herida -- conjeturó Darío transmitiendo una leve esperanza.

-- Sí, mamá, probablemente es eso lo que sucedió -- la consoló Felicitas dándose bríos a ella misma, necesitaba aferrarse a esa posibilidad.

-- Lamento decepcionarlas, pero soy un excelente tirador. Siempre doy en el blanco -- se jactó Rubén disfrutando del pánico que se dibujó en el rostro de las mujeres.

-- ¡Maldito hijo de puta! -- Rosaura explotó abalanzándose sobre su sobrino dispuesta a matarlo. Con rapidez había tomado el cuchillo que se encontraba junto a una torta de naranja que instantes atrás había dejado Asunta sobre la mesa del comedor.

Darío, adivinando la intención de su tía, la sujetó con fuerza.

-- ¡Suéltame Darío! Este mal nacido no merece vivir -- gritó tratando de deshacerse de los brazos que la sujetaban como dos grilletes. Se debatió unos minutos hasta que se dio por vencida y estalló en llanto sobre el hombro de Darío. Rubén los miró con desprecio.

-- Aquí la única víctima soy yo. Yo soy el cornudo, yo seré el hazme reír de todos cuando se enteren que mi mujer huyó con un indio piojoso. ¡No podía permitir semejante afrenta! -- dijo con sequedad y se retiró a su habitación llevando consigo la botella de cognac.

Alejo, Felipa, Rosario y Lautaro emprendieron a todo galope el camino hacia la libertad. Asunta iba a la zaga de ellos. Estaban emocionados y exultantes. Por fin sus sueños se harían realidad. Sueños que en un segundo estallaron en mil pedazos. Primero el sonido de un disparo y luego una exclamación ahogada por la sorpresa. Rosario galopaba detrás de Lautaro, Felipa y Alejo iban delante de ellos. Otro disparo y el grito de Lautaro al ver a Rosario inconsciente sobre la grupa de la yegua moteada. Una mancha de sangre que crecía con rapidez en el costado derecho de la blusa de encaje blanco le detuvo la respiración. Asunta ahogó un grito.

-- ¡Rori!, ¡carajo! -- a lo lejos vio la figura difusa de Rubén apuntando con una escopeta -- ¡Hijo de puta!

Lautaro detuvo la yegua de Rosario y desmontó de un salto. La bajó con cuidado.

-- Rori, mi amor -- repetía angustiado.

Felipa, Alejo y Asunta también desmontaron y corrieron hacia ellos.

-- ¡Tu hermano la mató! -- lloró Lautaro abrazando a la joven.

-- ¡Respira!, Lauti, ¡irespira! -- el descubrimiento de Felipa lo hizo callar.

_ ¡Es verdad!... Rori, te vas a poner bien, te lo juro -- una chispa de

esperanza se encendió en el ánimo del indio.

-- ¡Gracias Morenita! -- se santiguó la negra agradeciendo a su virgen protectora.

-- Vamos, no perdamos tiempo, debemos alejarnos lo más posible antes de asistir a Rosario. Aquí corremos peligro - Alejo alzó a su prima, Lautaro la tomó en sus brazos una vez montado en el alazán negro. Los cuatro reanudaron la huida a todo galope. Lautaro presionaba la herida con la chalina de Felipa.

-- Soychu, dios creador, dale vida, la necesito pa' seguir viviendo -- rezaba Lautaro.

Cuando creyeron que se habían alejado lo suficiente, se refugiaron en un bosque de chañares. Y allí bajo el amparo de arbustos como el piquillín y la tramontana, Felipa se dispuso a curar la herida.

Lautaro depositó con sumo cuidado a Rosario sobre un quillango y Felipa le abrió la blusa. La joven apenas se quejó, parecía dormir aunque el blanco cerúleo de sus mejillas preocupaba a todos.

-- Ha perdido mucha sangre -- atinó a decir Pipa.

-- ¡Putá madre! -- soltó con furia y miedo Lautaro -- Si la Rosario se muere te juro Alejo que despellejo vivo a tu hermano y en dispué'lo empalo en medio del desierto.

-- Y yo te ayudo, pero ahora lo primordial es salvar a mi prima. ¿Qué necesitás Pipa? -- Alejo se arrodilló junto a su mujer y le besó las manos -
- Confiamos en vos, mi amor, vos podés sanarla.

-- Primero debo lavar la herida. Por suerte la bala entró y salió por debajo de las costillas. Dame el vino Alejo -- el muchacho se apresuró a alcanzarle una cantimplora hecha con una especie de calabaza. Felipa la descorchó y derramó el líquido sobre la herida. Rosario se inquietó brevemente para luego sumergirse en la inconsciencia.

-- ¡Alejo!, la alforja, por favor -- volvió a pedir con urgencia. De ella extrajo varios paños de lino blanco, hilo y aguja. Derramó vino sobre la aguja y comenzó a cerrar la herida, por delante y luego , por detrás. Rosario apenas se quejaba.

-- ¡Ya está! -- Felipa tenía la frente perlada de transpiración. La tensión la mantenía en vilo, sin embargo, parecía serena ante Lautaro y Alejo que la observaban expectantes. Una vez finalizada la operación, Felipa comenzó a untar la herida con un emplasto a base de miel, camomila y ajo triturado -- Lauti ayudame a incorporarla, con cuidado, con mucho cuidado...así...muy bien -- indicó Felipa.

Lautaro sostenía a Rosario mientras Felipa la vendaba. La venda corría presurosa rodeando el torso de la joven. Finalizada la curación, Lautaro la recostó nuevamente sobre el quillango y apoyando la cabeza sobre su regazo.

-- Vas a estar bien mi amor...pronto...prontito -- le susurraba al oído apartándole el cabello de la frente.

Felipa le ordenó a Asunta que calentara una infusión de "cola de caballo" en una pequeña fogata que Alejo se apresuró a hacer. Una vez hecha, Felipa se la dio a beber a Rosario.

-- Sorbo a sorbo, pequeña -- Lautaro miraba hipnotizado como Felipa con paciencia introducía con una cuchara la infusión en la boca de Rosario --
Tomá querida, la "cola de caballo" es buena para detener las hemorragias -- le decía con dulzura -- Ahora hay dejarla descansar, recemos para que Dios la ampare.

Alejo ayudó a Felipa a incorporarse y la abrazó. Ella temblaba.

-- Todo saldrá bien, no tengas miedo -- la consoló Alejo.

Dormitaron bajo el amparo de los chañares, todos menos Lautaro que con los ojos abiertos como un búho estaba atento al menor ruido. Rosario pasó la noche tranquila y sin fiebre. Al amanecer despertó con una sonrisa. El indio respiró aliviado y le besó los labios.

-- ¿Cómo te sentís?

-- Como si me hubiera atropellado una tropilla de potros salvajes -- quiso reír pero una puntada en la herida se lo impidió -- ¡Uy, duele! -- se quejó frunciendo el ceño.

-- ¡Pipa! ¡Asunta! La Rosario se despertó y está dolorida -- exclamó desviando la vista hacia un montículo de ponchos cercano a una fogata ya extinguida. Felipa y Alejo dormían abrazados. Asunta, alejada de ellos, se desperezó al instante al oír los gritos del indio y se apresuró a avivar el fuego.

-- No llames a Pipa, Lauti, dejala descansar. Apenas me duele, además quiero estar un rato a solas con vos. ¿Qué me pasó?

-- El desgraciado del Rubén te disparó -- respondió, los ojos encendidos de rabia.

-- ¿Te asustaste? -- preguntó acariciándole la mejilla.

-- ¡Casi me muero del susto! Si hasta creo que el corazón me dejó de latir.

-- ¡Exagerado!

-- ¡Qué va!, es verdad. Sin vos nada tiene sentido para mí -- le declaró emocionado.

-- Te quiero Lautaro y perdón.

-- ¿Qué tengo que perdonarte?

-- Todo el tiempo que te ignoré por miedo a amarte. Sé que te hice sufrir. Perdón, mi amor -- las lágrimas enturbiaron el azul de los ojos de Rosario.

-- Eso fue hace mucho y ya no tiene importancia. Lo importante ahora es que estás conmigo.

-- Fui una cobarde.

-- ¿Cobarde? Si casi te mata ese malparido por hacerle frente...por elegirme.

-- Pero... -- Lautaro no la dejó continuar. Un beso apasionado la calló. Felipa se acercó a ellos feliz de encontrar a su amiga mejor. Esperó en silencio a que los enamorados notaran su presencia.

-- Rori, ¿cómo te sentís? -- al mismo tiempo que preguntaba constató, apoyando su mano en la frente de la joven, que no tenía fiebre. Eso la alivió, no había infección.

-- Bien, Pipa, muy bien -- respondió con una sonrisa. -- ¿Tengo que tomar ese té? Es horrible -- se quejó cuando Asunta le alcanzó una taza con la

infusión de "cola de caballo".

Felipa sin hacer caso a los pucheros de Rosario la obligó, con ternura al principio y con severidad después, a que se lo bebiera sin chistar. Luego le cambió el vendaje bajo la atenta mirada de Lautaro y con la ayuda de la negra.

Alejo apareció con un mate y se lo ofreció al indio.

-- Debemos continuar. Sé que sería bueno para Rosario que permaneciéramos un día más en este paraje, pero es muy peligroso. Si conozco a mi hermano, estoy seguro que vendrá en tu busca prima y con toda la intención de matarte, Lauti -- Alejo los enfrentó a la realidad.

-- Alejo, Yocanto está a más de una semana de viaje y Rori está muy débil... -- Felipa se guardó para sí las consecuencias fatales de semejante viaje. La herida podría abrirse y Rosario no debía perder más sangre.

-- Lo sé, lo sé, pero no tenemos alternativa, la vida de todos pende de un hilo, ¿lo comprenden? -- Alejo se sentía terrible, pero alguien debía tomar la determinación de marcharse.

-- Quizás podríamos... -- comenzó a decir Lautaro.

-- Podríamos, ¿qué? -- lo frenó de mala manera Alejo -- No hay opciones, debemos continuar hasta Yacasto. Allí estaremos a salvo -- expresó con fastidio -- ¡Asunta, traeme otro mate! -- ordenó de mal talante. La negra se apresuró a obedecer. Cuando el amito se enojaba era mejor estar bien lejos.

-- No te calentés, amigo y escuchá -- el indio trató de apaciguarlo. Felipa y Rosario los miraban alarmadas.

-- Hablá, entonces -- dijo aireado. Felipa se paró junto a él y lo tomó del brazo. Debía calmarlo.

-- A un día de camino hay un campamento raculche. Mis primos viven ahí

-- dijo Lautaro sopesando la reacción de Alejo.

-- ¿Y con eso? ¿Pensás que escapamos de las garras del puma para meternos en la boca del lobo? ¡Estás completamente loco! Levantemos campamento, nos vamos para Yacanto, ¡ya! -- explotó. De un tirón apartó la mano de Felipa que sostenía su brazo y comenzó a enrollar las mantas con furia.

-- Nosotros nos vamos para la tolдерía. Ustedes hagan lo que quieran -- escuchó decir al indio con decisión. Alejo, dándole la espalda, continuó haciendo lo suyo.

Felipa quiso aquietar las aguas aunque empeoró la situación. Alejo le clavó la mirada destellando rabia y eso la asustó, nunca lo había visto así. "¿Acaso no comprenden que es por el bien de todos marcharnos a Yacanto?", pensó con ira.

-- Yo me voy con ellos, no pienso dejar a Rori en ese estado, me necesita -- declaró con firmeza Felipa.

Alejo en dos zancadas llegó hasta ella y la zamarreó con fuerza.

-- ¿Qué decís? Vos te venis conmigo -- Alejo estaba fuera de control, el miedo a perderla lo descolocó. Lautaro se interpuso y Alejo le dio una trompada en la quijada que lo volteó. Rosario chilló sorprendida por la reacción violenta de su primo y haciendo un gran esfuerzo intentó llegar hasta Lautaro que cayó cerca de ella.

-- ¡Alejo!, de esta manera no vas a hacerme cambiar de idea. Te comportás como un bruto -- le gritó Felipa sin amilanarse.

-- ¡Por favor Alejo, basta! -- le suplicó su prima. Lautaro, por amor a Rosario, no le devolvió la trompada. Además sabía que su amigo actuaba de esa forma porque se sentía responsable de ellos, de que algo grave les sucediera...porque tenía miedo de perder a Felipa. Entonces decidió actuar de otra manera.

-- Alejo, amigo -- dijo con tono conciliador -- te aseguro que en la toldería vamos a estar seguros. Mis parientes nos protegerán. Rubén no tiene las agallas para enfrentarlos.

Alejo estaba devastado. ¿Cómo fue capaz de comportarse como un imbécil con la mujer que adoraba? "No quiero perderte Pipa, no quiero", se repetía al borde de las lágrimas. Felipa, acurrucada contra Rosario, lloraba.

Lautaro, con las manos apoyadas en los hombros de Alejo , esperaba su respuesta.

-- Tenés razón Lauti. Tu opción es lo mejor para el bienestar Rosario -- dijo con sumisión, con calma.

-- Para Rosario y para todos -- al escuchar a Lautaro Alejó afirmó inclinando la cabeza.

-- Felipa, Alejo te necesita -- le susurró Rosario.

Felipa asintió. Se levantó lentamente y caminó hacia Alejo que estaba recostado contra el tronco rugoso de un chañar. Ella vio dolor y arrepentimiento en los ojos de él, esos ojos que la perseguían día y noche protegiéndola...declarándole amor sin tregua...y entonces, lo perdonó sin necesidad de palabras, sin necesidad de juramentos.

-- Nunca más -- dijo él.

-- Te creo -- dijo ella. Y no se equivocó.

Capítulo 19

Después del desayuno, los jinetes levantaron el improvisado campamento y partieron hacia la aldea raculche. Rosario montó junto a Lautaro. Débil aún, apoyó su espalda en el pecho del indio. Dos corazones unidos como se une el sarmiento a la vid. Lautaro era el sarmiento que busca en la vid la salvia que lo alimenta. Y Rosario era su vid.

Al poco tiempo de comenzar el trayecto, Rosario se quedó dormida. Lautaro suspiró aliviado al constatar que su mujer no tenía fiebre. Su respiración relajada lo tranquilizó. Debían llegar cuanto antes a la población, allí Rosario podría descansar y restablecerse. La vieja Chami, la curandera, le daría uno de sus brebajes mágicos y su amada recuperaría las fuerzas. Sonrió al pensar en sus cuerpos entrelazados. Ya nadie podría separarlos. Él no lo permitiría.

Alejo cabalgaba junto a Felipa. Asunta los seguía por detrás. La pareja cruzaba miradas en un silencio tan denso que casi se podía palpar. No era un silencio malicioso o provocado por el rencor. Era un silencio manso, un silencio que los embargaba de confianza y paz. "¡Cuánto te amo!", pensaba Alejo. "Daría mi vida por ti", pensaba Felipa.

Llegaron al anochecer.